

Antoni Pare

CHARLOT

PRECIO
1 P^{TA.}



ALMANAQUE PARA 1923



Ayuntamiento de Madrid



LA HUIDA DEL AÑO

Con la faz inquieta,
escuchando atento
en la noche fosca, pavorosa y ne-
caminaba un viejo. [gra,
Las flacas espaldas
del misero viejo
un baul portentoso aplastaba
con su horrible peso.
La noche era negra
y el camino negro
pareciendo los árboles mudos
y horribles espectros.
Y legua tras legua
y pueblo tras pueblo
recorría en la noche sangrando
de los pies el viejo.
Huía del mundo
el pobre Año Viejo
y quería llegar al Olvido
en tan poco tiempo.
Andaba y andaba
¡inútil empeño!
pues, de pronto, salieronle al paso
los carabineros.
—A ver ese bulto—
al viejo dijeron.
Y sin dar tiempo al viejo a la ré-
el baúl abrieron. [plica
La Campaña de Africa
allí dentro vieron
en idéntico estado que antes
poco más o menos.
Dos mil dimisiones
de altos empleos;
un sin fin de atentados y robos
siete ministerios
amén de mil crímenes
y horribles incendios
y bastantes y muy importantes
descarrilamientos.
Entre varios millones
de cartas y pliegos [sa (?)
distinguieron también la chisto-

huelga de Correos
El robo de un tren
y... ¡parémonos!
pues si todo queremos nombrar
nunca acabaremos.
Cuatro militares
el baúl cogieron
y lleváronlo presto al inmenso
cuarto de El Recuerdo.
Mientras otros dos
de los aduaneros
le aplicaban *masaje* de botas
al viejo en el cu...ero.
Prosiguió el anciano
funesto Año Viejo
su camino; mas dieron las doce
y cayóse muerto.
Mientras que hacia el mundo,
en rápido vuelo,
transportaba un avión al naciente
y óptimo Año Nuevo.
Y tan alto iba
que los aduaneros,
se quedaron con ganas de ver
lo que traía dentro.
¿Quizás alegrías?
¿Quizás días de duelo?
¿O quizás una mágica vara
para los caseros?
Si nadie lo sabe
oid un momento,
que el misterio profundo del Año
muy pronto sabremos.
¿Qué cómo? Muy fácil:
para ello esperemos
doce meses y, al cabo, veréis
como lo sabremos.
¿Nos falta paciencia?
¡No nos apuremos [NAQUE
pues leyendo este hermoso ALMA-
¿qué se echa de menos?

J. Martinez Surroca





CHARLES



CHAPLIN



CHARLES * CHAPLIN * CHARLOT

Trabajo dedicado a la memoria
del inolvidable y llorado C. Rojo
(q. e. p. d.), en prueba del cariño
que le profesaba — EL AUTOR

EL ARTE MÁGICO DEL REY DE LA RISA

Charlot es, indiscutiblemente, el rey de la risa. Nadie, hasta ahora, ha pretendido arrojarle del trono que ocupa hace algunos años; nadie se atreve a disputarle su puesto envidiable de primer actor bufo del mundo. Tal vez, dentro de algún tiempo, a medida que va evolucionando el gusto del público, otro actor nuevo, dotado de una gracia más sutil, más fina, más natural, logre monopolizar las simpatías de las multitudes. Y, entonces, el arte retorcido de Charles Chaplin quedará relegado a segundo término.

Y, al llegar aquí, cabe preguntar: ¿no será el futuro rey de la risa, Harold Lloyd el joven mimo a quien se disputan ya con ahinco las manufacturas americanas?

* * *

Charles Chaplin Charlot nació el día 6 de Abril de 1889 en el pueblo de Brixton, situado en la vieja Inglaterra.

Era su padre un cantante de renombre, que murió en plena gloria y en plena juventud, dejando a su viuda sola en el mundo y con dos niños en los brazos. Estos niños eran Charlot y Sidney, que más tarde habían de dar días de gloria a la cinematografía mundial.

No vamos aquí a consagrar un gran espacio al arte de Chaplin. Los lectores conocerán sobradamente las piruetas, las contorsiones, los gestos espontáneos, y sobre todo, la sonrisa — de idiota o de borracho — del inimitable artista.

Esa sonrisa, tan suya, tan peculiar, es el motivo primordial de sus éxitos. Al verle sonreír de esa forma, no queda más remedio que reír a carcajada, bendiciendo el momento en que se nos ocurrió ir a contemplar sus gracias dislocantes en el cine.

Y la sonrisa suya la prodiga Charlot a cada instante, en todo momento, igual cuando al volver la cabeza se encuentra ante una mujer hermosa, como al recibir un ladrillazo en plena sesera, que lo deja atontado, como al quedarse dormido en medio de la calle con una botella vacía entre los brazos.

También el bastón, en sus manos, es un elemento gracioso de gran importancia. Ese junco nos da la impresión de tener vida propia, o, por lo menos, de ser una prolongación del brazo del artista.

Es un bastón inquieto, nervioso, lleno de fogosidad, que no puede estar tranquilo un solo segundo. Jamás recordamos haber visto el bastón de Charlot en estado de inmovilidad abandonado sobre una mesa o colocado en un perchero en la grata compañía de otros bastones más o menos lujosos.

Siempre, como un esclavo fiel del mimo estupendo, gira vertiginosamente, entre sus dedos, se adelanta para alcanzar el cuello o la pierna de algún contrincante de su dueño, o se dobla voluptuosamente bajo el peso del histrión en una deliciosa escena de conquista.

Además de esto y de sus pies, tiene Chaplin, para conseguir la hi-

laridad del público, otros recursos que podríamos llamar espontáneos o de preparación.

En la película de dos rollos "*Charlot, emigrante*", recordamos un momento afortunadísimo del cómico genial. Aparece Charlot en un restaurant modesto de Nueva York, donde hace las veces de verdugo de los parroquianos un camarero que es el colmo de la brutalidad.

Charlot, que se encuentra que el dinero que lleva no le alcanza para pagar su comida, y la de una amiguita a quien convidó, ve en perspectiva una salida por la ventana mediante el vigoroso impulso de un soberano puntapié. De pronto, resbala a su lado un duro, y nuestro hombre deja caer sobre él uno de sus pies, viendo en aquella moneda su salvación.

Este gesto de Charlot es tan natural, tan espontáneo, tan lleno de gracia, que basta para consagrar definitivamente a un actor.

Y genialidades abundan en todas sus creaciones.

Para terminar este pequeño estudio de Charles Chaplin, diremos que su arte se apodera inmediatamente del espectador porque lleva en sí todas las cualidades de bondad y de interés, necesarias para triunfar.

Aun cuando la gracia de su trabajo sea consecuencia de muchos días de estudio, de muchos metros de películas desperdiciados hasta conseguir el efecto deseado; de mucho ingenio derrochado en ensayos constantes, al entusiasmarnos con ella en la pantalla, nos hace el efecto de una feliz improvisación.

¿Y no es esta apariencia de simplicidad, uno de los mayores éxitos que adornan la labor del bufo inimitable?

* * *

Es así, con todas sus tristezas, con sus notas pintorescas, con sus inquietudes y con sus defectos, la vida luminosa de Charles Chaplin Charlot, que supo conquistar el nombre glorioso de *Rey de la Risa*.

GONZALO BALLESTER

A M O R

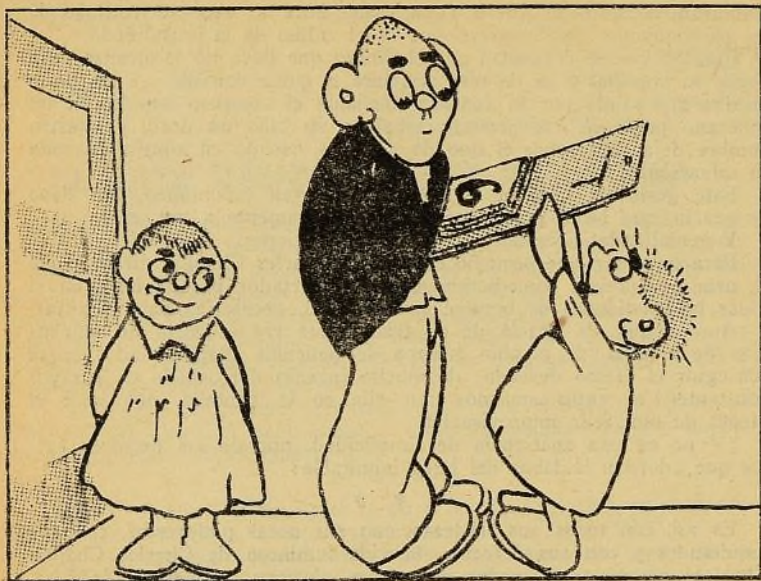
Como un hilo de luz que en la espesura
se filtra y da color sólo a una rosa,
al alma me llegó tu luminosa
mirada; una mirada ingenua y pura.

Infundes a mi alma la dulzura
de tus ojos de luz maravillosa
y, ese néctar de virgen y de diosa,
mi alma lo va absorbiendo sin hartura.

Lo mismo que a la flor casi ocultada
el sol le da color y lozanía,
tú modelas mi alma y la perfilas;
y mi alma recoge tu mirada
y absorbe con fruición esa alegría
que irradian tus fantásticas pupilas.

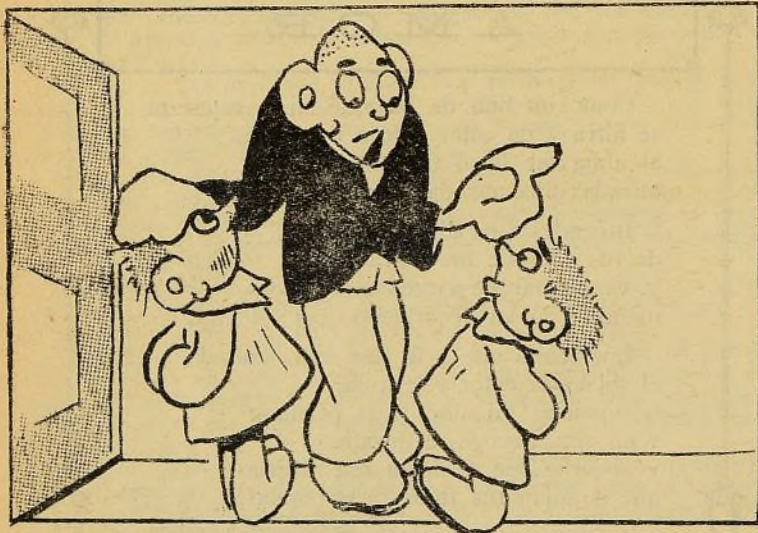
F. Martínez Surroca

EL REY... DE LA TIRANIA



1. —Mira, mira aquí, papá:
los Reyes aún no han llegado...

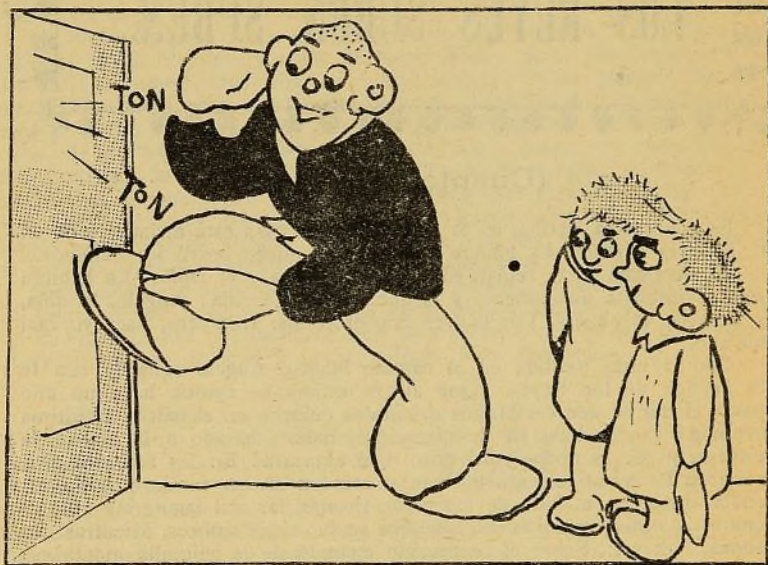
¿Si se les habrá olvidado
que hoy a seis estamos ya?



2. —Pronto llegarán, rapaz;
paciencia y ojo avizor.

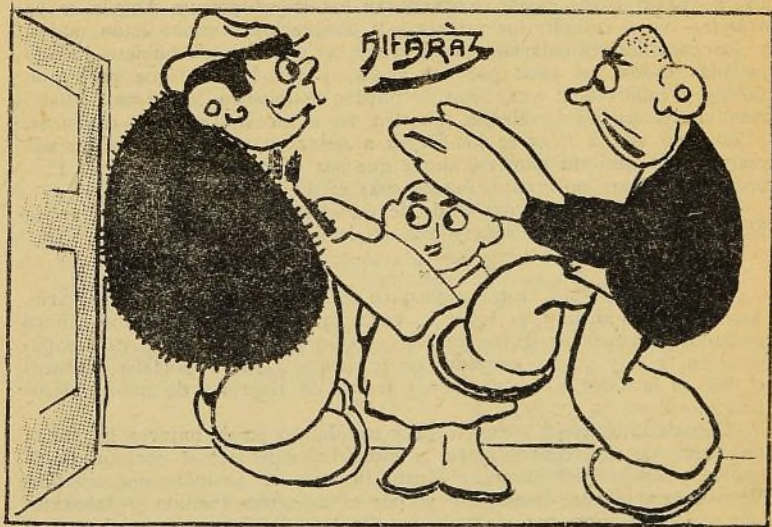
¡Iluminadlos, Señor
y que me dejen en paz!

Ayuntamiento de Madrid



3. —Ya han llamado ¿no lo veis?
Sin duda es el Rey Gaspar...

Callar un poco, callar...
¡Si no, los espantaréis!



4. —¡Reporra!... ¡Por Cristo vivo! y ahora viene el casero
Yo que esperaba dinero ¡presentándose el recibo!...

Ayuntamiento de Madrid

LOS REYES SUBEN, SUBEN...

(Cuento de Reyes)

Es allá arriba, arriba, en la montaña... La casa está aislada, sola, en la desierta cumbre. La blanca sábana de la nieve borró los caminos...

La casa está sola: reinan en ella la Tristeza y el Dolor. La habitan sólo la infancia inconsciente y la ancianidad dolorida; Angela, la niña, y Dolores, la abuela. Los padres murieron uno tras otro, hace ya casi un año...

Con la vista perdida en el camino blanco, Angela aguarda con fe la llegada de los Reyes. ¡Qué alegre estaba la casona hace un año justo, el día en que los Magos orientales dejaron en el balcón la última ofrenda! Los padres, ya desaparecidos, habían bajado a la ciudad la víspera, y por la noche ¡qué gozo, qué algazara! En los balcones aparecieron los vistosos juguetes que se venden en las ferias ciudadanas; en la chimenea, al lado de los rojos tizones, las mil lagoterías golosas que comen allá en el poblado los hijos de los ricos señores. Mientras que ahora... ahora... Sobre el cuerpecillo menudo de la chiquilla montañesa un ropaje negro anuncia lo reciente del luto; los balcones permanecen cerrados, el hogar apagado cubierto de ceniza gris y fría. Y la abuela Dolores, que desde "la desgracia" no hace sino llorar, dice que este año *no vendrán los Reyes*. No vendrán los Reyes porque Angela *es ya grande* — va a cumplir los catorce — y porque los caminos están malos, y los camellos resbalarían en la nieve. ¡Como si no hubiese habido nevadas todos los años por tal época, y los Reyes — que pues son santos y sabios a la vez, todo lo pueden — llegaban lo mismo. ¡Bah! Son chocheras de la abuela, que en su dolor no ve sino negruras. ¿Cómo no van a llegarse los Reyes a dejar su ofrenda en la aislada casita de la desierta cumbre, ahora que sus moradores conocen la tristeza y necesitan, por tanto, mucho más el divinal consuelo?

Temblorosa de emoción y de fe, la chiquilla fija la mirada en la blanca sábana de la llanura y allá en lejanía le parece ver...

* * *

La abuela Dolores, en tanto, pasa en su cuarto las cuentas del rosario. También ella mira a lo lejos la cinta inmaculada del camino, ahora poblado de recuerdos. Hace un año volvían por ella los que ya desaparecieron, hija y yerno, cargados de paquetes. ¿Qué importaba entonces el frío ni la nieve, si los corazones ardían de alegría y de amor? Mientras que hoy...

Como ella es vieja y está torpe y tullida, no puede bajar a la ciudad en busca de un regalico para la mozuela. Además, el corazón de la anciana destila hiel amarga. Murió la hija, su prenda más querida; llevóse también la muerte al yerno, el mocetón fornido y laborioso que era el que para todas ganaba los dineros; la alegría no puede volver a entrar en aquella casa donde reina el dolor... No, no es hora ni sitio

aqué de regalos y holgorios. Si su nieta puede olvidar y cantar y reír, que ello sea cuando la vieja Dolores haya muerto de pena. Ahora... Ahora una carcajada de la muchacha le parecería una profanación. No... no es día de fiesta... que no suban los reyes hasta la cumbre desierta en que se alza la aislada casona. Lo caminos están muy malos... y la chica es ya grande...

La vieja Dolores piensa en la muerte... la requiere... la llama... Pero es buena cristiana y antes de morir quiere dejar sus cosas arregladas. Con mano temblorosa se llega hasta el arcón antiguo donde guarda los que fueron un día sus tesoros... Saca de él un objeto tras otro y los va colocando uno por uno ante el balcón... ¡Prendas queridas, de los buenos tiempos, a cuya sola vista corría, en otros días, más acelerada la sangre de Dolores! Allí está la mantilla de randa, y el delantal de terciopelo, la ropa blanca fina con puntillas hechas por una mano amorosa día tras día durante largos años. Allí están los largos pendientes de aljófar, y el anillo de oro bien aquilatado en que se incrusta a macha martillo un auténtico diamante.

En el cielo gris se desgarra una nube y un rayo de sol pálido refleja su fulgor en las joyas de desposada de la abuela Dolores. De los ojos de la viejecita cae un diamante más transparente que el que brilla en el anillo de oro antiguo y como antiguo bien aquilatado.

* * *

Angela, en tanto, se siente aterida de frío. Además le duelen los ojos, del esfuerzo. La blancura la deslumbra y ya no ve un solo punto en lejanía; los ve por todas partes y en todas direcciones. Sí; son los Reyes que llegan; con más lujo, con más suntuosidad que ningún año. No es ilusión; son los magos de Oriente; los deslumbrados ojos de la chiquilla no pueden precisar sus formas, pero bien ve sobre la nieve blanca el reflejo de los mil gayos colorines de sus regias pomposas vestiduras; la púrpura, el azul, la plata, el oro... ¡Son los Reyes, los Reyes! La visión es tan grande, tan hermosa, que los ojos de la campesina se abren desmesuradamente para abarcarla toda; mas no puede, no puede... El deslumbramiento es tan rápido y tan absoluto que tiene que taparse los ojos con la mano.

Así recorre pasillos, sube escaleras y llega al piso alto...

—¡Abuela, abuela!—grita con voz en que vibra la más pura alegría.—¿Ves cómo vienen los Reyes? ¿Ves cómo suben hasta aquí? Tan espléndido es su cortejo que hiere la vista de mirarlo, como decía padre. ¡Ya deben estar aquí mismo, abuelita!

En medio de la estancia, la chiquilla se descubre los ojos. Ante el balcón, alineadas con el orden en que suelen hacerlo las orientales majestades, están los objetos preciosos: la mantilla de randa, el delantal de terciopelo, la ropa blanca fina y adornada, los largos pendientes de aljófar y el anillo nupcial en que brilla el auténtico diamante.

Las manos de la chiquilla se juntan como en éxtasis.

—Abuela—dice con conmovida voz,—este año, como ya soy grande, los Reyes no me traen juguetes, sino galas para ir al baile con mis amigas, a que los mozos me festejen y las mozas me envidien! ¡Son muy sabios los Reyes magos del Oriente!

* * *

La chiquilla ríe, ríe, ríe... Y la abuela Dolores también sonríe bondadosa... Los Reyes le han traído a ella también como regalo una nueva experiencia. La de que la Vida y la Juventud triunfan de todos los dolores; la de que los Reyes llegan siempre a donde hay Fe...

María Luz



signos. del Zodiaco



ARIES

La oveja descarriada.



TAURO

La eterna víctima.



GÉMINIS

Niños bien.



CANCER

Siempre pa tras.



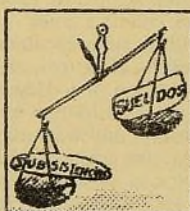
LEO

El terror de los yernos.



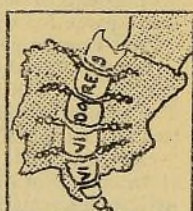
VIRGO

El pequeñín de la casa.



LIBRA

El desnivel eterno



ESCORPIO

La ponzoña española.



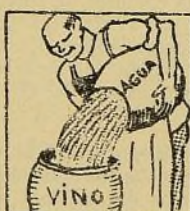
SAGITARIO

Los Caciques.



CAPRICORNIO

La santa paciencia.



ACUARIO

El fraude común.



PISCIS

Especialidad estudiantil.



HORÓSCOPOS



En nuestra escasa existencia ejerce la Astronomía tal misteriosa influencia, que hasta supone la Ciencia una estrella que nos guía. Yo de igual manera opino, pues cada cual, al nacer, escrito tiene su sino, y ya se encarga el Destino de hacerlo prevalecer. Y, gracias a mi talento, he llegado a conseguir pronosticar al momento, por el mes de nacimiento, el presente y porvenir. ¿Cómo?... No es extraordinario: por los signos del Zodíaco y el sistema planetario, yo la consecuencia saco de la vida y su calvario.

Marzo.—Aries.

Quien naciera en este mes será muy afortunado: morirá de un constipado o pulmonía de pies.

Abril.—Tauro.

Afición a la pintura y, en caso de ser mujer, será fea y ha de ser esa afición su locura.

Mayo.—Géminis.

Si su vida no se altera, tendrá existencia tranquila. El que nace en primavera es, forzosamente, un lila.

Junio.—Cáncer.

Si es hombre, que se disponga a vivir en los infiernos, pues habrá alguien que le ponga, en la testa, un par de cuernos. Pero si fuese mujer, será autoritaria y lista y se gastará en modista cuanto pueda poseer.

Julio.—Leo.

Más pobre que Belcebú; será apache y matará tanta gente, que será una especie de Landrú.

Agosto.—Virgo.

Según nos dice el Zodíaco, si es mujer, un *marimacho*; si es varón, hijo de Baco y, por lo tanto, borracho.

Septiembre.—Libra.

Será un célebre poeta y, a pesar de su talento, vagará pobre y hambriento sin tener una peseta.

Octubre.—Escorpio.

Tratante en telas y paños; será un segundo *Roschil*; si es que no llega a los mil. si es que nos llega a los mil.

Noviembre.—Sagitario.

Si es hombre, se casará con una mujer muy rica; si es mujer se gastará todo el dinero en botica.

Diciembre.—Capricornio.

El juego será su ruina; temperamento ardoroso; será pinche de cocina por ser bastante goloso.

Enero.—Acuario.

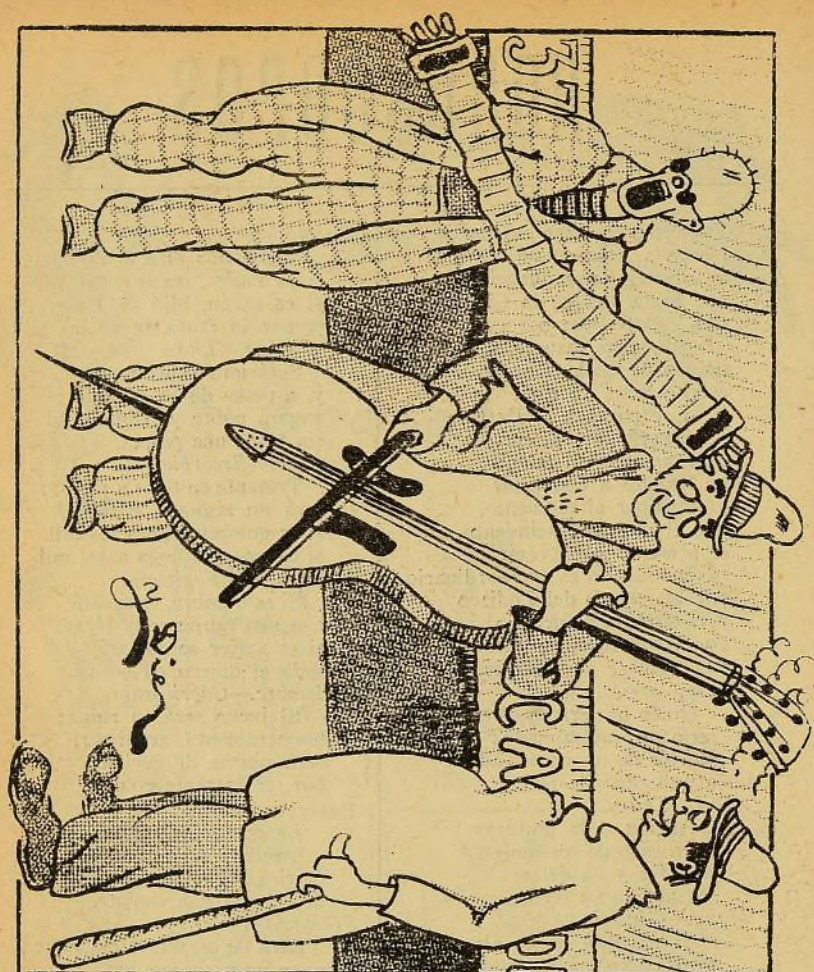
Le gustará el chocolate y heredará un fortunón: morirá de indigestión de cebolla con tomate.

Febrero.—Piscis.

Será de orgulloso empaque y, en un viaje que hará, de seguro se ahogará si no hay alguien que lo saque.

El Sabio del Cucurucho





CHARLES CHAPLIN

(Música del "Waya Wais").

Es sin duda el mejor film
el que impresiona el gran Charlón
que de todos los artistas
es el mejor.

"El Chico" es
una impresión
despampanante
y emocionante.

La ha impresionado
con gran postin
Charles Chaplin.

¡Ay, Charlón!
¡fascinador Charles Chaplin!
No existe nadie como tú
¡aunque se busque con candil!

ENERO

- 1 La Circuncisión
- 2 m. El Stmo. N. de Jesús
- 3 m. s. Constanancio
- 4 j. s. Eugenio
- 5 v. s. Severo mártir
- 6 s. stos. Reyes Magos
- 7 D. s. Julián, obispo
- 8 l. s. Eladio, obispo
- 9 m. s. Celso, mártir
- 10 j. s. Guillermo, rey
- 11 j. s. Higinio, papa
- 12 v. s. Alfredo, cfr.
- 13 s. s. Ciriaco, mártir
- 14 D. s. Agapito, papa
- 15 l. s. Máximo, cfr.
- 16 m. s. Marcelo I, papa
- 17 m. s. Antonio Abad
- 18 j. sta. Librada, vgn.
- 19 v. La Sagrada Flia.
- 20 s. s. Sebastián, mtr.
- 21 D. s. Fructuoso
- 22 l. s. Vicente Esp., mr.
- 23 m. s. Lidefonso, arz.
- 24 m. s. Timoteo, mártir
- 25 j. Conv. s. Pablo
- 26 v. sta. Paula, vgen.
- 27 s. s. Juan Crisóst.
- 28 D. s. Dionisio, papa
- 29 l. s. Francisco S., ob.
- 30 m. sta. Martina, v.
- 31 m. s. Víctor, papa



FEBRERO

- 1 j. s. Cecilio, ob.
- 2 v. La Purificación N. S.
- 3 s. s. Blas, obispo
- 4 D. s. Andrés, C. ob.
- 5 l. s. Miguel de los S.
- 6 m. s. Lucas, mártir
- 7 m. s. Teodoro cfr.
- 8 j. s. Juan de Mata
- 9 v. Cen. s. Simeón
- 10 s. s. Guillermo, mtr.
- 11 D. s. Desiderio, ab.
- 12 l. sta. Eulalia, vgn
- 13 m. s. Benigno, papa
- 14 m. c. s. Valentin, cfr.
- 15 j. stos. Faustino y Se-
vero, mártires
- 16 v. s. Onésimo, papa
- 17 s. s. Secundiano
- 18 D. s. Simeón, ob
- 19 l. s. Marcelo
- 20 m. s. Eleuterio, papa
- 21 m. s. Félix, obispo
- 22 j. sta. Leonor, vgn.
- 23 v. s. Pedro D. y santa
María, virgen
- 24 s. sta. Ramona, vgn.
- 25 D. s. Matías, mártir
- 26 l. s. Félix, p.
- 27 m. s. Alejandro, p.
- 28 m. s. Baudomero, cfr.

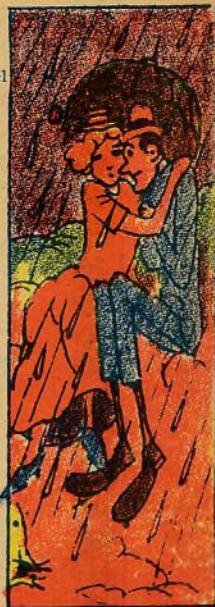


MARZO

- 1 j. santo Angel G
- 2 v. s. Basilio, cfr.
- 3 s. s. Medin, mártir
- 4 D. s. Casimiro, papa
- 5 l. s. Adriano, mtr.
- 6 m. s. Olegario, ob. cfr.
- 7 m. sto. Tomás de A.
- 8 j. s. Julián, mártir.
- 9 v. sta. Francisca, vda.
- 10 s. s. Cipriano, mtr.
- 11 D. s. Ramiro, mártir
- 12 l. s. Gregorio Magno
- 13 m. s. Sabino
- 14 m. sta. Matilde, vgn.
- 15 j. sta. Madrona, v.
- 16 v. s. Ciriaco, mtr.
- 17 s. sta. Gertrudis, v.
- 18 D. s. Gabriel Arcángel
- 19 l. s. José, esposo N. S.
- 20 m. s. Ambrosio
- 21 m. s. Amador
- 22 j. sta. Catalina S.
- 23 v. Los Dolores de N. S.
- 24 s. s. Agapito, papa
- 25 D. Anunciación N. Sra.
- 26 l. s. Braulio, ob.
- 27 m. s. Juan Damasceno
- 28 m. s. Sixto III, papa
- 29 j. santo, s. Cirilo, diác.
- 30 v. santo, s. Juan Clim.
- 31 s. s. Amadeo, rey

ABRIL

- 1 D. La Resurrección del
Señor
- 2 l. s. Francisco de P.
- 3 m. s. Benito de Pal.
- 4 m. s. Isidoro, arz.
- 5 j. s. Vicente Ferrer
- 6 v. s. Celestino, p.
- 7 s. s. Epifanio, ob.
- 8 D. s. Alberto el M.
- 9 l. s. Marcelo
- 10 m. s. Daniel, prof.
- 11 m. s. León el magno
- 12 j. s. Damián, m.
- 13 v. s. Hermenegildo
- 14 s. s. Valeriano
- 15 D. sta. Basilia, v.
- 16 l. s. Toribio de Liév.
- 17 m. s. Aniceto, p.
- 18 m. s. Eleuterio, mr.
- 19 j. s. León IX, p.
- 20 v. sta. Inés, vgn.
- 21 s. s. Simeón, apóstol
- 22 D. s. Teodoro, ob.
- 23 l. s. Jorge, mártir
- 24 m. s. Fidel de Sig.
- 25 m. s. Marcos, evang.
- 26 j. s. Marcelino
- 27 v. s. Pedro Armen.
- 28 s. s. Marco
- 29 D. s. Roberto, abad.
- 30 l. s. Lorenzo, mtr.



EN EL CAMPO DEL HONOR

A mis amigos Tomás Sánchez y Martín Tejero, en prueba del cariño que les profesa; EL AUTOR.

Don Amós Gutiérrez maneja la espada de un modo terrible. Con gran precisión, siempre que se bate, de fiera estocada a sus adversarios pasa el corazón.

Es un ser funesto cuyo nombre asusta, porque tiene fama de implacable y cruel, y todos le temen y a nadie le gusta tener discusiones ni bromas con él.

En cambio—¡contrastes del mundo tirano!— un amigo suyo, don Abdón Ortiz, jamás ha tenido un arma en la mano, y es un alma cándida, y es un infeliz.

Pues bien, este pobre—¡parece mentira!— recibió un insulto del hombre fatal, y él le dió, llevado de un rapto de ira, una bofetada “de Ordago la Real”.

Hubo un espantoso revuelo de gente en Fornos, que era teatro de la acción, y al débil no pudo tragarse el valiente porque intervinieron los de la reunión.

Consecuencia de esto: que al siguiente día Abdón, el pacífico, el alma de Dios, un encuentro a espada sostener debía con el irritado, con el fiero Amós.

Después de la escena, cuando rodeado de buenos amigos quedó el infeliz, temblaba de miedo, como un azogado, desde los talones a la nariz.

—¡Cómo saldré, cielos, de ese duelo a espada—decía el cuitado con harta razón— con un individuo que de una estocada a sus adversarios pasa el corazón!

Pasó aquella noche, y al día siguiente en un bosquecillo cercano a Amaniel, aceros en mano y frente por frente, fijos se encontraban Gutiérrez y él.

Pero lo más raro, lo que admira a todos los que al acto asisten, es ver sonreír

a Ortiz y mostrarse con alegres modos,
cual si no estuviera próximo a morir.

Todos en voz baja le compadecían:
—Quiere que parezca despreocupación
lo que ciertamente no es más—se decían—
que una triste prueba de resignación.

Mas llegó el momento... Suenan una palmada,
saludan entrambos; alta la cerviz,
y al tirarse a fondo Gutiérrez, la espada
se hace dos pedazos al tocar a Ortiz.

Los testigos piden que allí acabe el duelo;
pero Amós se niega con furioso afán;
que una nueva espada le den es su anhelo...
Se discute un poco, y al fin se la dan.

Cual si fueran presa del rencor más hondo,
cruzadas las armas de nuevo se ven...
Y vuelve Gutiérrez a tirarse a fondo,
y la nueva espada se parte también.

Abdón se sonríe, y Amós dice airado
que allí morir debe uno de los dos;
pero los padrinos dan por terminado
el lance, y al cabo se retira Amós.

Queda Abdón a solas con sus compañeros
que le abrazan llenos de perplejidad,
confesando a un tiempo, francos y sinceros,
que extrañan sus pruebas de serenidad.

Entonces el hombre, con una sonrisa,
que les hace a todos sonreír también,
entreabre con calma la blanca camisa
y les muestra el pecho que asombrados ven.

—Ahora van ustedes a salir de dudas.
¿Ven ustedes esto?—dijo luego Abdón,
enseñando un duro, más falso que Judas,
sujeto con venda sobre el corazón.—

Pues aquí está el toque. Fué una idea cuerda,
que inspirado acaso por Dios concebí,
ponerlo cubriendo la tetilla izquierda.
¡Con eso que me echen matones a mí!

De salir ileso me hallaba seguro,
pues para que el pecho me pasara Amós,
tenía que pasar primero el duro...

¡¡¡Y a éste no lo pasa ni el poder de Dios!!!

Gonzalo Ballester

CHARLOT ES MUY AMABLE



1. —A ser bueno, ¿eh? Si haces los deberes te traeré una caja de soldados.



2. —Señora, no puedo permitir...
—La verdad es que con tantas cajas...



3. —A mí los tipos así me derriban. ¡Vaya unos...!



4. —¡Vaya un tanque!... ¡So bestia!...

—¿A quién se le ocurre interceptar el paso?



5. —¡Pa mí que me llevo algo!...



6. —¡Naranjeroo!... ¡Gordas y frescas!...



7. —¡ Mi madre!... ¡ El terremoto de la Martinica!



8. —¡ Pero!... ¿ esto es un hombre o un bazar?



9. —¡ Socorro! ¡ Mis pasteles!



10. ¡ Para los niños! ¡ Aerostatos a perro chico!



11. —¡ Ahora llegamos!... ¡ Si no... me llevo hasta las estatuas!

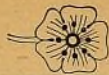


12. —Muchas gracias, caballero... ¡ Admite usted propinas?...

Ayuntamiento de Madrid
(No que admitiría sería un taxi pa' correr!)



iii HORROR!!!



Era una noche de invierno, lóbrega, cual faz de suegra, y más negra que una sábana lavada por lavandera.

Silba el viento huracanado por las rendijas y grietas, como si a mí me estrenaran algún drama o una tragedia.

En la bóveda celeste por densa nube cubierta, las estrellas ¡ay! brillaban, sí; brillaban por su ausencia.

Fina lluvia iba regando las tristes calles desiertas; débilmente iluminadas por luces de incandescencia.

La voz ronca del Sereno por los ámbitos resuena, y con cuarto de retraso anuncia: ¡Las dos y media!

El Vigilante, vigila desde dentro una taberna, mientras los vecinos duermen confiados, a pierna suelta.

Mas no duermen todos, no; hay uno que no se acuesta; es Charlot que bien despierto se pasa la noche en vela, y como fiera en la jaula, como intranquila beleta, como juguete automático provisto de mucha cuerda, como raro Tío Vivo en una tarde de fiestas, va Charlot, ¡pobre Charlot!, por la casa dando vueltas, sufriendo tiernas caricias de un fuerte dolor de muelas.

Con la mano en la mejilla, gime, grita, lloriquea, y andando que te andarás, pasa las horas enteras.

Ha tirado ya el dentífrico que quedaba en la botella, y ha reducido, furioso, en mil trozos la receta, y en tanto pasa la noche desde el cuarto a la despensa, del salón al comedor, de la izquierda a la derecha, envuelto con una manta como moro en las chumberas.

Mas de pronto, ¿qué le pasa? Hacia el tabique se acerca y aguzando del oído pone en la pared la oreja.

Se le eriza su bigote y su hermosa cabellera, como jaca desbocada que emprende veloz carrera.

No es para menos el caso, y para que el lector vea lo horripilante, transcribolo exacto, letra por letra.

—“Para robar a la hija la muy fabulosa herencia que ha heredado de su tío muerto hace poco en América, lo mejor será raptarla y encerrarla en una cueva y pedir fuerte rescate”, —decía con voz enérgica uno de los malhechores.

De pronto otro le contesta: —“Mi plan tendrá mejor éxito. Dos de la cuadrilla entran y matan sin dilación al portero y la portera, después sin contemplaciones matan a la cocinera, a la institutriz, criados, camareras y sirvientas, también a un loro hablador

y a los que a su paso encuen-
[tran,
matan al padre, a la madre,
a la cuñada, a la abuela:
hasta que sola la hija
llorando la herencia entrega;
luego la matan también,
y para borrar las huellas
se prende fuego a la casa..."

Ante idea tan siniestra,
horrorizado Charlot
urgente telefona
al jefe de policía,
que viendo una pista cierta
dándose pisto llegó
con gente a sus órdenes, presta
a trabajar con ahinco;
Charlot estaba en la puerta.

Organizóse un servicio
combinado por parejas,
una apostada en la calle
para que nadie saliera,
otra en el terrado, otra
cerca de la chimenea,
otras tantas ocupaban
posiciones estratégicas,
y otra con el inspector

y Charlot, pronto franquean
la puerta, atan a los bandidos
como los haces de leña,
registran toda la casa,
les interrogan, cachean,
y después de mucho rato
y de presentarles pruebas,
resultan ser dos autores
que para ganar pesetas
combinaban la película
"Las Consecuencias funestas
de heredar muchos millones".

Al comprobar la certeza
el inspector amoscado
por la ridícula escena,
da a Charlot tal puñetazo
que le hace saltar las muelas.

Y Charlot agradeciendo
del inspector la fineza,
por haberle así librado
de su sufrimiento, ruega
a los autores que añadan,
como un episodio en ella,
la siguiente coletilla:

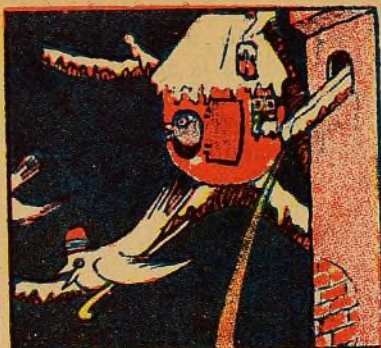
"No hay mal que por bien
no venga".
Paco V.



— ¿Qué te parece mi mujer, "Coronel"... ¿Pues no me ha dicho
que yo tengo la cabeza a pájaros?



A una casa que encontraron
en mitad de su camino,
dos caminantes llamaron.



Pero dice nuestro cuento
que el amo de la mansión
les echó de allí al momento.



Y llegaron a irritarse
tanto los dos peregrinos,
que decidieron vengarse.



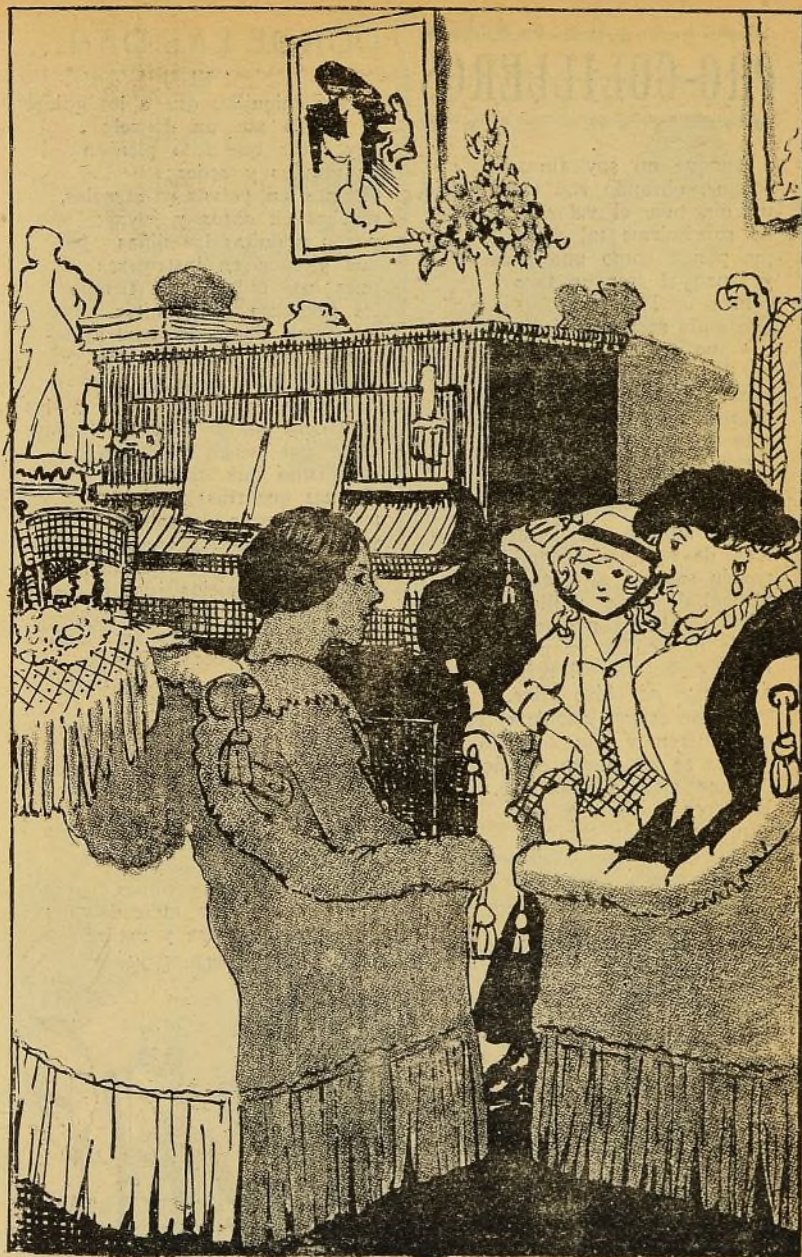
Colocando por lo cual,
sobre de la chimenea,
la boca de la canal.



Pegando gritos de auxilio
salieron los moradores
del mojado domicilio.



Y encima de una ramita
los dos cónyuges tuvieron
que pasar la nochecita.



—¿Y ha sacado buena nota en los exámenes de piano?
—Sí, señores, aprobado.
—Claro, no es de extrañar, a su hija siempre le serán más fáciles
los estudios llamándose Tecla.

PRO-COLILLEROS

Aunque no soy fumador, porque, obrando con buen juicio, un día tuve el valor de suprimirme tal vicio, me pongo como una fiera y lanzo al éter un taco contra la Tabacalera, que anda muy mal de tabaco.

Y no es por los fumadores, por los que furioso trino, pues a mí tales señores se me importan un comino; sino por los colilleros, legión noble y soberana ¡y acaso mis compañeros en el día de mañana!

Que aunque me parezca duro, tras de escribir redondillas, ¡quién sabe si mi futuro será el de coger colillas! ¡Quién sabe si me verán ir de una colilla en pos! Pues, como dice el refrán, de menos nos hizo Dios.

Porque es tan grande el perjuicio sufren y tan sensible, [cio que ya se ha puesto el oficio de una manera imposible. Recorren la corte y villa explorando sin cesar, ¡y no hallan una colilla que se pueda aprovechar!

Pues como el tabaco ha huído a latitudes mejores y, además, les han salido miles de competidores, hoy las alegres pandillas que por noches y mañanas iban cogiendo colillas por las calles cortesanías, ante el enorme perjuicio que se les causa con esto, han renunciado al oficio al ver lo mal que se han puesto. Que hay quien se fuma un pitillo de la ajena cajetilla ¡y se guarda en el bolsillo la miserable colilla!

¡Triunfen, pues, los colilleros que andan por ahí en cuadrilla, que hoy, el recoger colillas es cosa de caballeros!!

G. Ballester. Pérez

Ayuntamiento de Madrid

DONDE LAS DAN...

El

Hay chiquillas que a los quince se *pirran* por un doncel; hay otras que sólo piensan en atavíos y sedas; algunas en polvos y esencias, muchas en *autos* y joyas; y son poquitas las niñas que piensan en instruirse: pues casi todas a un tiempo les preocupa ser bonitas —aunque digan lo contrario— que parecer instruídas.

Ella

Y hay muchachos que a los se *pirran* por la baraja; [quince otros que beben y fuman lo mismo que carreteros; algunos que tras las faldas andan siempre de cabeza, y son muchos los que tienen que mantienen, más que nada, estos cuatro vicios juntos, por echárselas de hombre, demostrando en todo ser unos grandes borriquitos.

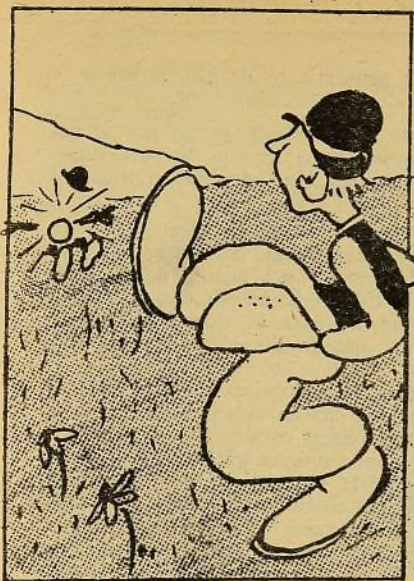
La mujer que ama las flores denota un fondo sutil; la que ama los niños descubre un corazón maternal; la que gusta de los libros un sentimiento elevado; y aquella que en el hogar cifra su única ilusión, por regla general ama los niños, flores y libros, y esa es la más indicada para novia, esposa y madre.

Notán de Shá



—¡Siempre tocas las cuatro mismas notas! ¿En qué quedamos?... ¿Estudias piano o bocina de automóvil?

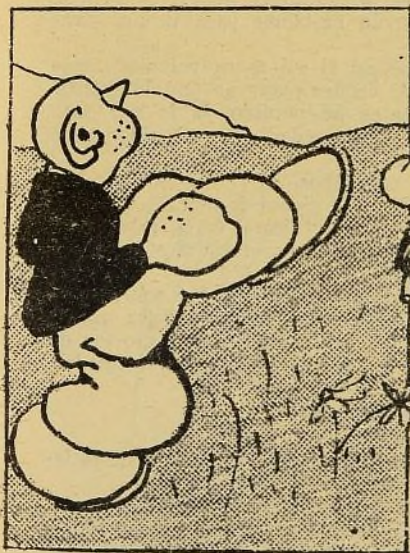
FUTBOLERIAS



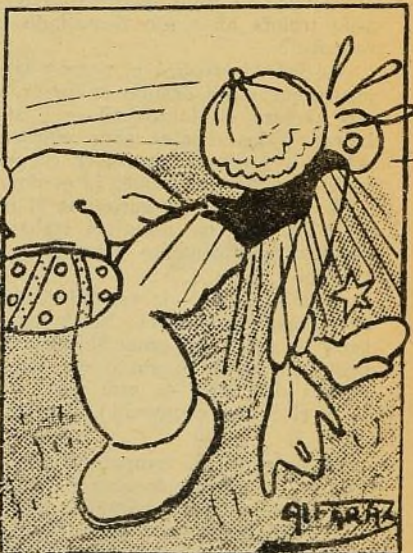
1. Es higiénico el fut-bol
y da gran satisfacción



2. poder dar un patadón
y hacer un hermoso gol.



3. Además, ustedes ven,
que aligera los tendones,



4. desarrolla los pulmões
y... las narices también.

LAS EDADES DEL HOMBRE

Cuento humorístico (basado en un pensamiento de los hermanos Grimm) para niños de 7 a 80 años.

Es éste un cuento tan viejo como el mundo y en el que se encuentra el origen de las diferencias sucesivas que el hombre experimenta en las diversas edades de su vida. Mas, dejando digresiones a un lado, he aquí que va de cuento.

El Señor acababa de crear este bello mundo que habitamos. Y creadas también las criaturas, y decidido después del pecado de nuestros primeros padres, que su paso por la vida sería transitorio, se encontraba el Señor en el preciso instante de fijar la duración de este tránsito, o sea de asignar a cada ser creado los años de vida que le correspondían.

Y he aquí que se presentó el burro, el primerito.

—Señor,—preguntó—¿cuántos años me das de vida?

—Treinta años—respondió el Señor.—¿Estás contento?

—¡Oh, Señor!—replicó el asno.—¿Cómo quieres que lo esté? Piensa un momento en lo dura que es para mí la vida. Siempre cargado con pesados fardos; siempre llevando en mis costillas al molino los sacos de trigo para hacer el pan que otro ha de comerse; y por todo premio palos y golpes, y golpes y palos. ¡Ah, Señor! ¡ten compasión de mí y alíviamme de unos cuantos años de ese martirio!

Y el Señor, compadecido, le dispensó diez y ocho años. Cuando ya consolado salía el asno, compareció ante el Creador el perro.

—¿Cuántos años querías vivir?—le preguntó el Señor. Si para el asno treinta años son demasiado, ¿serán bastantes para ti que vives contento?

—¡Señor!—replicó el perro—hágase así si así es tu voluntad; mas piensa que si mi destino es correr, mis débiles patas no podrán resistir una carrera de tantos años; y si antes he perdido ya la voz para ladrar y los dientes para morder, ¿qué quedará en mi vida como no sea ir gruñendo de rincón en rincón?

Y el Señor, clemente, le perdonó doce años.

Y he aquí que se aproxima el mono y el Señor le dice:

—Tú, que no necesitas trabajar como el asno o el perro, que siempre estás contento y haciendo monadas, ¿te convendrá vivir treinta años?

—¡Oh, Señor!—le replicó el simio,—no os fiéis de las apariencias. Mi obligación es dura: he de hacer tonterías y monadas para que la gente se ría, y esa gente se burla de mí cruelmente. Y en pago me da manzanas agrias o guijarros envueltos en pan. ¡Oh, no! ¡No podría resistir diez años de esta vida!

Y el Señor, conmovido, le perdonó diez años.

Y he aquí que comparece el hombre, contento, sano, lleno de satisfacción, y reclamando ante el Señor sus años de vida.

—Vivirás treinta años,—le dice el Señor.—¿Tienes bastante?

—¡Oh, Señor, tan poco tiempo!—exclama el hombre indignado.—¿Cuando apenas habré tenido tiempo de levantar mi casa y encender en ella mi fuego; cuando empezarán a alegrar las flores mi jardín, y a dar fruto en mi huerto los árboles; cuando me llegará el momento

pleno de estar contento de la vida, tendré que morir! ¡Oh, Señor, ten compasión de mí y prolonga los años de mi vida!

—Te añadiré los diez y ocho años del asno—dijo el Señor.

—¡Es poco!—replicó el hombre.

—Y los doce del perro.

—¡Es poco todavía!

—Bien—dijo el Señor;—tendrás también los diez años del mono, pero no pidas más.

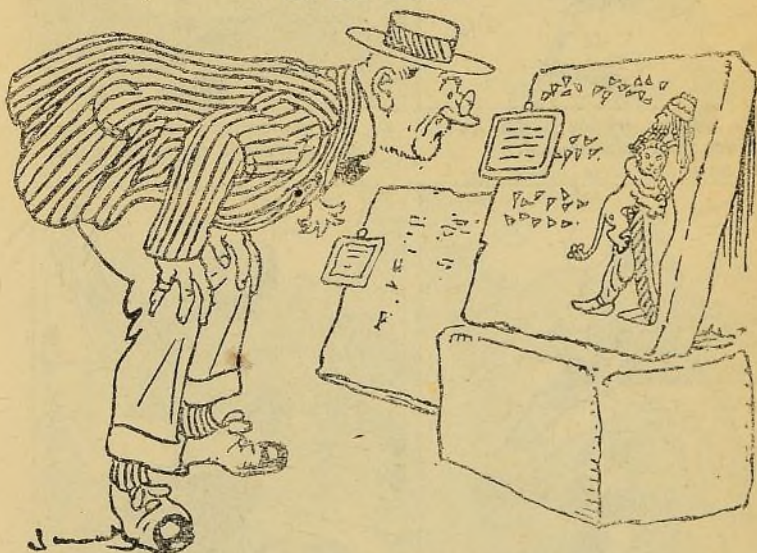
Y se fué el hombre y aún no está contento.

Y así vive el hombre setenta años. Los treinta primeros son sus años varoniles, los que como hombre le asignaron Dios y la vida, en los que disfruta y goza de ella, y que se le pasan rápidos como instantes; es cuando es sano, alegre y trabaja con entusiasmo y fruto. Llegan después los diez y ocho años del asno, y el trabajo es su obligación y su castigo, arrastra entonces el grano que ha de mantener a los demás, y palos y golpes, golpes y palos son el pago que le da la vida por su fidelidad y su trabajo. Y después vienen los doce años del perro, que se tira ya por los rincones, que se contenta con gruñir cuando le faltan ya fuerzas para morder. Y pasada esta fecha, ¡los diez años del mono sirven de conclusión!

Nobody



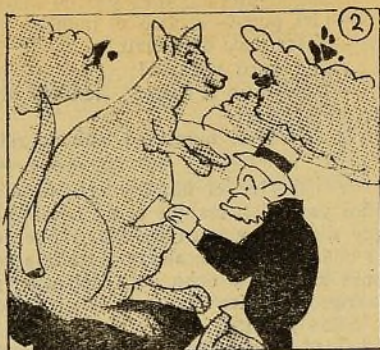
EN EL MUSEO



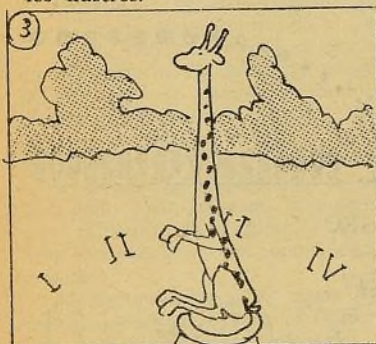
—Por lo visto, los caldeos escribían sobre piedras. ¡Pobres carteros! ¡Y no te digo nada de los sellos que se necesitarían para el franqueo!...



1. Pepito el chimpancé tuvo la idea de levantar estatuas a los animales ilustres.



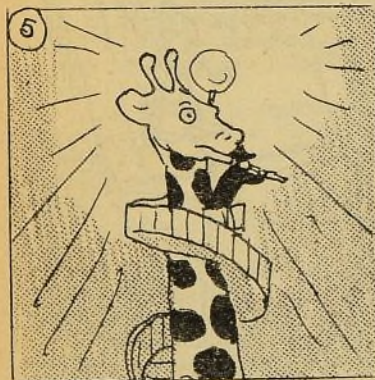
2. El monumento a un canguro serviría para buzón de correos.



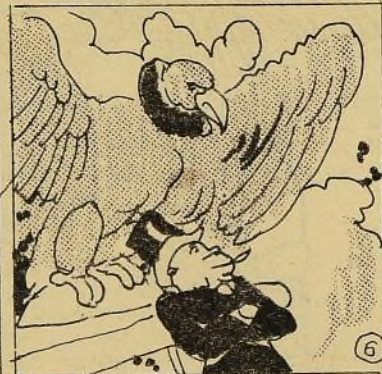
3. La estatua erigida a una girafa mártir, para reloj de sol.



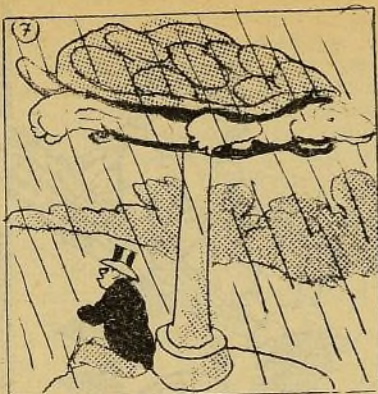
4. El monumento a otra girafa heroica serviría para repostería.



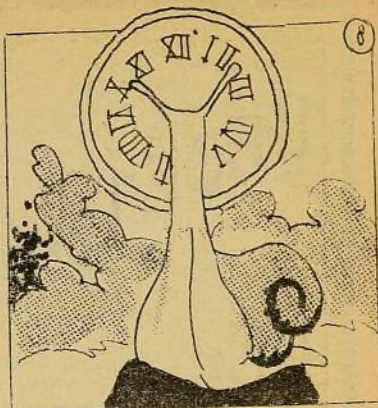
5. Y el de otra eminente girafa para faro de costa.



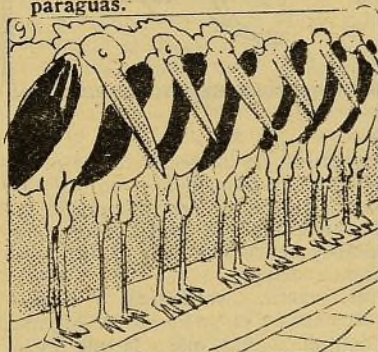
6. El mausoleo de un águila que casó seis hijas, prestaría su sombra bienhechora.



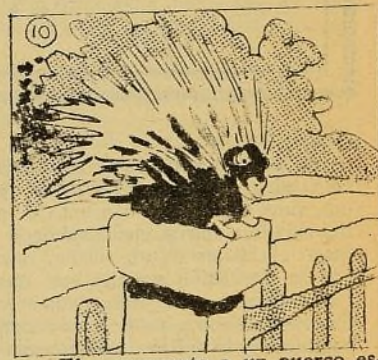
7. Y el de una tortuga trabajadora para refugio de los que carecen de paraguas.



8. El de un caracol tomatero serviría como un reloj público.



9. La galería de cigüeñas ilustres aprovecharía para reja de un parque.



10. El monumento a un puercito espín limpio, sería una gran defensa para vallados.

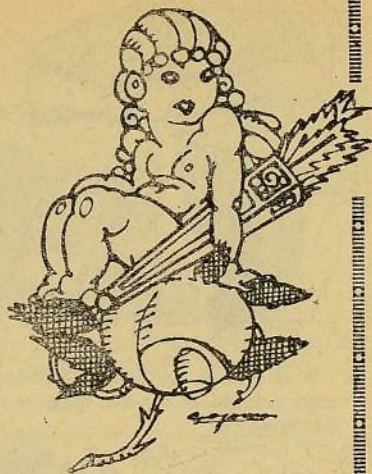


11. El de un hipopótamo víctima de un cólico, como medio anunciador.



12. Y el chimpancé Pepito se fué a ver al ministro del Trabajo para comunicarle su proyecto.

RECETAS DE BELLEZA



Sí, señoras mías; este título tan sugestivo, de un poder tal de atracción para las mujeres — niñas, jóvenes... o *respectables* — no es aquí una vana ilusión, un conjunto de palabras huecas y lugares comunes como en esos libros enciclopédicos que compráis con avidez para dejar luego olvidados en un rincón, con enojo y rencor las más de las veces por la desilusión sufrida con desencanto siempre...

Mis recetas de belleza son efectivas, prácticas, verdaderas y eternas. Conviene (como se dice charlatanesca en el prospecto de algunos específicos) lo mismo a la jovencita de quince años, que a la que olvidó tiempo ha el día en que cumplió los cuarenta *fatídicos*.

¿Fatídicos? ¡No! Que según mi programa, basado en la consoladora y sabia doctrina de nuestro ilustre dramaturgo G. Martínez Sierra "La juventud no es *estado*, sino *promesa*" y "cuando pasa en la mujer la edad plena del corazón, llega para ella, como para el hombre, la hora fecunda del entendimiento..." Pero no anticipemos...

Se dijo de las primeras y *furibundas* (tenían motivos para serlo, hay que convenir) feministas que menospreciaban la belleza... Y en tierras de Francia adoradoras del encanto — *charme* — femenino, se designó hasta hace poco (como todavía designamos nosotros siempre un poco a la cola) con el nombre de *sufraguette* o feminista a un ser híbrido, mujer-marimacho, angulosa, desgarbada, desgrefiada, por regla general usando gafas negras, anchos zapatos sin tacón, y lastimosos trajes de una *mesculinidad* afectada y ridícula.

Mas el reino de la belleza es inmortal, y sobrevive a todas las tentativas y a todos los prejuicios. Conservad pues, feministas o no, vuestra belleza, fomentadla, amadla, creadla, que es vuestro deber, puesto que Dios os la ha dado y es eterna, inmortal, digan lo que quieran los pesimistas que nos hablan de su bancarrota. Pero entendámonos. Fomentadla, cultivadla y amadla, sabiamente, estéticamente, cons-

cientemente no como lo hacen tantas completamente a ciegas en un verdadero derroche de potingues, cremas y mejunjes verdaderamente diabólicos, con los que no consiguen engañar más que a sí mismas... y aun eso con una gran dosis de buena voluntad. He dicho *conscientemente*... y la primera condición de la belleza, que es siempre armonía, equilibrio, es, por consecuencia, la salud. ¿Por qué en vez de enseñar a vuestras hijas a cubrir su piel fresca y rosada con ungüentos perjudiciales, no les enseñáis un poquito, nada más que un poquito, de la medicación, de la alimentación y de la higiene precisas para tener *naturalmente* un cutis transparente, y una sangre rica en glóbulos rojos, que la coloree con suavidad?

De nada servirá—¡no hay que echarle la culpa de todo al Gobierno!—que las ciudades sean higiénicas y las casas “con todos los adelantos modernos”—como anuncian en la cuarta plana de los periódicos—mientras no llevemos en lo íntimo de nuestro ser, y las mujeres más que nadie, el culto espontáneo, el amor y el respeto por el agua fresca y el aire libre.

A este propósito cuentan de una señora que padecía una fastidiosísima enfermedad de la piel. Y lo peor era que, como toda esta clase de afecciones, la afeaba bastante. Había probado toda clase de medicamentos, y recurrido en consulta a los médicos más afamados, cuando llegó, de paso, a la ciudad en que ella habitaba un famoso doctor. Fué a verle, y a cuantas recetas le indicaba, contestaba ella que ya las había probado inútilmente. Hasta que, por fin, un poquito amoscado, la interrumpió el galeno:

—¿Y ha probado usted de lavarse todos los días con agua y jabón?

—No, señor; nunca.

—Pues por ahí debió usted empezar.

Y eso es lo que, por regla general, ocurre con el cuidado y belleza del cutis, que se sabe lo mal que sientan las cremas y pomadas, y se desconoce en absoluto lo buena que sería, usada sin miedo, el agua y el jabón.

La salud, pues, la naturalidad, la limpieza, la higiene... He aquí *recetas de belleza* verdaderas, infalibles... y así y todo no bastan. Las pasiones—las malas pasiones—influyen también notablemente en la pérdida de la belleza... Como dice Martínez Sierra— a quien no nos cansaremos nunca de citar, pues ha sido el único que ha hablado “a las mujeres de España” noble y valientemente—“la envidia hace amarillear el rostro; la soberbia contrae el entrecejo y arruga la frente; la vanidad endurece y afea la expresión del mirar; el descontento forma arrugas feísimas junto a la boca; la ignorancia (¡mucha atención aquí!) presta a la cara más bonita repulsiva expresión de estupidéz; la vanidad hace perder al movimiento toda su naturalidad y le hace afectado y ridículo... Y así todo; no hay vicio ni defecto, por muy escondido que creamos tenerle, que no llevemos pintado en la cara. Por eso se ha dicho que el rostro es el espejo del alma.”

Así dice Martínez Sierra; es todo un código, ¿verdad? Y por eso habréis visto mujeres de figura arrogante y facciones perfectas, de las que os habrá desagradado un *no sé qué*. Y ese *no sé qué*, que así a vuestro juicio habrá hecho desmerecer toda su belleza, habrá sido el rasgo indeleble que en su rostro marcó la envidia, la soberbia, la ignorancia o el descontento; o el empaque que prestó a sus movimientos la vanidad, privándolos de toda naturalidad y todo encanto...

Ya sabéis también lo que *no hay que tener* para ser muy bonitas... y mientras—de vosotras lo espero todo, lectoras mías—atendéis a ensayar la verdad de estas mis recetas de belleza.

FELIPE CENTENO



DECLARACION

Este humilde servidor,
que en sus ojazos se cira
y que por usted suspira,
va a declararle su amor.
Pasó usted el otro día
tan cerquita de mi lado,
que me sentí subyugado
por su garbo y simpatía.
Casualmente la ocasión
me vino a favorecer,
pues no tiene a quien querer
mi sincero corazón.
Y por eso, sin rodeo,
aquí me atrevo a decir,
que me pone *usté* a morir
en cuanto sus ojos veo.
Que ya sin usted no vivo
y, por calmar mi impaciencia,
confiando en su clemencia,
con ansia esta carta escribo.
¡Será usted mi vida entera,
la imagen de mis ensueños,
la que vi entre dulces sueños
como amante compañera!
Y espero de su bondad
me dé una contestación,
que haga de mi corazón
la eterna felicidad.

Tom Ponce

ENTRE SIMIOS

—No; no bebo más: no quiero que me
vea mi mujer como una mona.

ÉXITO EXTRAORDINARIO

Aquel día salió muy temprano
Charlot de casa,
pues quería saber el efecto
que su obra dramática
producía en corrillos y grupos,
en calles y plazas,
y observó que por todos los sitios
por donde pasaba,
todo el mundo parábase extático,
todo el mundo quedábase trémulo,
todo el mundo mirábale atónito,
suspense y sin habla.

—Doy el golpe—decía Carlitos
sorbiendo la baba.—
Soy un “tío” ganándome a pulso
la gloria y la fama.
Me conocen, me admiran, me buscan,
me acogen, me acatan...
Está claro, me vieron anoche
salir a las tablas,
y en mi rostro refléjase el éxito,
y en mi rostro descúbrese al ídolo,
y en mi rostro recuérdase al público
que me ovacionaba.

¡Cómo miran aquellas señoras!...
¡Hay una muy guapa!...
¡Y vuelve la cara!...
¡Y me mira!... ¡Me mira!... ¡Y se ríe!...
¡Y se ríe otra vez!... ¡Y otra!... ¡Y otra!...
¡Le ha dado en el ala!
¿Qué hago yo? ¿La persigo? ¿La dejo?
¡Bah!... Me voy a casa,
porque es ya demasiado espectáculo,
porque es ya demasiada película,
porque es ya demasiada estrambótica
la gloria espontánea.

Y dejando infinitos curiosos
por calles y plazas,
que marcaban su paso triunfante

con vivas y palmas,
penetró en su tranquila vivienda
el rey de la guasa;
y al quitarse la ropa y ponerse
las prendas de casa,
¡oh, dolor; vió explicado el fenómeno;
¡oh, terror! vió aclarada la incógnita;
¡oh, furor! ¡¡¡vió un muñeco ridículo
colgado en su espalda!!!!

Gonzalo Ballester

QUIDACION



COMERCIO MISERABLE

—Oiga ¿y no tendrían ustedes también asas sin taza?
Ayuntamiento de Madrid

CONVERSIÓN

SONETO

Eres niña; eres pájaro inocente
que, ignorante de tristes asechanzas,
te sumes del placer en las bonanzas
que vislumbra tu espíritu inconsciente.

¡Qué bellas horas cree pasar tu mente
brindando besos, sumergida en danzas!...
ignorando que son ocultas lanzas
que te herirán, si caes, inclementes.

No rías; llorá y trocarás tu sino;
no dances; reza y tú serás dichosa;
no beses; guarda el néctar de tus labios.

Y gozarás las mieles de un camino
que dulce te conduzca hasta la fosa,
sin penas, sin temor y sin agravios.

Fermín Gutiérrez Muro



DESPRECIO

SONETO

Me repudiaste y ofendiste, loca,
porque el orgullo te venció indolente,
y las ideas que creó tu mente,
en injurias trocó tu fresca boca.

Tu palabra, que siempre se derroca
a la verdad desnuda y zahiriente;
mordióme muchas veces cual hirviente
lava que funde todo cuanto toca.

Tu contacto evité. Tenía miedo
que la absurda hermosura de tu ira
y que la amistad que te une a la mentira.

En mí hubieran de hacer presa muy quedo,
y marché temeroso que mi credo
manchase el paganismo de tu pira.

Fermín Gutiérrez Muro



PRIMAVERA

Dispuso Mamá Natura
que el mundo, en esta estación,
se llenase de hermosura,
de optimismo y de ilusión.

Al efecto, dijo al suelo
que le prestase sus flores:
pidió al Sol sus resplandores
y el color azul al cielo.

Y fué poniendo, amorosa,
por bosques, montes y prados,
desde el humilde ababol
a la romántica rosa,
y esparciendo los dorados
y alegres rayos de sol.

Lleno el mundo de alegría,
el Hada, con gran bondad,
esperó que reinaria
Amor en la Humanidad.

Mas no fué así: dolorida,
vió el Hada de las Bondades
seguir reinando en la vida
el rencor y las ruindades.

La Madre Naturaleza
a cierto mago fué a ver,
y éste le dijo: "Tú calmas
la maldad con tu belleza;
mas no logra tu saber
extirparla de las almas".

VERANO

Mamá Natura, tenaz,
se alió con el Verano
por dar castigo mordaz
a todo el género humano.

Requirió al Sol su calor;
éste obedeciéndola ciego
y, en vez de calor, mejor
creyó el astro darle fuego.

Y con saña, cruelmente,
sus hebras malignas, lentas,
fueron la tierra caldeando;
y no fué esto solamente,
sino que, atroces tormentas,
produjo de vez en cuando.

Pero, si, sí; ya podían
Verano y Mamá Natura
echar fuego: no veían
del hombre la gran frescura.

Si caldeaban el suelo,
la Humanidad iba al mar;
o bebía agua con hielo,
o marchaba a veranear.

Suplían, con gran ventaja,
el agua con los refrescos;
el asfixiante calor
con sombrerillo de paja,
trajes de dril e hilo, frescos,
y ¡hasta con ventilador!



TIEMPOS PASADOS

La noche estaba obscura. El Tajo humilde y quedo,
susurraba en las sombras sus llantos y sus quejas:
cerrados los portones; ajustadas las rejas,
dormitaba Toledo.

Todo era calma: sólo mugía, manso, el río,
perdiéndose en la noche los llantos de sus ondas.
A intervalos cruzaban, silenciosas, las rondas...

Después, sombra y vacío...

Sin embargo, alterando la mística y serena
quietud, un caballero, sonando sus espuelas,
rondaba, cual si fuese pavorosa alma en pena,
las negras callejuelas.

De repente, paróse en actitud de alerta;
y escuchando los pasos de otro trasnochador,
sirvióle de refugio el hueco protector
del quicio de una puerta.

Otra sombra embozada apareció y, sacando
un laúd, preparóse a entonar una trova
a la casta doncella que estaría soñando
amores, en su alcoba.

—¡Alto el galán!—gritóle el que estaba escondido.—
La noche no es propicia para dar un concierto;
volved a vuestro albergue; si vivo habéis venido,
tal vez os lleven muerto.—

—¿Y quién sois vos que así habláis ocultado?
En mi tierra, a esa acción le llaman miedo.
Sabed, señor matón, que no he encontrado
mi rival en Toledo.—

—Aquí estoy ya. Mi espada está impaciente
por suprimir intrusos a mi ama.—

—Y mi acero desea matar al imprudente
que corteja a mi dama.

Chocaron los aceros; crecióse la querella
a la par que crecían la furia y el rencor
y, entonces, quedamente, abrióse el mirador
de la hermosa doncella.

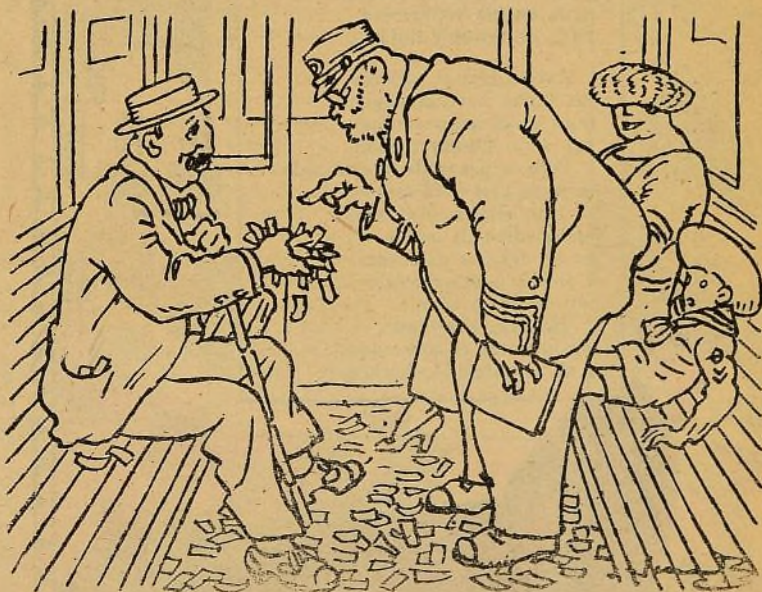
Mas no fué la doncella la que salió. Un huraño
rostro, a los combatientes, miró con atención;
y, de pronto, arrojóles algo como un tazón,
pero de gran tamaño.

Los fieros combatientes atónitos quedaron:
los dos, rápidamente, taparon sus narices.
Cogieron sus aceros y, corriendo, ¡infelices!,
la calle abandonaron.

Y mientras que corrian, el mirador cerróse;
el autor de la hazaña se acostó muy tranquilo;
y, una vez que reinaron la quietud y el sigilo,
él, cómodo, durmióse...

.....
Toledo dormitaba. Entre las sombras de sus encrucijadas,
cruzaban, cautelosas, sombras buscando amores,
y en la obscura calleja de enlutadas fachadas
seguían los olores...

F. Martínez Surroca



TRAYECTOS CORTOS

—¿Me hace el favor de su billete?

—¿Cómo no?... Usted mismo podrá buscarlo porque yo he de bajar aquí.



OTOÑO

Mamá Natura, burlada
como un paleta bisoño,
intentó otra coartada
aliándose al Otoño.

—“Amigo Otoño; quisiera
vencer al género humano:
Tú eres más cruel que el Verano
y más que la Primavera”.

—“Bien; Madre Naturaleza:
mis armas son las mejores.
Tú, Sol, el calor aflojas...”

Mi divisa es la tristeza:
nada de luz y colores;
nada de flores y hojas”.

—
Así se hizo: Aquilón
las hojas llevó consigo,
pues es el mejor amigo
del viejo Otoño triston.

Pero, a pesar de que el cielo
se puso gris y el ambiente
se hizo tétrico y el suelo
resbaladizo, la gente
no se dió por enterada
y si buscó su acomodo
con egoísmo visible
y, Natura, derrotada,
vió inventar el sobretodo
y el sombrerillo flexible.



INVIERNO

El Otoño sucumbió
y Natura, con eterno
antagonismo, llamó
a la puerta del Invierno.

El viejo la satisfizo
y, lluvia, escarchas y hielos,
sembró en los fecundos suelos,
cuando no nieve o granizo.

Y el hombre, con admirable
estoicidad, el castigo
resistió con valentía
poniéndose impermeable,
gabardina y aun abrigo...
quien algo de esto tenía.

Y, entonces, Mamá Natura,
se declaró ya vencida.
(La Humanidad es muy dura
a pesar de estar podrida).

Mas, Mamá Natura, ignora
que, con los cambios que impuso,
ha salido triunfadora,
pues ha originado el uso
de vestir *aclimatado*,
e, ignorándolo, lo impone
con saña fiera y salvaje.

¡No sabe lo que ha implantado
y, menos, lo que supone
comprar un modesto traje!

F. Martínez Surroca

ARABESCAS

Dime, gentil cautiva;
dime, grácil cristiana.

¿Qué es lo que a ti te hastía?
¿Qué es lo que a ti te cansa?

—
¿Quizá no supe, necio,
a ti amor consagrar?
¿O es que quizás mi reino
deseas gobernar?

—
¿Es que en el bello harem
cuidada por esclavas
nunca tuviste quién
con ilusión te amara?

—
¿Es que dulce nostalgia
tu mente sólo ocupa,
por volver a tu patria,
la Hispánica tierra?

—
Dime qué es lo que quieres;
dime tú qué deseas.
¿De esclavos bereberes
ansías mil cabezas?

—
¿Quieres una cadena
de estrellas de ese cielo
que en las noches serenas
se ven desde este suelo?

—
¿Tu boca de corales
desea los pendones
que en mil luchas triunfales
ganaron mis sayones?

—
¿Tú quieres las estatuas
que vosotros, cristianos,
tituláis sacrosantas?
¡Yo las pondré en tus manos!

—
Mis corvas cimitarras
y mis rojas banderas
la cabeza cortarán

al águila francesa...

—
...Y el noble león Hispano
humillado te diera,
si el néctar de tus labios
libar me permitieras.

—
¡Pide, bella cristiana!
¿Quieres joyas, collares,
trajes de la tu España
y ricos alamares?

—
¿Mi vida, reino y patria,
mi amor, mi luz, mi cielo
quieres? ¡Con toda mi alma
a ti junto lo ofrendo!

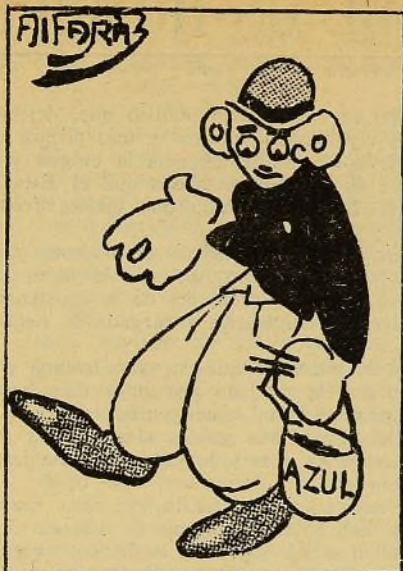
—
—Sultán, el de la Arabia:
tu cielo, alma y amor
esta humilde cristiana
rehusa, y quiere que a Dios
la vuelvas pura y casta.

Fermín Gutiérrez Muro



HUELGA DE MÚSICOS

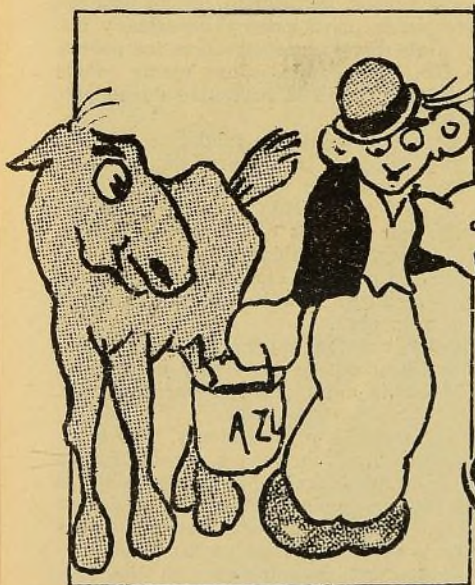
— Desengáñate chico, si nosotros que-
remos no habrá huelga tan ruidosa como
la nuestra



1. Nicolás, con mil apuros
un gran terno se compró:



2. Un terno que le costó
¡sus cuarenta y cinco duros!



3. Mas junto a un burro se puso
y éste que lo vió venir



4. le puso un traje, es decir:
el traje le descompuso.

LA SOMBRA DE UN HOMBRE

Doña Clotilde es la viuda de un funcionario público que, después de pasarse la vida cursando oficios y llenando pliegos y más pliegos de papel de barba, murió, dejándole como única herencia la exigua viudedad de diez y ocho miserables duros mensuales con que el Estado, menos previsor y compasivo que avaro, pretendía que hiciese frente a las necesidades de la vida.

Y doña Clotilde, que nunca tuvo otros bienes que la modesta paga de su esposo, al quedar viuda y sin más recursos que la mezquina pensión, sintióse aterrada ante el pavoroso problema de la existencia, que se presentaba ante ella implacable, enigmática y cargada de negras incertidumbres.

Y esta dudosa perspectiva de lo porvenir, que en vano trataba vislumbrar al través de su desventura, la amilanó por unos días hasta el extremo de sumirla en una postración tal, que pensó abandonarse, resignada e impasible, a su destino, impulsada por esas extrañas y superstitiosas ideas que no hacen suponer presos de un implacable fatalismo cuando nos sucede una desgracia.

Pero sus dudas y temores cesaron pronto. Ella era una mujer resuelta, enérgica y valiente, que había dado muestras de ello en vida de su esposo, cuando las necesidades del hogar se lo habían exigido en diferentes ocasiones, y no debía de arredrarse ahora en aquella crítica y angustiosa situación.

Tenía tres hijas, de veinte, diez y ocho y quince años, respectivamente, y no era cosa de cruzarse de brazos, soportando resignadamente, con su desgracia, toda una existencia de privaciones y miserias, y con ellas los desdenes y humillaciones a que tan expuestos se ven los pobres.

Revistió, pues, su ánimo de fortaleza, dando en su mente cabida a otras ideas más risueñas y optimistas, y vio la necesidad de adoptar una pronta y enérgica determinación.

Ella no tenía hijos varones; pero su instinto de madre le advertía que, si bien los hombres son más útiles en la mayoría de los casos y suelen aportar mayor rendimiento económico que las mujeres, éstas por su condición de hembras y su carácter sufrido, dúctil y abnegado, saben sobrellevar con más paciencia que aquéllos las cargas de la vida, y por lo tanto, hacerle frente con mayor serenidad y estoicismo.

Firme en esta creencia y fortalecida por una esperanza que le abría un camino a otra más venturosa realidad, sacudió su espíritu, trazó su plan de batalla, y puso manos a la obra.

Vendió sus joyas, sus muebles y cuantos objetos de valor tenía; y con lo que consiguió arrancar de las manos de usureros y judíos, más una pequeña cantidad que pidió prestada a un próximo pariente suyo, montó un modesto negocio.

Al principio todo fueron dudas, temores y vacilaciones. Las hijas, que no estaban acostumbradas a trabajar, se rebelaron a veces y fueron innumerables las ocasiones que lloraron de rabia y de despecho, al ver desde la tienda pasar a sus antiguas amigas en compañía de sus galanes y mamás, sin hacerles caso ni dignarse mirar siquiera; antes al contrario, ensayando una ligera y burlona sonrisa en los labios.

Pero la madre, previsor y contando ya de antemano con ello, procuró allanarles el camino, haciéndoles, a costa de esfuerzos y sacrificios, más llevadera la vida; y con serias reflexiones y sanos ejemplos, cuando no con duras reprimendas y alguno que otro cachete, consiguió que poco a poco se fueran acostumbrando a la nueva existencia, des-

terrando de ella los viejos prejuicios de señoritas pobres, e inculcándoles sus ideas y su amor al trabajo.

Y merced a sus desvelos y cuidados, a su voluntad y energía indomables, y a su equilibrado espíritu económico, la tienda fué creciendo como la espuma, aumentando la clientela y gozando cada día de más fama y mejor crédito.

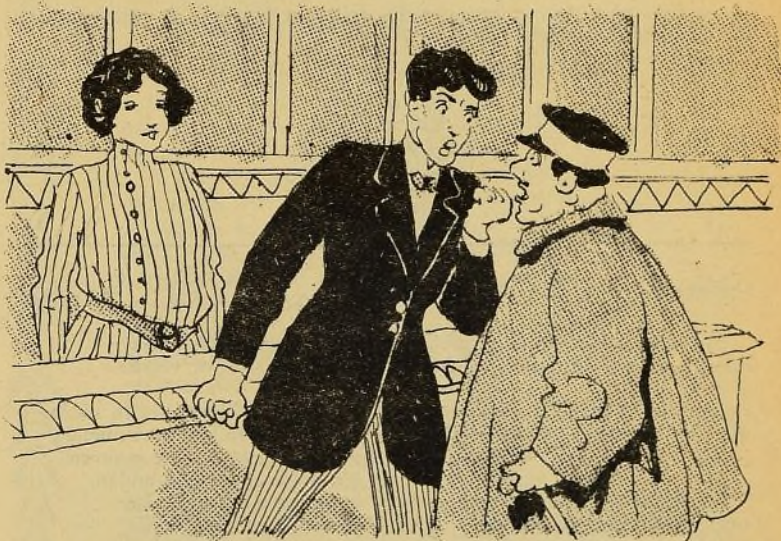
Pero el diablo que todo lo enreda, dispuso que doña Clotilde tropezara con una grave dificultad: la falta de un hombre en casa. Gracias a este inconveniente, los comerciantes que trataban con ella, los proveedores que la surtian de géneros, los operarios con que había de tratar a causa de su negocio, y hasta los recaudadores de impuestos y contribuciones, amén del propietario de la casa y el dueño de la tienda de enfrente, se permitían el lujo de abusar de ella y no le perdonaban ocasión de proporcionarle un disgusto, por aquello de que "no tenía un hombre que les rompiese las narices".

Por lo cual se comprenderá que doña Clotilde no era feliz del todo. En más de una ocasión se la había visto preocupada, taciturna y gruñona, y no había alma viviente que pudiese acercársele en tal momento, porque la mandaba a paseo con cajas destempladas.

Era que pensaba en una solución que algunos se habían atrevido a insinuarle. "Meta usted a un hombre en casa. A usted le hace falta la sombra de un hombre en casa; case a una de sus hijas", le habían dicho con insistencia.

Ya doña Clotilde, más que la idea de meter a un hombre en su casa, le preocupaba la probabilidad de tener que meterlo pronto, porque Elisa, la mayor de las niñas, tenía relaciones con un muchacho a quien, a pesar de sus buenas referencias y de su trato simpático y agradable, no había podido *tragar* nunca.

Mas al fin, tuvo que aceptarlo como a yerno. Precisamente el día de la petición de mano, una circunstancia imprevista vino a decidirla, más que por su propia voluntad, por los ruegos de sus hijas e instancias de otras personas.



Un comerciante que le debía dinero y que fué a visitarla a la tienda para comunicarle que por no sé qué fantásticas combinaciones

no podía pagarla, se lo dejaba sin efecto y considerando como saldada la cuenta.

Inmutóse la señora, reprochando al deudor su feo proceder; crecióse éste, asegurando que nada debía y que no habría quien le hiciese pagar un céntimo; intervino el novio con una energía tal, que hizo retractar de sus palabras al tramposo, y a la mañana siguiente, pagaba éste la cantidad íntegra y fijada que debía.

Este incidente fué el que determinó a doña Clotilde a meter a un hombre en su casa, pensando que, en caso de que no sirviera para gran cosa, serviría a lo menos para prestar sombra, para dar la sensación de que había un amo y hacer que las gentes la respetaran y tuvieran en mayor consideración.

Pero sucedió que, una vez casado, ya en casa y con el timón en la mano, el hombre quiso arreglarlo todo a su manera, introducir modificaciones y desbaratar la labor realizada por la madre y las hijas durante muchos años. Protestaron éstas y surgieron, agrias y enconadas, las cuestiones. Las hijas solteras tomaron el partido de la madre, y la mayor el de su marido; y así fueron viviendo durante varios meses con la creencia para los de fuera, de que la paz y la felicidad eran los huéspedes de aquella casa.

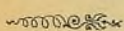
Mas hete aquí que un día doña Clotilde cae enferma, y dicen las gentes: "Ahora ya puede quedarse tranquila en la cama; ya tiene en la tienda quien la represente."

Y el que en la tienda la representaba, lo hizo tan bien que, apoderándose del talonario de los cheques, del dinero del cajón y de todo cuanto de valor halló al alcance de su mano, desapareció como por encanto, sin que hasta ahora se haya sabido una palabra de él.

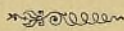
Y doña Clotilde, procurando esconder la amargura del desengaño sufrido, por no aumentar el duelo de su hija, suele decirle a ésta, entre irónica y compasiva:

—Animo, niña mía; no te apenes ni te desesperes, que volverá tu esposo y... le perdonaré. ¿No he de perdonarle?... al fin y al cabo, ya es hijo mío, ¡y me hace mucha falta un hombre de representación en la tienda!

F. S.



CONSEJOS



Una mujer honesta y hacendosa,
aunque cursi y en modas no enten-

[dida,

es preferible tomarla para esposa,
que no liviana, elegante y distin-

[guida.

—
La mujer que pone en trapos
más ilusión que en querer,
es, más que mujer, muñeca;

y las muñecas hoy día
son muy fácil de vender.

—
Si la gracia es—según dicen—
la hermosura en movimiento,
por lo mucho que se mueven
las mujeres cuando andan,
la hermosura sin dislate
la tienen en los talones.

S.

☀ CHIQUILLADAS O LOS NIÑOS PREGUNTONES ☀

En mi práctica del mundo, que es larga, vi sin querer "chiquilladas", que tener suelen interés profundo, para el que las sabe ver.

Los niños me han inspirado siempre una gran simpatía, por lo cual, de muy buen grado, a *Charlot* la musa mía su inspiración ha llevado.

Pero más no divaguemos... Basta ya de introducción; y en materia, al punto entremos porque para esta cuestión tela cortada tenemos.

Estando yo de visita en casa de un buen amigo, la niña de éste, Pepita, encarándose conmigo me dijo muy formalita:

—Vamos a ver, ¿por qué tiene alas el gorrión?—No sé, pero creo que porque el tenerlas le conviene para volar; bien se ve.

—Entonces, ¿para qué son las patas?—Nena, me escamas; para agarrarse a las ramas.

—Entonces, ¿por qué razón alas a las alas llamas?

—Pepita, estás abusando... (interrumpió el buen papá, muy oportuno, quizá, porque se me iba acabando a mí la paciencia ya).

En otra ocasión, el niño que una amiga mía tiene, me dijo con gran cariño:

—Si tú no me traes un nene de París, pronto *la diño*...

—Si te es igual, le traeré del Bazar.—No, yo quisiera *de verdad*, como el que fué el que trajo a la portera, hace días, don José.

No supe qué contestar, que, a veces un niño enteco al hombre de más andar le deja parado en seco a fuerza de preguntar...

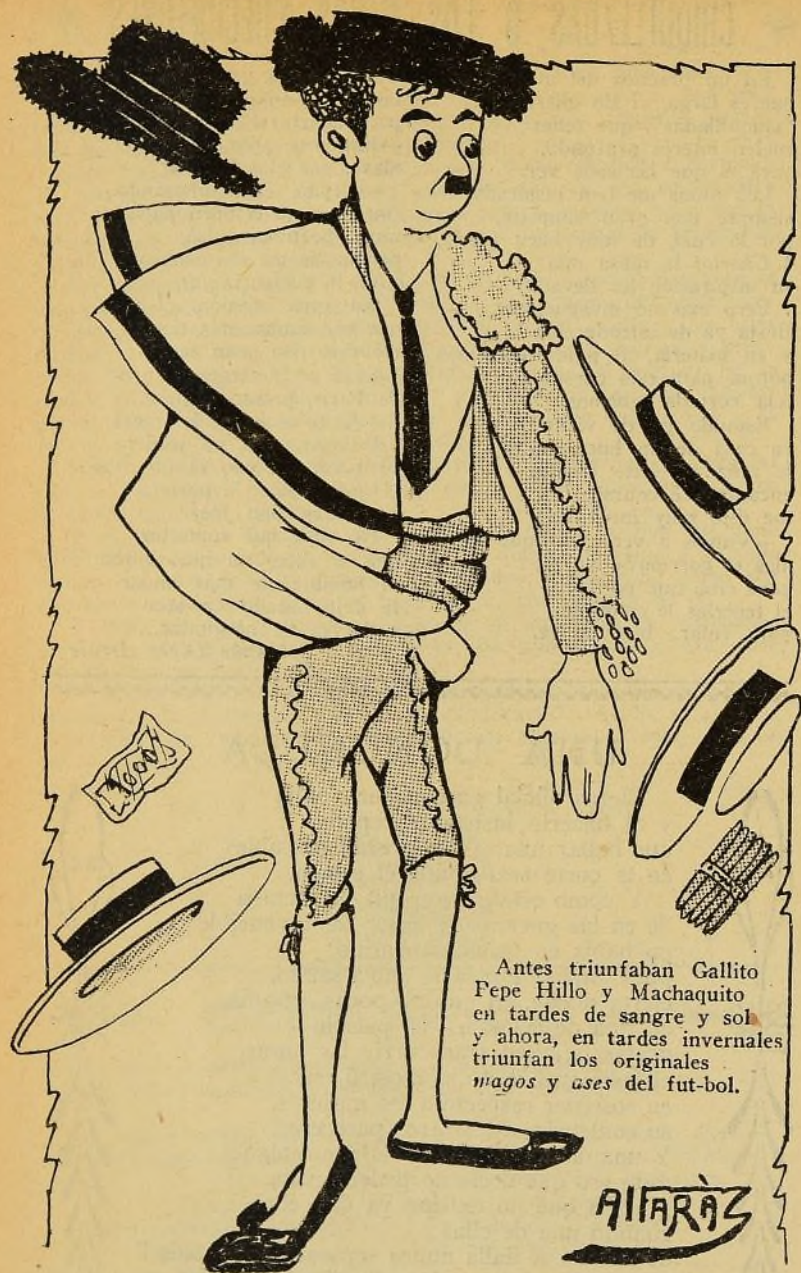
Sebastián López Arrojo

UNA DONCELLA

Cierto oficial gascón decir solía y al hacerlo insistente repetía, que hallar una doncella era imposible en la corte real donde él estaba.

Y como este gascón que se jactaba de en las guerras de amor ser invencible no había en otras combatido, pues jamás de palacio había salido, cierta noche, en que no pocas señoras, en una de las salas del palacio gratas dejaban transcurrir las horas, el buen gascón no se mostró reacio en sostener respecto a las mujeres, su contrario, a los otros pareceres. Y una dama objetóle:—"Buen amigo: todo eso que decís no prueba nada. ¿Creéis que no existen ya doncellas cuando una de ellas de vos no se halla nunca separada?" [pada.] —"¿Quién es esa doncella?"—"Vuestra es-

José C. BRUNA





Pero, triunfe lo que sea
no hay ninguno que no vea
triunfar siempre a Charlot,
lo mismo de pugilista,
que de artista, futbolista,
motorista y bibelot.

UN ESCRITOR MAS

Hallábame ocupado en mis habituales quehaceres, cuando ante mí se presentó un muchacho joven y no mal parecido. Había entrado sin pedir permiso, de lo cual se excusó contándome cierto sangriento suceso entre un visitante y un criado, quienes molestos mutuamente se acometieron recíprocamente, dándose unos cientos de navajazos.

Después de narrarme aquella historia, que logró interesarme, si bien no venía al caso ni mucho menos, hizo él mismo su presentación.

—Necesito—me dijo—doscientas cincuenta pesetas. Oígame usted y cuando haya oído de mis labios lo que me sucede, no vacilará en concederme ese sablazo. Anteanoche salí a respirar por las afueras de la población cuando, tras la puerta de una bella casita de campo, creí oír sollozos prolongados. Apliqué el oído a la cerradura y quedé muerto de terror. Se estaba perpetrando al otro lado de aquel umbral un crimen terrible. Yo percibí indistintamente los ruegos de una voz cascada y rota que decía: "Apretad mucho el saco y tened cuidado de que cuando lo hechéis al río no vuelva a salir a flote. ¡Pobrecillo! ¡Quién iba a decir que nos íbamos a ver en el doloroso trance de eliminarle de este modo! ¡Sólo tenía cinco años y era tan cariñoso!" Apliqué el ojo a la cerradura y distinguí perfectamente a dos hombres que ataban la boca de un saco, dentro del cual se revolvía algo furiosamente.

Formé un plan verdaderamente ingenioso. Me arreglaría yo solo para salvar a la víctima y desenmascarar a los delincuentes.

Un cuarto de hora después se abría aquella casa y a la luz de la luna vi dos hombres cruzar en silencio por el camino que conducía al próximo río. Cuando llegaron a la orilla, uno de ellos, que llevaba sobre su espalda el serón, aprestóse a ejecutar la premeditada acción. Pero no les di tiempo. Me puse frente a ellos, empujando el llavín como si fuera un revólver, y con voz cavernosa les dije:

—Si os movéis, os abraso. Dejad el bulto en el suelo. Bien. Ahora marcharos.

Efectivamente. No necesité que se lo dijera dos veces. Espantados enfilaron la carretera y pusieron los pies en *polvo-azul* (vulgo *polvo-rosa*). Llevado de mis salvadoras intenciones, rasgué el saco con un cuchillo e intenté sacar el ser que estaba allí preso y que aún se rebullía. Pero retrocedí, lanzando un grito de dolor. Por mi mano corría abundante sangre, y una materia blancuzca se mezclaba con el rojo líquido. Por el roto del saco salió una cabeza con dos puntos de fuego. Era un enorme perrazo el ser-aquel y seguramente, pensé, como efectivamente era cierto, que estaba rabioso. Huí de allí alocado, pensando en las consecuencias del mordisco. Yo ya me suponía mordiendo a diestro y siniestro y perseguido por un guardia se seguridad. Pero no tuve tiempo de pensar. Por el lado contrario de la carretera al que yo avanzaba vi correr hacia mí un nutrido grupo de gente y sin vacilar me tiré al suelo donde me desmayé. Volví de mi desvanecimiento. Sobre mis espaldas llovía una muy regular tanda de palos. No se me ocurrió pensar entonces sino que yo había empezado a rabiar y que aquella gente quería tacharme del mundo de los vivos. Cuando volví en mí dejaron de apalcarne. Un tío con chuzo y linterna se acercó y me dijo:

—¡Queda usted detenido en nombre de la Ley!

Aquello me pareció muy folletinesco y le contesté con una sonri-

sita chungona, a tiempo que, indignados sus acompañantes, comenzaban a sacudirme otra vez.

Gritando con toda la fuerza de mis pulmones, logré que se me oyera y se esclareciera todo aquello.

De las explicaciones deduje que los dos hombres a quien yo creía furibundos criminales no eran sino pacíficos ciudadanos que iban a echar al río, con todo el dolor de su alma, el perro aquel que la anciana decía tenía cinco años y era cariñoso (?), y que estaba rabioso ahora.

Yo, a mi vez, di mis explicaciones y conseguí aplacar las iras de mis apaleadores. Resultado: que me impusieron cien pesetas de multa por alteración imprudente del orden público; cien pesetas por el tratamiento antirrábico y cincuenta de hechuras de un traje...

Todo lo había contado mi interlocutor en cosa de cinco minutos, y a mí me parecía que aquello era un gramófono al 1.500. Al ver que por compasión o porque me dejara tranquilo iba yo a entregarle las 250 pesetas de marras, me hizo estar quieto con un gesto enérgico y continuó:

—Agradezco su benevolencia y caridad para conmigo; pero puede usted guardarse las pesetas esas y concederme un gran favor...

—Usted dirá...

—Quisiera que me colocara o me recomendara en la redacción de un periódico a fin de ganarme la vida. Ha de saber que yo soy un monumental narrador y colosal cuentista. Además, mi vida merece que se premie de un modo u otro.

Y durante tres horas seguidas me estuvo contando una serie inacabable de epopeyas y sucesos en que él había sido verídico protagonista.

—Entonces yo me lancé con un cuchillo entre los dientes, en medio de aquellos foragidos y a mordiscos (?) les puse en huida, salvando al infeliz juez, a quien habían arrebatado toda la ropa y le habían desnudado completamente, por lo que no le llegaba la camisa al cuerpo (?)... Cuando se desbocó el tronco del coche de los marqueses de Cebo-Llita, iban dentro del carruaje la señora marquesa y una niña hija suya. Yo no vacilé; me lancé a la *carrera* tras los encabritados caballos y cuando les di alcance me abracé al *tronco*. ¿Qué dirá usted que me impusieron por aquella acción?

—¿Una medalla?

—¡Ca, no, señor! Me detuvo un guardia y me impuso una multa por estropear *los árboles de la Carrera*.

—Pero—me atreví, por fin, a interrumpirle—si quiere usted colocarse en un periódico, de redactor o colaborador, ha de acreditar y demostrar que tiene ingenio suficiente para cumplir tal misión.

—Cuento con ello. ¿Qué juicio ha formado usted de todos los sucesos que le he contado?

—Bastante aceptable,—contesté yo comenzando a sospechar la verdad.

—Pues bien,—me replicó,—nada de lo dicho es verdad.

—¿Luego el incidente emocionante del visitante y el criado, el perro rabioso y las 250 pesetas, la salvación del juez, los caballos encabritados?...

—Todo original mío, improvisado de momento. Ahora, usted verá si tengo aptitudes para ser escritor y entrar en una redacción...

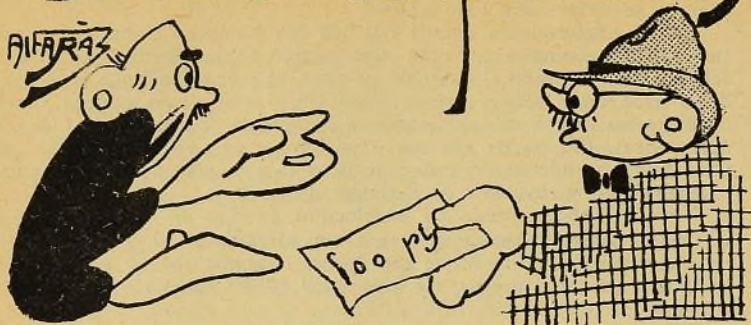
En la actualidad, mi visitante de aquel día, dirige un gran rotativo, y de vez en cuando recibo alguna carta suya en la que, al despedirse me dice:

—¿No ha vuelto a visitarle ningún importuno pidiéndole 250 pesetas?

¡Si él supiera!...

Fernán Gutiérrez Muro

Entre legionarios.



—Pero ¿eres tú, Robustiano?

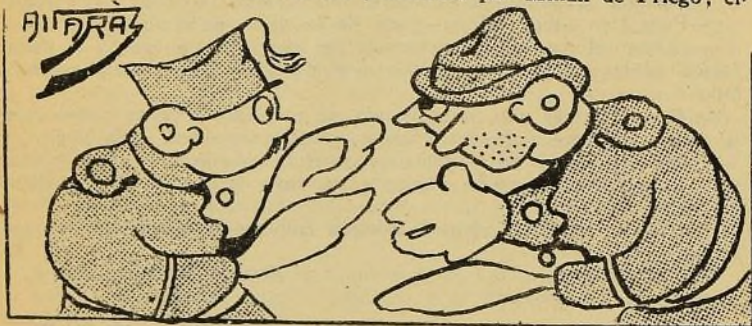
—¡Otra! ¿tú por aquí?

—Hombre, yo... como el tendero me amenazaba con no fiarme más las patatas, el sastre con quitarme la ropa, aunque fuera en la mismísima calle de Alcalá, el zapatero se negaba ya también a ponerme medias suelas si no *acoquinaba* el *parné*, y el casero con el desahucio, me puse a pensar para hallar un aparato que me permitiese vivir en las nubes, pues me decían que todo estaba muy alto; mas viendo que no lo encontraba, me senti patriota y me alisté en el Tercio.

Desde entonces llevo una vida colosal. Hace poco tuve unos días de licencia y estuve en Madrid y hasta en auto me paseé por la Castellana; porque, dejándose de cuentos, aquí en la Legión es tal la maña que nos damos para limpiar los adueros, que si lo supieran los políticos españoles, ya no pensarían más en ser ministros de Hacienda y dejarían el Tesoro tranquilo. Pero, tú, si que no me explico, Norberto, cómo has descubierto este filón de oro.

—Yo, como tú sabes, estaba *chalao* por la Sinfo; mas luego, al saber que ésta me la pegaba con el boticario de la esquina, me vine a Africa. En mi viaje no me ha ocurrido nada que merezca contarse, si no es que tiré a un pintamonas por la ventanilla del tren, porque no me dejaba ni aun comer, queriendo que me dejase pintar, y yo, la verdad, como siempre me ha parecido bien que se pinte la mujer, pero muy feo en el hombre, cansado ya...

Después, en otra estación, de la que no recuerdo el nombre, bajé a refrescar, y al ver a una apetitosa jamona, no pude resistir la tentación y la solté un piropo de los permitidos por Millán de Priego; en



mal hora se me ocurrió, pues el factor de la estación, que debía ser su marido, me atizó tal bofetón, que... bueno... si no es porque me cogieron mis compañeros, caigo a la vía. Después, al atravesar el Estrecho, aun para pasar lo estrecho tengo mala suerte, se fué a pique el barco y ya estaba a punto de hundirme cuando recordé que el día anterior me había *guardao* en el bolsillo un número extraordinario del *A B C* que vi en una peluquería, y como tenía un tubo de Pegamín de o'20, pegué las hojas e hice una barca de papel, como las que hacíamos de pequeños en clase cuando el profesor nos explicaba las matemáticas; y en ella aguanté dos días, comiendo ropa y bebiendo sudor, hasta que pasó un submarino que me amenazó con torpedearme si no izaba pronto la bandera o declaraba mi nacionalidad; contesté por señas, y entonces me recogieron y me trajeron a Melilla. Una vez en Melilla, lo primero que hice fué reclamar la soldada que me debían desde mi salida de España; allí me enteré, con gran sorpresa mía, de que yo había muerto en el naufragio del "Aguila", y al principio no me la quisieron abonar, mas luego, viendo que siempre era uno más, y que no pedía la prima de enganche, me la dieron. Desde entonces no hago otra cosa que pasearme con el fusil al hombro e ir a ver a unas moritas amigas para enterarme de los movimientos del enemigo, y cuando sé que han de venir, siempre procuro ponerme lo más cerca posible de donde se hallan los generales, para morir el primero si matan a todos los demás.

—Bueno, bueno; pero tú, se conoce que te animas demasiado cuando te pones a hablar. Calla un momento y vamos a la cantina, pues llevamos ya una hora hablando y es necesario que vayamos a sitio donde olvidemos cuanto nos entristezca.

Y el vinillo de la cantina ahogó la sarta de embustes de aquellos frescos.

B. CALATAYUD

Madrid, 16 Junio 1922.

PROVERBIO ARABE

—Pues sí que ha hecho V. muy mal en nunca querer casarse.

Yo he tenido tres mujeres; lo cual creo que es bastante, y usted debió hacer lo mismo.

—No, señor. ¡Que Dios me salve de semejante locura!

El buey suelto bien se lame.

—Pero elogia usted a todas y con todas está amable

y hasta parece que a ellas, pretende usted declararse.

—Sí, señor, sigo la táctica que enseña un proverbio árabe.

"Alaba y elogia al mar, pero rehusa embarcarte.

A las montañas alaba, mas las montañas no escales.

Alaba del matrimonio los bienes, mas no te cases".

J. C. Bruna

QUESTION ORTOGRAFICA

—*Riniego, señá Geroma,*
de las purgas.

—¿Le hacen daño?

—Me *jasen jerví* la sangre.

—¿La sangre, o el *estrogámo*?

—¿La sangre!

—Pues no las tome.

—¿Qué he de tomarlas! Las mato.

—¿Que las mata?

—Sí, señora.

No he visto *insertos* más malos.

—Ya entiendo, *señá Manuela*.

Ahora es cuando me he *enterao*.

Purgas son unas y otras.

Y por eso trastornamos

el *sentío*. *Osté* *jablaba*

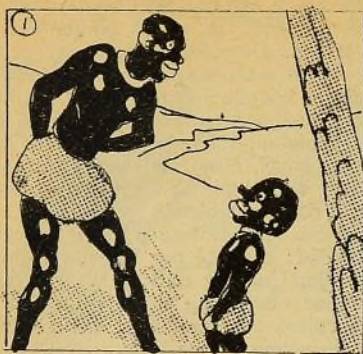
de esas que nos dan pinchazos.

Mientras yo me refería

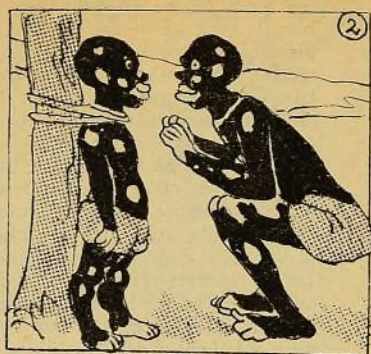
a las que da el boticario.

José Carlos Bruna

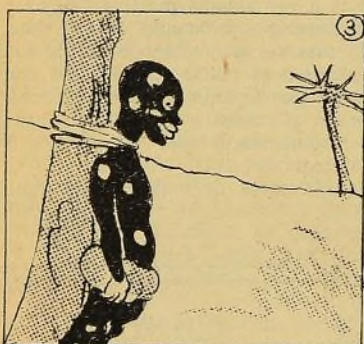
CRECIMIENTO INESPERADO



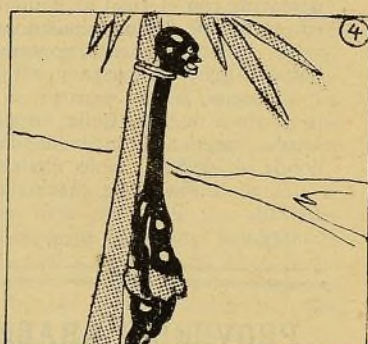
1. Vió el negrito Chirivía que su hijo no crecía.



2. Y para que así creciera ató al niño a una palmera.



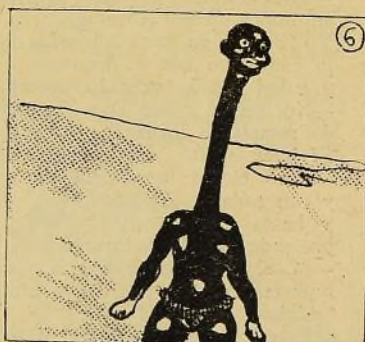
3. Los días fueron pasando y el tronco se fué elevando.



4. Mas por desgracia hizo ello que al niño creciese el cuello.



5. Alcanzando sus tendones colosales dimensiones.



6. Y el niño que así ha crecido por "Girafa" es conocido.

MAYO

- 1 m. s. Felipe, cfr.
- 2 m. s. Atanasio, ob.
- 3 j. Inv. Santa Cruz
- 4 v. sta. Mónica, viuda
- 5 s. Asc. del Señor
- 6 D. Juan A P. L.
- 7 l. s. Estanislao, ob.
- 8 m. s. Faustino
- 9 m. s. Saturnino, cfr.
- 10 j. s. Antonio, arz.
- 11 v. s. Mamerto, ob.
- 12 s. s. Alejandro, mr.
- 13 D. s. Pedro Regalado
- 14 l. s. Daniel, mtr.
- 15 m. s. Isidro, cfr.
- 16 m. s. Juan Nepomuc.
- 17 j. s. Pascual Bailón
- 18 v. s. Félix Cant. cfr.
- 19 s. s. Fortunato
- 20 D. Pascua de Pentec.
- 21 l. s. Florentino, ab.
- 22 m. Sant. Trinidad
- 23 m. Ap. de Santiago
- 24 j. s. Melecio
- 25 v. s. Urbano, papa
- 26 s. s. Felipe Neri, cfr.
- 27 D. s. Julio, mártir
- 28 l. s. Germán, mtr.
- 29 m. s. Máximo, ob.
- 30 m. s. Fernando, rey
- 31 j. El S. Corpus Cristi



JUNIO

- 1 v. s. Segundo
- 2 s. s. Marcelino, pb.
- 3 D. sta. Clotilde, reina
- 4 l. s. Francisco Garacho
- 5 m. s. Bonifacio
- 6 m. s. Norberto, ob.
- 7 j. s. Jeremías, pf.
- 8 v. s. Salustiano, cfr.
- 9 s. s. Fausto, cfr.
- 10 D. s. Timoteo, ap.
- 11 l. s. Félix, profeta
- 12 m. s. Aurelio, mtr.
- 13 m. s. Antonio de P.
- 14 j. s. Basilio
- 15 v. stos. Vito y Modesto
- 16 s. sta. Julita, vgn.
- 17 D. sta. Teresa
- 18 l. sta. Marina, vgn.
- 19 m. s. Fortunato
- 20 m. s. Inocencio, p.
- 21 j. s. Luis Gonzaga c.
- 22 v. s. Paulino de N.
- 23 s. s. Anastasio
- 24 D. Nat. S. Juan Bta.
- 25 l. sta. Lucía, vgn.
- 26 m. sts. Juan y Pablo
- 27 m. s. Ladislao, rey
- 28 j. s. Benigno, p.
- 29 v. stos. Pedro y Pablo apóstoles
- 30 s. s. Marcial, mr.

JULIO

- 1 D. Prec. S. N. Señor J.
- 2 l. s. Ontón, ob.
- 3 m. s. Jacinto
- 4 m. s. Laureano, ob.
- 5 j. s. Miguel de los Stos.
- 6 v. s. Isaías, profeta
- 7 s. s. Pelegrin
- 8 D. sta. Isabel, vgn.
- 9 l. sta. Verónica
- 10 m. s. Cristóbal
- 11 m. s. Pío I, p.
- 12 j. s. Juan G. fdr.
- 13 v. sta. Brígida, vgn.
- 14 s. sta. Adela, vda.
- 15 D. s. Enrique, emp.
- 16 l. Ntra. Sra. Carmen
- 17 m. s. León IV, p.
- 18 m. s. Federico, mr.
- 19 j. s. Vicente de Paul
- 20 v. sta. Margarita
- 21 s. s. Daniel, cfr.
- 22 D. sta. M.ª Magdalena
- 23 l. s. Apolinar, ob. m.
- 24 m. s. Francisco S.
- 25 m. Santiago el M.
- 26 j. sta. Ana M. N. S.
- 27 v. s. Pantaleón, mr.
- 28 s. s. Víctor, mr.
- 29 D. sta. Beatriz
- 30 l. s. Abdón y Senen
- 31 m. s. Ignacio de L. fnr

AGOSTO

- 1 m. s. Pedro ad-vinc.
- 2 j. Ntra. S. Angeles
- 3 v. s. Dalmacio, mr.
- 4 s. s. Domingo de G.
- 5 D. Ntra. Sra. Nieves
- 6 l. s. Sixto II, papa
- 7 m. s. Donato, mr.
- 8 m. s. Ciriaco, mr.
- 9 j. stos. Justo y Pastor
- 10 v. s. Lorenzo, ap.
- 11 s. s. Tiburcio, mr.
- 12 D. sta. Clara de A.
- 13 l. sta. Elena, vgn.
- 14 m. s. Eusebio, m.
- 15 m. Asunción de N. S.
- 16 j. s. Fortunato
- 17 v. s. Liberato
- 18 s. s. Agapito, mr.
- 19 D. sta. Tecla, mr.
- 20 l. stos. Joaquín y R
- 21 m. s. Anastasio
- 22 m. s. Hipólito, ob.
- 23 j. s. Felipe Benicio
- 24 v. s. Bartolomé, ap.
- 25 s. s. Luis, rey de F.
- 26 D. s. Ceferino, mr.
- 27 l. s. José de Calas.
- 28 m. s. Agustín, ob.
- 29 m. s. Adolfo, cfr.
- 30 j. sta. Rosa de Lima
- 31 v. s. Ramón Nonato



GATADA

Absorbiendo su atención,
leyendo con afición
una novela barata;
su risueña faz retrata;
visible demostración
que la lectura le es grata.
De este modo el tiempo mata
sentada, cerca el balcón,
sobre mullido sillón,
tranquila, doña Torcuata.

En graciosa contorsión,
artística posición,
y retorciendo la pata,
una hermosísima gata
de pelo color marrón
su fiero instinto delata.
Arrebujada en la bata
encuentra su distracción
jugando con el cordón
que pende a doña Torcuata.

Retumba por el salón
el eco del aldabón.
Doña Torcuata se ata
bien el cordón de su bata
y va a abrir. Bajo el sillón
se esconde atenta la gata.
Luciendo su nariz chata
aparece don Ramón,
que siente predilección
en ver a doña Torcuata.

En dulce declaración
como azúcar en terrón
disuelto con una horchata,
su sincero amor retrata,
siendo causa esta pasión
que su corazón le lata.
Para apagar la fogata
que voraz toma expansión,
cierta y segura extinción
logrará doña Torcuata.

Propúsole don Ramón
del matrimonio la unión,

lazo que la gente acata;
indisoluble contrata
que dará la solución
al asunto que se trata.
Impertinente la gata
juega con su pantalón;
llena de viva emoción
suspira doña Torcuata.

Al darle contestación
doña Torcuata, ve con
estupor, cómo la gata
corre, así que se apercata
que ha salido de un rincón,
y la persigue, una rata.
Tal escena desbarata
la atención a don Ramón,
y de pies sobre el sillón
se sube doña Torcuata.

Don Ramón con precaución
y armado de su bastón,
persigue también la rata;
da un certero golpe y mata
por una equivocación
a la cariñosa gata.
Furiosa al verlo desata
improperios por su acción;
de asesino, vil, ladrón,
le trata doña Torcuata.

Presa de gran convulsión,
con los nervios en tensión,
su semblante se amorata
y mascullando ¡la rata!
se tiende sobre el sillón
abrazada con su gata.
La tempestad se dilata,
y azarado don Ramón
por agua-naf le da ron,
que absorbe doña Torcuata.
En plena fermentación
vuelve pronto la reacción,
y blanca como la plata
mira, ve la nariz chata

y vuelve la excitación
 armando gran zaragata.
 Llevando en brazos la gata,
 presa de alucinación,
 se tira por el balcón.
 la infeliz doña Torcuata.

Don Ramón con tal acción
 ve perdida la ilusión
 que trajo su suerte ingrata,
 y aflojando su corbata
 se traga todo el bastón
 causa de su mala pata.

... ..
 Y aquí doy fin a esta lata,
 por lo que pido perdón,
 de la rata, don Ramón,
 de la gata y doña Torcuata.

F. Aber Coll



PRECOCIDAD

—¿Es cierto *Lola* que ya no quieres ser
 mi novia?

—Sí, prefiero a *Nolo*, porque lleva se-
 llo y gabardina.

ANHELO CUMPLIDO

Lola, que por la milicia
 atroz debilidad siente,
 compartió con un teniente
 de un *side-car* la delicia.
 Y, caricia tras caricia,
 semejando dos centellas,
 hasta el motor olvidaron
 viendo las cosas más bellas;
 pero, de pronto, volcaron
 y *Lola*... vió las estrellas.

F. Martínez Surroca

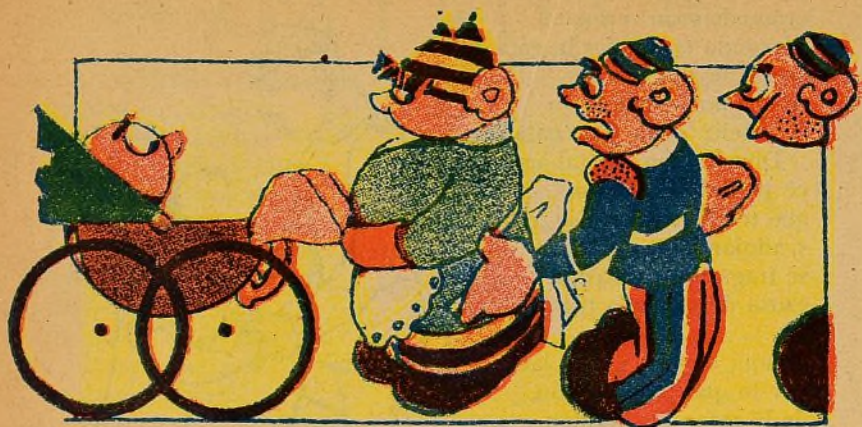
POR METERSE A REDENTOR

Fusilaron a un menguado
 que, falto de tacto y juicio,
 ejercer quiso el oficio
 de Jesús modernizado.

Y la sentencia fallada,
 por tribunal competente,
 al trascender a la gente
 fué de este modo juzgada.

Un obrero: ¡Qué injusticia!
 un militar: ¡Oh, la obediencia!
 un burgués: ¡Eso es justicia!
 y un jesuíta: ¡Conveniencia!

REQUIEBROS... Y COGIDAS



1. —Con gusto recibiría
de sus manos cualquier cosa...



2. Y ¡paf! el ama de cría
le da una torta horrenda.



3. Y el quinto, en muy mal estao,

Ayuntamiento de Madrid
¡Gachó!... ¡pa mi que esa tía
es Carpentier disfrazao!"

SMART

Mrs. Kirby, en su palacio de la Quinta Avenida, invitaba aquella noche a un príncipe latino, de paso por Nueva York, y a un grupo de amigos cuidadosamente seleccionados entre "los cuatrocientos". Rodeada de su camarera Mary, de su peluquero, del primer probador de su modisto y de un ayudante, ensayaba ante los altos espejos de su gabinete los trajes que había encargado. Prefería uno rosa, de cinco mil dólares, y uno negro, de seis mil. ¿Pero cuál de los dos? Con el rosa, cuyas volutas de nácar lucían su frescura matinal, un reflejo de adolescencia coloreaba la tez de Místers Kirby, aclaraba sus ojos, suavizaban sus líneas, ponía en el ángulo de sus labios sonrientes una gota de luz del rocío que ofrecieron las flores a Venus recién nacida del tibio seno de los mares...

—Mary, mis perlas, mis rubíes.

Con el traje negro, en cambio, la belleza de Mrs. Kirby recobraba toda su dura majestad. La densa cabellera se ensombrecía, las órbitas profundas se cargaban de misterio; en la boca sinuosa aparecía el arco severo de Diana y el busto pálido surgía de la "toilette" como el de una estatua, al claro de luna, entre el follaje de un bosque sagrado...

—Mary, mis diamantes.

¿Qué elegir? ¿Ser ninfa o ser diosa? ¿Ser de carne o de mármol?

—Me quedo con los dos,—dijo Místers Kirby.

Los hombres se inclinaron y se fueron, con los dedos temblorosos aún de haber ataviado al ídolo.

—Tenga preparados los diamantes y el traje negro, Mary.

Y Mrs. Kirby, vestida de rosa, acariciada por la claridad de sus rubíes y de sus perlas, bajó a recibir a sus invitados. Al cruzar el "hall", hizo señas a John, el viejo sirviente, y le dió algunas órdenes en voz baja.

* * *

Los millardarios comían. El príncipe, sentado a la derecha de Mrs. Kirby, encontraba que hacía demasiado calor, y que había demasiados focos eléctricos y demasiadas orquideas. Las joyas, de una suntuosidad demente, convertían el oro en una cosa pobre, buena para los botones de la servidumbre.

Quiénes tenían verdadero apetito eran las mujeres. De una pulpa brillante y sólida, grandes, sanas, enérgicas, conversaban sin dejar de engullir. Los maridos probaban aguas minerales, sacaban casi todos un frasquito o una cajita que abrían de cuando en cuando, y meditaban antes de empezar los platos. Sus cabezas calvas, exangües, se destacaban sobre los fracs. Hablaban poco; no podían competir en erudición literaria con las señoras. Además, estaban fatigados, y debían levantarse al amanecer. Sus rostros parecían haber ardido. Eran cimas volcánicas, pero cimas. Eran los que ganaban el dinero.

El príncipe fué modesto. Había allí varios reyes de productos textiles, metalúrgicos y alimenticios, los únicos reyes auténticos de la tierra, capaces de comprar naciones, y con derechos de vida y muerte sobre cientos de miles de proletarios. ¿De qué les hablaría él? ¿De su castillo histórico y de sus faisanes? Pero ellos hacían la historia, y le obsequiaban en silencio con pescados que desde los ríos de Rusia habían llegado vivos a Norte-América. Comprendió que su título sonaba como un violín italiano en medio de los cobres de Wagner, y optó por admirar a Mrs. Kirby, tan "charming" con su traje rosa.

"Flirtaron", distraídos por los girones de la charla general.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Mi mujer?... No sé... ¡Ah!... Sí... Tomó el vapor y se fué al estreno de "Chantecler"... Acaso espere el Grand Prix... No sé a punto fijo...

—Cuestión de otros quinientos millones...

—He reunido tantas piedras grabadas como el museo de Nápoles...

—¿Millón y medio, ese Rembrandt?... No es caro...

—Pobre perrita... me la mataron... tenía su vajilla de plata, y en mi ausencia... quince días... sirvientes nuevos, idiotas, la daban de comer en cacharros de cocina... el animal, indignado, rechazó todo alimento... murió de hambre y de sed...

—¿Qué inteligencia!...

—Es difícil conseguir criados que acierten a cuidar los perros...

—¿Cómo?... ¿Tiene usted hijos, señora?... ¿Cuántos?... ¡Tres! (*Exclamaciones de curiosidad y de lástima.*) No los bese nunca... no es higiénico...

—Quinientos millones no bastan... créame a mí...

El príncipe murmuraba:

—Con ese traje es usted la aurora.

—¿La aurora a las 9 p. m.? ¡Qué anacronismo!...

Y Mrs. Kirby miró hacia el fondo de la estancia.

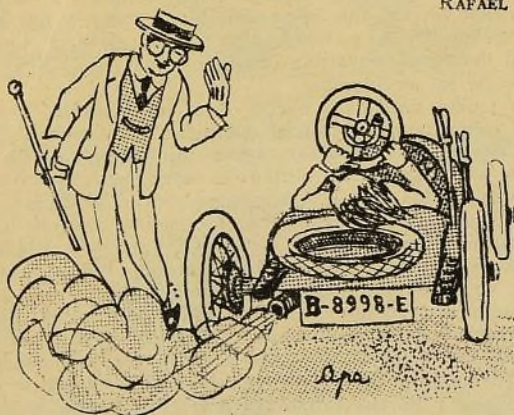
John se acercó, tropezó y volcó una salsera sobre el traje rosa. La salsera era de Sèvres, pero la salsa era mayonesa. Las pupilas de los presentes apuntaron a John como cañones de revólvers. Tal vez, en otras circunstancias, habría sido lynchado. Mrs. Kirby, impasible, se retiró. A los diez minutos volvía con su magnífico traje negro, coronada de diamantes...

El príncipe, deslumbrado, citó un texto de Ovidio. Los hombres, haciendo un esfuerzo, se extasiaron lacónicamente. Las damas sonreían, mostrando la blanca ferocidad de la dentadura, y Mrs. Kirby, sintiendo en torno suyo la única admiración sincera — que es la envidia — fué feliz un momento.

Sin embargo, frente a ella había una cara familiar llena de indiferencia y de cansancio, una cara de amanuense mal nutrido... ¿De quién era aquella cara olvidada de puro conocida? Y Mrs. Kirby se acordó de pronto...

¡Ah! No era más que el señor Kirby.

RAFAEL BARRETT



PREVISION

—No, no monto, Pepín: ¿querrás hacerme creer que esos asientos horizontales no están fabricados con intención? Como son tan frecuentes los accidentes han querido prevenir la camilla.

Ayuntamiento de Madrid

❧ DONDE NO HAY HARINA... ❧

Se casó Juan Pilar,
y al mes justo de casados,
con los semblantes airados
pusieron a disputar,
armando tal estruendo
que en el barrio los vecinos,
—¡Válgame Dios, qué inquilinos!
—dijeron;—¿qué están haciendo?

Y el portero de la casa,
hombre experimentado,
por viejo y por ser casado,
respondió en tono de guasa:
—Otro cisco pasajero
que los novios han armado
como tantos, provocado
por cuestiones de dinero.

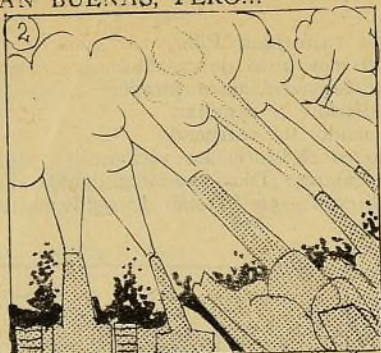
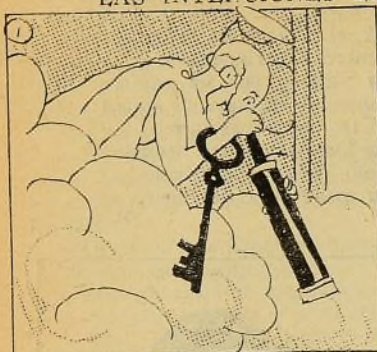
F. S



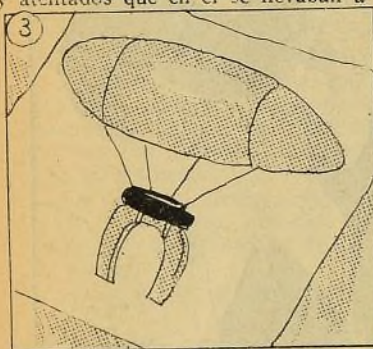
—¡Estoy derretido por usted, Sol!

—¡Oh, no tiene nada de particular! El Sol derrite la grasa.

LAS INTENCIONES ERAN BUENAS, PERO...



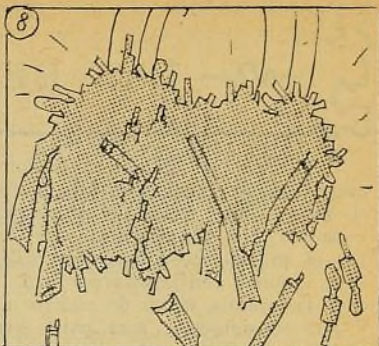
1 y 2. — A San Pedro, el celestial portero, se le ocurrió un día dar un vistazo a este pícaro mundo y, al ver las guerras, crímenes, atracos y atentados que en él se llevaban a cabo tuvo...



3 y 4. — ...la ocurrencia de hacer un desarme general. Visitó a San José, carpintero seráfico, y éste le dió la idea de que, con un gigantesco imán y un dirigible, no sería difícil...



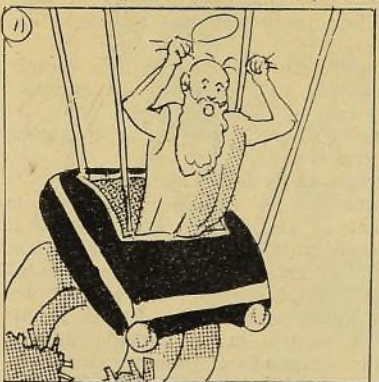
5 y 6. — ...el asunto. Trazáronse planos y los santos, ayudados por los ángeles, que trabajaban como los propios ídem, dejaron en poco tiempo listo el artefacto, en el que se embarcó San Pedro.



7 y 8.—Las guerras y demás actos de barbarie continuaban hasta que, un fausto día apareció el dirigible de San Pedro, que atrajo hacia sí todas las armas ofensivas y defensivas.



9 y 10.—De momento, la estupefacción fué general y hubo una tregua en la matanza. Pero luego, no disponiendo de armas, se liaron a puñetazos, patadas, mordiscos, arañazos, etc.



11 y 12.—Y San Pedro, después de arrancarse los cabellos de su seráfica testa volvióse al cielo convencido de su inutilidad y ¡oh, dolor!... ; Por descuidar sus obligaciones se habían colado en el cielo una infinidad de comerciantes!

— LAS BELLEZAS —

“Más feo que Picio... Feo como Quasimodo...”, se dice, generalmente, cuando alguien intenta sintetizar, con vistas hacia lo fenomenal, el desheredado físico de un hombre. “¡Qué escrachó!”—murmuraría a su vez, con torcido gesto, un “compadre” cualquiera, y nadie, a no ser el interesado, osaría escandalizarse por ello. En cambio, que yo sepa, ¿quién podría citarme una “personaja”, extraída de la historia o de la leyenda, capaz de realizar el tipo clásico de la fealdad femenina, y por consiguiente, apta para servir de símil corroborante? Nadie... Tal vez Medusa podría invocarse; pero ésta, más bien que fealdad, simboliza horror. ¡Inútil! La mujer es poseedora, desde remotos tiempos, del “trust” de la belleza, y lo único que nos permite ser es “buenos mozos”, y muchas gracias, aunque el término nombrado no huelga de hermosura y recuerda al de categoría dignísima y casi de mártir “pobre, pero honrado”. No nos queda más recurso que esperar. ¡Sí! Esperemos el advenimiento del superhombre, que asegura Nietzsche, será “una magnífica bestia rubia”. ¡Ay de los morochos! ¡Ni siquiera saborearán la dicha de lucirse como bestias magníficas!

Más feliz, la mujer continuará siendo, a lo que creo, siempre bella y siempre persona. ¡Cómo si no las hubiese heitas! Tan feitas que, al verlas, no puede uno menos que cerrar los ojos con pena y formular mentalmente el conocido voto de condolencia: “Le acompaño en el sentimiento”. ¡Y es que es, a fe mía, un sentimiento real y doloroso! La fealdad en la mujer se me antoja algo anómalo o irregular, como lo son las flores que huelen mal o el pájaro que no canta.

Es que el prestigio de que goza la belleza-mujer es soberanamente universal. ¡Cuántas veces he visto a infelices que no saben para qué sirve el sastre, o que cuando tropiezan se quitan confundidamente el sombrero con la mano izquierda, darse vuelta atontados al paso de una dama hermosa y quedar luego mirándola cómo se aleja, con una sonrisa tan picaresca y feliz en los ojos, que, por un instante, diríase que escuchasen una voz tentadora murmurándoles al oído: “Eh, ¿qué tal? ¿Te gustaría?”

Sin embargo, no siempre se procede con justicia. En no escasas ocasiones, el sujeto admirado o ensalzado ha compuesto sus encantos con las múltiples y traidoras accesiones del industrialismo. ¿No tenemos, acaso, “doctoras” de belleza? ¡Y qué prodigios se consiguen con la línea y el color, sobre todo con el color!

Pero este no es el caso: yo trato de bellezas sin “adition”, es decir, puras y legítimas, de esas que son el orgullo y la dicha de quienes pueden exclamar ampliamente: “¡Es mía!” Los dichosos... Me asalta una duda. ¡Dichosos! ¿Serán realmente dichosos los dueños, los poseedores de una “belleza”? ¿Ni una inquietud ni una duda?

Conozco quien se inquieta, quien ve nubarrones... fantásticos, ilusorios todo lo que queráis... pero nubarrones al fin. El es joven; ella lo es más. ¿Bonita? El, por lo menos, la ha llamado muchas veces: “¡Divina!” Y ella ha sonreído, juzgando el término sanchescamente razonable. Están casados; tienen una hija, una chiquilla. El padre suele pasear con ella. Una tarde, y tras larga pausa de silencio, el padre habla de pronto.

—Oye, nena... Atiende... Cuando salgas con mamá, cuando vayas

con ella ¿sabes? y alguien la mire... la mire mucho... le dices: Mamá... tal cosa... mamá... tal otra... cualquier cosa... Pero le dices fuerte mamá, ¿entiendes?

La chiquilla abrió tamaños ojos.

—¿Y por qué?

—Haz, nena, lo que te digo; yo sé por qué te lo digo.

Pero la nena ¿por qué no?, también quería saberlo, y lo supo a su modo.

—¡Ah!—exclamó en un espacio de risueño asombro.—¿Para que la gente no se crea que mamá es la institutriz?

El rió con una pobre y forzada risa de fante y oprimió efusivamente el brazo de su hija, cuyos ojos brillaban como piedras preciosas.

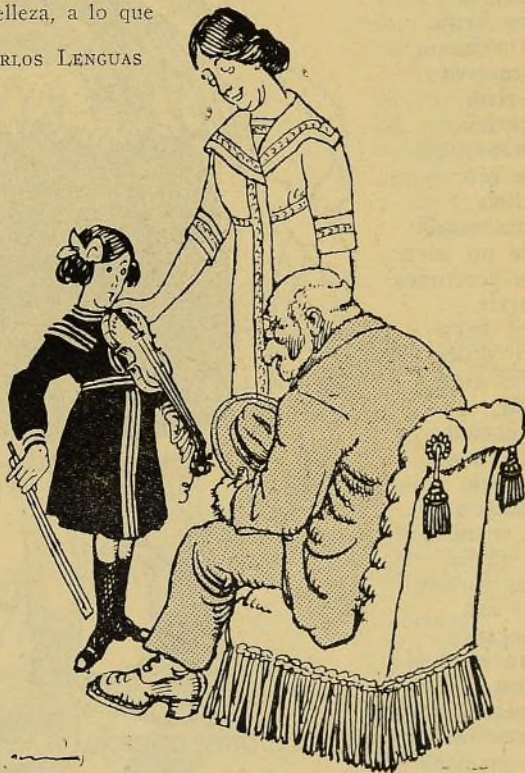
—¡Eso es! ¡Bien! ¡Eso es!...

No era eso, no. El infeliz temía que la juventud y la hermosura de su esposa pudieran hacer parecer a ésta hermana de la chiquilla, y, por lo tanto, libremente "flirteable".

Luego, pues, aquel aviso de maternidad era, en su concepto, bastante protector.

¡Oh, belleza, a lo que obligas!

CARLOS LENGUAS



ERUDICIÓN EQUIVOCADA

—¡Muy bien Juanita, muy bien! Si sigues así vas a ser una digna émula de Juana de Arco.

TU PELO

Es un encanto
el rubio tuyo
achampanado
del pelo;
es un encanto
hechicero
por el que siento
constante anhelo.

Es un rubio sedenio,
embriagante
como el transporte
de un sueño.

Un casco de oro
de hilos luciente,
de haz peregrino
a quien adoro.

Misterio brujo
como un hechizo
que me cautiva
con cada rizo.

Sutil caricia
que experimento
cuando te veo,
oh mi delicia.

Quimera blanda
cual la de un sueño,
que entre perfumes
suele ocurrir.

Dulzura vaga
de un eco dulce
que sólo el alma
sabe sentir.

Es un encanto
el encanto tuyo
del rubio pelo
color champán.

Es un ensueño
como de gloria
donde mis sueños
prendidos van.

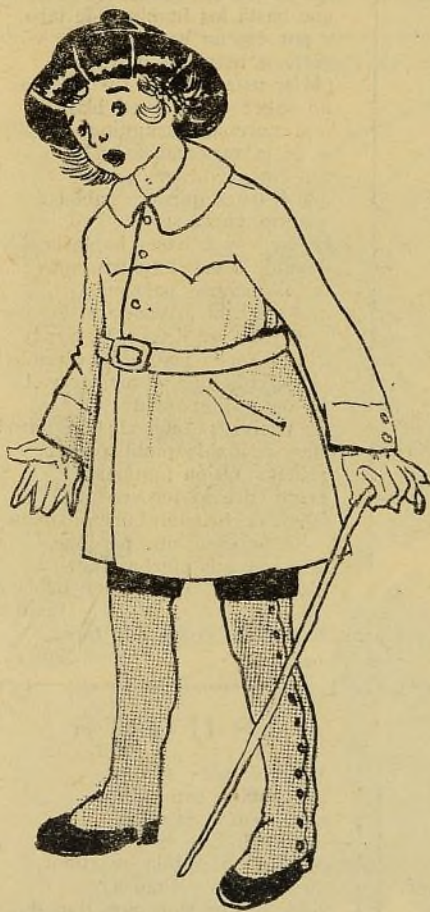
Es esperanza
que alegra el alma
con alegría
de cascabel...

Son unos bucles
que puso un hada
sobre tu cara
como un dosel.



TRADUCCION MODERNA

—...y como no entender el inglés,
llevó mi papá la carta a un far-
macéutico amigo suyo para que se
la tradujese y... le dió una me-
dicina.



Oh lindos hilos
de ensortijados
incomparables
bucles de oro.

En cada rizo,
de mil amantes,
lleváis prendido
un "Yo te adoro".

Oh casco de oro,
nido de ensueños;
oh peregrino
rubio de tul.

En tus sedefas
doradas hebras
hay el encanto
de un cielo azul.

Azul y grana
de luz de aurora...
oh cabecita
rubia diadema,
¿quién vió tus gracias
y no te adora?

FRANCISCO SANTANO

MADRIGAL

¿Qué tenéis
mis ojos bellos
que no me queréis
mirar?

¿Es acaso
alguna queja,
o queréis
verme penar?

Si es lo primero
decidme,
que os quiero
desagraviar;
si lo segundo
miradme,
¿no os conmueve
mi penar?

Ojos muy bellos,
muy lindos,
ojos de dulce
mirar,

negros ojos
misteriosos,
¿queréis volverme
a mirar?

F. SANTANO

❧ DE CONQUISTA ❧

¿Qué miro?... ¿Es una mujer?
 ¿Es una diosa calzada
 y vestida a la europea,
 o es una visión fantástica,
 eso que mis ojos ven
 y delante de mí marcha?
 Lo cierto, es que yo no he visto
 unos trapos con más gracia,
 ni una pierna femenina
 tan esférica y gimnástica,
 ni un balanceo de cuerpo
 tan náutico, que me causa
 el efecto de ir viajando
 a bordo de una fragata.
 —Oiga usted, niña bonita,
 paloma, miel de la Alcarria,
 cacho de cielo, boquilla
 de espuma de mar y ámbar,
 billete de mil pesetas,
 emperatriz de Kelaya,
 imán que tira de mí;
 modere un poco su marcha
 porque tengo que decirle
 dos o tres o más palabras,
 y con el paso que lleva
 es muy difícil hablarla.
 Si a usted le dijera yo
 que tengo muchísima gana
 de dar con una consorte
 que tenga limpia la casa,
 economía en los gastos,
 la ropa como Dios manda
 de cosida, de zurcida,
 de lavada y de planchada,
 las comidas a su hora
 y sin un chinche la cama,
 y que se me antoja usted
 pa el caso pintiparada.
 ¿Creería lo que le digo?

¡Conteste, Santa Leocadia!
 ¿Qué opina usted de lo dicho?
 ¡Contésteme usted, mi alma!
 ¿Es que se le ha muerto el novio
 y quiere hacerle compañía?
 Debe de ser eso, sí;
 porque va usted enlutada
 de los pies a la cabeza...
 quiero decir "al paraguas",
 pues lo lleva tan caído
 que hasta los hombros le tapa,
 y por eso no he logrado
 verle a usted la parte alta.
 ¡Mire usted que es fuerte cosa
 no saber si es usted blanca
 o si morena, o sanguínea
 o de la raza caucásica!
 Sin embargo... me parece
 que si usted quisiera hablaba,
 y si no, voy a ser yo
 el que voy a hacer hablarla,
 dándole a usted cuatro lapos
 en el dichoso paraguas
 que me está privando el ver
 la hermosura de... ¡(Malaya!)
 ¡Tuerce a la izquierda, giremos!
 ¡Mecachis, que se me escapa!
 Se para súbitamente;
 Se vuelve. ¡Concho! ¿Qué miro!
 ¡la ocasión la pintan calva!
 ¿Es una visión fantástica,
 es un cura lo que veo?
 ¡Pues me he tirao buena plancha!
 —Señor cura, que perdone,
 le ruego, mis muchas faltas...
 No le oigo, aunque me hable a
 [gritos.

Soy sordo como una tapia.

Nancy

IRONÍA

Tiene las manos Simón
 más largas de lo común
 y, hace poco, ¡cataplún!...
 a una dama hizo presión.
 Mas, con mucha insinuación:
 —¿Le he hecho daño?—preguntó.
 Y ella, con el rostro huraño,
 una *torta* le soltó
 y después le interrogó:
 —Caballero, ¿le he hecho daño?

F. Martínez Surroca

RUBOR

Un venerable señor
 preguntaba con porfía
 a una dama, si sabía
 decirle lo que es amor.
 Y ella, encendida en rubor,
 su cara fea y rugosa,
 dijo:—¡Por Dios, don Bartolo!
 ¡No me nombre *usté* esa cosa,
 pues, al nombrarla tan sólo,
 ya me ha puesto usted nerviosa!

F. Martínez Surroca

Ayuntamiento de Madrid

A NUESTROS LECTORES

Se advierte a nuestros lectores que por disposición gubernativa quedan terminantemente prohibidos los concursos con regalos o premios, viéndolos precisados, a pesar nuestro, a anular lo prometido en la página 104 de este almanaque.

Al publicarse dicho R. D. ya teníamos el tiraje correspondiente a las páginas 104, 105 y 107 en máquina y aunque dimos orden de corregir la página 104, debido a la precipitación se trabucó la orden y se imprimió tal como se ve.

Nosotros hemos solucionado el conflicto insertando el presente anuncio en el dorso, que aun no estaba impreso.

Ahora bien como de lo que se trata es de no hacer regalos ni dar premios, nosotros abrimos el siguiente concurso, sin ninguna clase de premios y con el solo fin de que los lectores que sean aficionados a esta clase de concursos, no se vean privados de esta página recreativa.

EN EL PARQUE ZOOLOGICO



El avestruz. — ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia, esta Señora lleva a la cabeza, lo que yo llevo... a la cola.

EL VALOR DE LAS MUJERES



Concha era una mujer menudita, delicada y de suaves esbelteces, con los ojos como esmeraldas, grandes y aterciopelados, la boca pequeña y sangrante como una fresa de Aranjuez, y que hacía suponer a todos que era una frágil y débil muñequita pronta a quebrarse al más leve combate de la vida e incapaz de resistir el duro golpe de un rudo contratiempo. Sin embargo, las naturalezas débiles y asustadizas, incluyendo en éstas—según opinión de muchos hombres—a todas las mujeres, son a veces las más firmes, enteras y resueltas. Tal es el caso presente.

Hallándose un día Concha paseando en *auto* por las últimas afueras de la ciudad, en compañía de sus padres y de sus dos hermanos, ya mayores, y con fama de valentones, en plena carretera, y ya casi anochecido, salióles de pronto al paso un grupo de hombres. Interpusiéronse éstos en mitad de su camino, y dando grandes y terribles voces, obligaron a detener el coche. Una vez detenido el vehículo, profiriendo siniestras y terribles amenazas, les intimaron a que se desprendiesen de cuantos objetos de valor llevasen encima. Quedáronse todos al pronto suspensos y sin habla; acometióle a la señora una mortal congoja, y los hombres, acobardados y medrosos, considerando superior el número de sus atacantes y que, no llevando armas, sería inútil toda resistencia, decidieronse, mal que a su pesar, a complacer a los ladrones.

Pero en este preciso instante, y cuando todos menos lo esperaban, impulsada por un raptó de inspiración, tuvo Concha un arranque supremo y generoso que acabó de terminar la difícil situación.

Poniéndose en pie rápidamente y metiendo una de sus manos en el bolso que mostró a los malhechores con voz estentórea, ronca y potente, gritó:

—¡Atrás, canallas, atrás! Apartaos de aquí pronto, o de lo contrario, os pego un tiro.

Retrocedieron aquéllos, sorprendidos y temerosos, ante la enérgica actitud de la joven, y, temiendo que pusiera en práctica su amenaza, quedáronse quietos e indecisos, como si realmente viesen apuntando un revólver sobre sus cabezas. Aprovechó este instante de indecisión el chófer, y cogiéndose con fuerza al volante, dando toda la marcha, desapareció dejando tras de sí una estela de humo impregnado de bencina.

Repuestos ya del susto los ocupantes del *auto*, y lejos del lugar del atraco, volviéronse todos a la valiente y linda Concha.

—¿De dónde has sacado tú el revólver con que hiciste huir a los ladrones?—preguntó el padre, dando un abrazo a su hija.

—De ninguna parte, padre mío, porque no llevo arma alguna, ni la he llevado nunca. Ideé este ardid viendo que a vosotros no se os ocurría otra cosa que entregáros, y quise mostrarme serena y valerosa, porque a veces la actitud enérgica y valiente de una mujer, puede más que todas las valentías y desplantes de los hombres.

Bajaron la cabeza los dos hermanos avergonzados y prosiguieron la marcha sin desplegar los labios, quietos, mudos y silenciosos.

Ayuntamiento de Madrid

CELIA DELMAR

VERBENA



Pregones y estampidos,
faroles y bullicio,
piropos y ladridos,
alegría y suplicio.

Albahaca y yerbabuena,
música chispeante...
¡Oh, placidez sedante
de la sin par verbena!

SOLDADITOS DE PLOMO

Salió cierta mañana Rosarito
llevando a su hermanito,
a cierto aristocrático paseo,
pues sabe que llevando un niño al lado
es más disimulado
y bastante más fácil el flirteo.

Era Rosario una gentil niñita
de faz de muñequita
y acciones y palabras de mujer:
una linda rubita candorosa,
una hembrita mimosa
de esas que nos fascinan sin querer.

El gentío era inmenso en el paseo.
Todo allí era recreo,
sol, música, colores, alegría,
vistosos trajes, caritas sonrosadas
y... gran coquetería
de muchachitas *bien... adulteradas.*

Al ver a Rosarito, dos cadetes,
dos fatuos mozalbetes,
futuros militares de salón,
con chistosos piropos la obsequiaron
y, más tarde, lograron
con *la dama* entablar conversación.

Y mientras que Rosario flirteaba,
su hermanito admiraba
a los dos militares figurines.
¡Pobre niño! ¡con cuánta complacencia
mira sus espadines!
¡Qué papelitos hace la inocencia!

Mas como el tiempo pasa velozmente,
Rosario, cortésmente,
dió fin a aquella plática amorosa
y, ya en su casa a solas, se extasiaba
recordando el idilio, que sonaba
en su oído cual música armoniosa.

También recuerda el niño a los cadetes
y, viendo sus juguetes
de plomo, hojadelata y de cartón,

Ayuntamiento de Madrid

rompe en llanto de amargo desconsuelo
y tira por el suelo
sus juguetes con gran desilusión.

Su ignorado dolor llegaba a tanto
y tal era su llanto,
que logró conmover la casa entera,
y toda su familia y los criados
llegaron alarmados
sin comprender ninguno lo que era.

—¿Qué tienes? ¿por qué lloras, Ramoncín?

¿Qué te pasa, monín?—

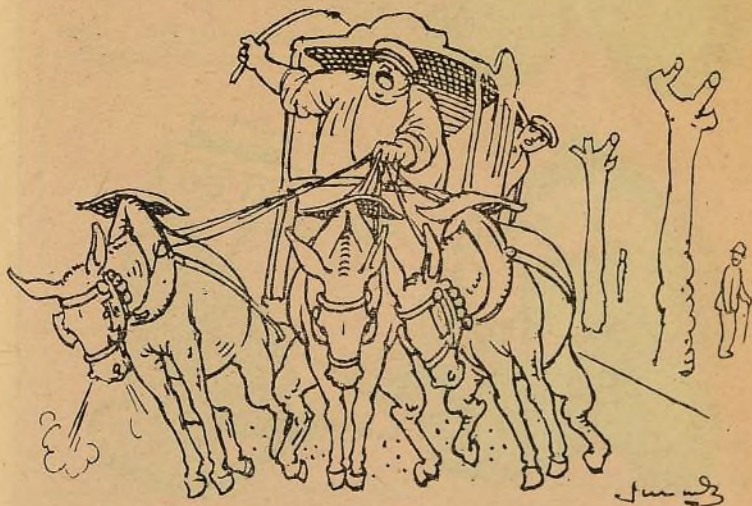
Le preguntó asustada su mamá.

—Es que quiero tener un soldadito
como los dos que tiene Rosarito
Yo quiero un soldadito *de verdad*.

Y entonces la señora, con cariño,
así le dijo al niño:

—Hay muchos militares arrogantes
de vistosa apariencia, mas son como
tus nuevos y flamantes
soldaditos de plomo.

FULGENCIO MARTÍNEZ SURROCA



UNA «PANNE»

—¡Pero no seas bruto!... ¿No ves que se les ha acabado la corriente?

¡Y ERA INOFENSIVO!



1. Rogóle don Nicanor,
a su amigo Primitivo,



2. que guardase un rato a Azar,
que era un *chucho* inofensivo



3. Primitivo luego halló
a su amigo don Perfecto



EL INVENTO DE JULIANO

Don Juliano López
Menéndez García,
dueño de una tienda
de bisutería,
era un buen muchacho
de lo más noblote
de esta hidalga tierra,
como Don Quijote.

Don Juliano siempre
sin dudar creía
todas las patrañas
y absurdas que oía,
y en cuanto una cosa
la daban por cierta,
ya estaba Juliano
con la boca abierta.

Leyendas de brujas,
chismes de la gente,
en él encontraban
sincero creyente,
y así luego el hombre,
dándolas de listo,
hablaba de cosas
que nunca había visto.

Un día cansado
de chismes y cuentos,
se fué al aeródromo
de los "Cuatro Vientos".
¡Allí, qué primor!
Un gran aeroplano
fué todo el asombro
del buen don Juliano.

Quien ilusionado
ya desde aquel día
no volvió a acordarse
de bisutería;
porque recordando
lo de "Cuatro Vientos",
capaz encontróse
de grandes inventos.

¿Inventos? ¡Qué enormes
inventos los suyos!

La gente acogiólos
con grandes murmullos.
Y tanto en el Viejo
rancio continente
como en el moderno,
bulliciosamente,

Hízose famoso
tan sólo en un día
don Juliano López
Menéndez García.
Con cuatro tablones
y cuatro remiendos,
hizo varios planos
superestupendos.

A los cuales puso,
sujetos con bridas,
paraguas a modo
de paracaídas.
¿Y el motor del *aero*?
Lo tendré, se dijo,
y efectivamente
llenó un gran botijo...

Y el agua cayendo
sobre una paleta
que al girar movía
con fuerza secreta
todo un mecanismo
de marca mayor,
dió vida a la obra
del nuevo inventor.

Mas él, no contento
con sólo volar,
huyó de lo llano,
sencillo y vulgar,
pensando que en viaje,
tanto más volando,
debe uno cuidarse
bien, de cuando en cuando.

Y que, sobre todo,
si es muy largo el viaje,
se debe ir provisto
de buen equipaje.

Completó muy pronto
su extraño aparato
con ricas conservas,
un perro y un gato,

Botellas de vino,
salchichas, jamón
y hasta una jaulita
con un verderón.

¡Qué resatisfecho!
¡Qué feliz y ufano
estaba el insigne
y sin par Juliano!

¡El día en que iba
por fin a mostrar
que era cosa fácil
eso de volar!

Fué visto y no visto,
subió en su aparato,
lanzóse a los aires
en muy poco rato.

Y pronto la gente
que le vió subir,
con loco entusiasmo
se puso a aplaudir.
Mas, ¿qué fué? De pronto
vacióse el botijo;
el motor sin agua
volvió a quedar fijo.

Y al paralizarse
su fuerza secreta,
todo el aparato
dió una voltereta,
yendo a dar en tierra
por mil partes roto,
con salchichas, vino,
pájaro y piloto.

Y dicen que herido
el gran don Juliano,
cuando al fin el hombre
volvió a verse sano
y oyó nuevamente
hablar de aviación,
repuso en seguida
con indignación:

¿Aviación? ¡Ni el gato

siquiera la quiso!
pues yo, que llevaba
todo lo preciso,
me di un batacazo
más que superior.
¿Qué harán los que llevan
un simple motor
y en vez de cuidarse
con buen alimento,
quieren mantenerse
tan sólo del viento?

Está visto, roto
mi amado aeroplano,
se acabó la historia
del proceso humano.
Yo, Juliano López
Menéndez García,
me vuelvo a mi tienda
de bisutería.

Sancho Panza



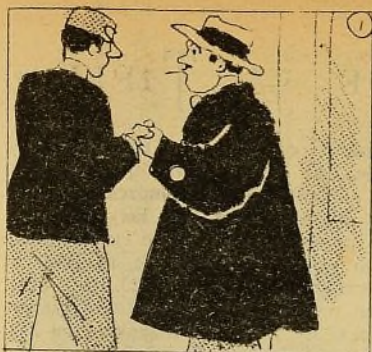
CONTANDO LAS HORAS

—Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis...
siete... ocho... nueve... diez... once... doce...
¡¡Ah, respiro; creí que iba a dar la una!!



Se pescan maridos,
merluzas, corsés,
gatos corrompidos,
botas y crepés.

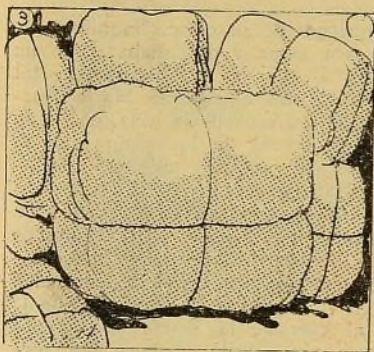
Se pescan pescados
y .. para acabar
se pueden pescar
también constipados.



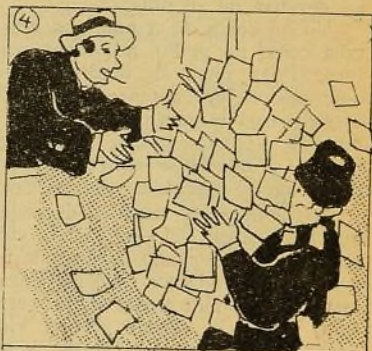
1. Llegó a Berlín Tirabeque cierto día



2. y hubo de extender un cheque para pagar el tranvía.



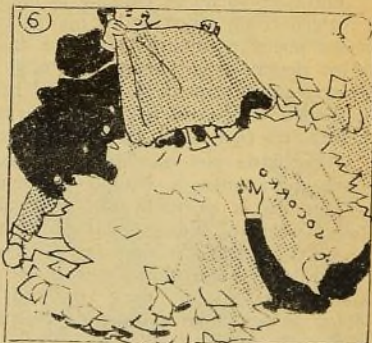
3. A Italia hubo de llevar de liras una cabina;



4. pues por dar una propina así se tiene que dar.



5. Luego en la Rusia comió y al terminar ¡Virgen Santa!



6. tanta moneda dió, ¡tanta! que al camarero enterró.

LA MADRE DE LA TIPLE

Cualquiera que haya visitado escenarios conocerá este tipo; esta señora, cosida eternamente a las faldas de su hija, pregonera de sus méritos, enemiga de sus compañeros, adulatora de los empresarios, humilde con los periodistas y agria y malhumorada con las niñas del coro. La vida de escenario, fértil en intrigas y abundante en envidias, hace que esta señora, creyendo cumplir su misión de madre, maquine y se desvele por su hija sin tener en cuenta que con ello no hace otra cosa que ponerla en ridículo. Y es que no tiene discreción; para alabar a su hija censura a las otras tiples; si es la primera, supone en las demás siniestras conspiraciones, y si es la última lo atribuye a que las otras se prestan a los caprichos de la empresa. Sabe todos los cuentos, propala todos los cuentos y cada tres días arma una trifulca en defensa de su niña.

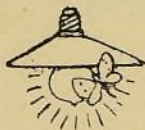
Yo he conocido a una que era arquetipo de su clase. La niña cantaba como un grillo, accionaba como una mona y declamaba como un loro. Pues bien, la madre me decía a voz en cuello que la tal niña era mejor cantante que la Storchio, más actriz que María Guerrero y más elegante que la Jovel. Y los defectos de la niña, que eran muchos, se aumentaban al ser vistos a través de los elogios de la madre. ¡Cuándo se convencerá la gente de que los aplausos desmedidos hacen más daño que las críticas sañudas!

Así van estas madres de escenario en escenario y de pueblo en pueblo, como iba el carro de la vieja farándula a través de los caminos polvorientos, llevando por enseña una jácara reidora, burla de la miseria y disfraz de indignos dolores. Porque cuando en las horas de sinceridad que todo espíritu tiene, al recogerse en sí mismo el de la madre de la tiple y ver la verdad de su vida al caérsele la venda, al ver los oropeles que de nada sirven y al ver cómo llega la hora del vencimiento definitivo, es probable que lllore y lamente que su hija en vez de ir por tierras del arte no se quedara sencillamente siendo costurera. Y entonces ya no es ridícula la madre de la tiple: es madre.

Pero como quien malas mañas ha tenido, tarde o nunca las perderá, a los pocos momentos vuelve a las andadas, y no sé si para engañar a los demás o para engañarse a sí misma, habla de triunfos que nunca existieron en otra parte que en el reino de su fantasía. La pobre niña en tanto no recibe un aplauso ni firma una contrata bien pagada; no es bonita, no tiene voz, no tiene genio artístico...

Engañada por una ilusión y por su madre, abandona la senda trillada para salir a campo traviesa en busca de mentiras y quedar al fin de la jornada tan maltratada como Don Quijote, pero sin tener como el hidalgo, casa propia en donde recogerse.

¡Tened cuidado con las ilusiones, muchachas que cantáis, siendo aplaudidas en tertulias caseras! Si el arte es duro para los grandes artistas, ¡qué no será para vosotras! Y es muy triste que a una vida de dolor se ponga un epitafio de ridículo, y que a ello contribuya la ceguedad de la madre.



CHARLOT SINCERO



1 y 2. — Charlote era abogado; pero como decía siempre la verdad, sus pleitos fracasaban. Entonces se dedicó a vendedor ambulante; pero como antes advertía la mala...



3 y 4. — calidad de sus productos, no vendía ni por equivocación. Su situación económica se hizo insostenible hasta que, un día, halló en su camino el cadáver de un hombre.



5 y 6. — La guardia civil, al verlo junto al cadáver, lo prendió como presunto asesino y, aunque Charlote dijo, como siempre, la verdad ¡esta vez no lo creyeron!

Otros tiempos, otros sistemas

Ayer: En el saloncito tapizado de damasco azul, la rubia damita sentada perezosamente en la otomana, lee un libro... o hace como que lee. Dos cotorritas de gayos colores la distraen con sus chillidos; suena, a lo lejos, la música del clave. La damita piensa, medita, frunce el ceño, preocupada: sonríe al fin, con malicia primero, después con la satisfacción del que encuentra una solución largo tiempo buscada. Después la damita sonríe... y *hace como que* reanuda, con interés creciente, su lectura. Gira la puerta. Entra un caballero; es el esposo. (Tal lo suponemos, por lo menos). La damita, ya enteramente absorta en el libro, no parece darse cuenta de su presencia. Pero en sus labios de coral se acentúa la sonrisita burlona.

El caballero—atento—no trata de distraerla; ¡sería imperdonable falta! Se acerca a ella de puntitas y acaricia suavemente sus cabellos empolvados de rubio. Ella le corresponde con un gesto de gata mimosa, y con un gracioso molín le hace una breve pregunta.

El:—¿El collar? No; no te lo traigo porque...

Ella:—¡Sí! ¡Ese es tu amor! ¡Amor de hombre al fin! ¡Galantería de esposo! ¡Tonta es la que os ama y tiene fe en vuestras palabras!

El:—Pero, nenita, reina, comprende... tienes tantas joyas que, no sabiendo qué hacer con ellas, las das a tus criadas...

Ella:—Pero no tengo esa... y la quiero, la necesito, estoy enferma de tanto desearla. Una dama de mi condición no debe presentarse siempre con el mismo aderezo, ni el hombre que la ama consentirlo. Pero tú no me amas. Si me quisieras sólo un poco, un poco...

El:—Pero, nenita, si te adoro... si tus caprichos son para mí órdenes; lo sabes de siempre. Pero ahora, en este momento, es imposible. Es preciso que una vez en la vida pienses, seas razonable.

Ella:—¡Razonable! ¡razonable! ¡Eso es decirme que no lo soy! ¡Que soy una loca! ¡Y me los dices tú! ¡Tú! ¡Claro, porque no me quieres!... ¡Ay! ¡Aaay! ¡Aaay!...

Ataque de nervios, desmayo, alarma; la campanilla tocada por el caballero suena furiosa, continua; los criados acuden de todas las partes de la casa; órdenes imperiosas; carreras, gritos; tila, éter, agua de azahar, y...

El:—¡Sí, sí, nenita! ¡Sí, reina mía, sí! ¡Eres la mujercita más razonable que existe bajo la luz del sol, y la más adorable! ¡y la más bonita! ¡Vuelve en ti, cielo mío! ¡(Dios de bondad, si es tan niña, tan ignorante; digo, tan inocente!) Vuelve, vuelve en ti, ¿me ves? ¡me oyes? Ahora, ahora mismo salgo, y vuelvo con el collar, preciosa...

El caballero sale. Al leve rechinar de la puerta sobre sus goznes, la damita cesa en su ataque, abre los ojos, despide con un gesto a los criados—que saben perfectamente a qué atenerse—y tomando de nuevo su perezosa posición en la otomana, oro y rosa, reanuda la lectura, acentuándose en sus labios de coral la burlona sonrisa...

* * *

Hoy: En su despachito, *la mujer*, en su mesa de trabajo da cima a un montón de cartas, pedidos, facturas y documentos, que va acumulando sobre la mesa junto a la máquina de escribir. *El marido*, un poco mustio, permanece pensativo mientras fuma un *Kedive*, arrellanado en cómodo sillón americano. Es *ella* la que habla. Aunque con-

servando en sí todo el encanto del eterno femenino, su hablar es breve, serio, justo... Y dice:

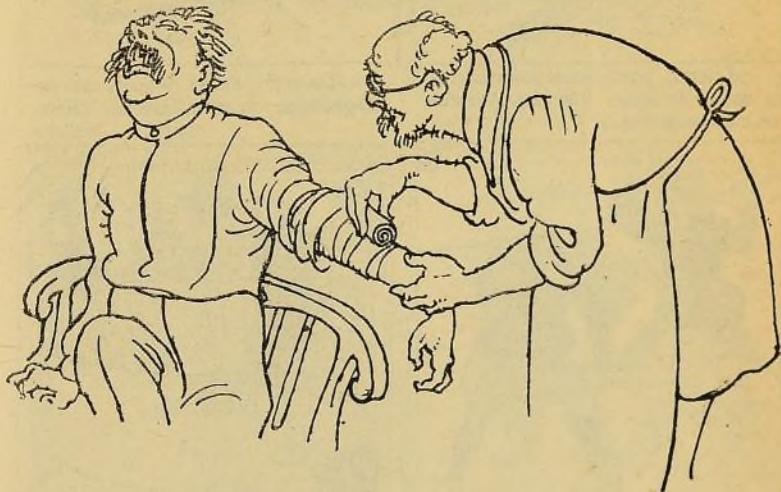
Ella:—Ya ves; los ingresos acusan 25,000 pesetas de déficit con relación al año pasado; y en la estación hay mercancías devueltas por razón de 15,000 pesetas. Las pérdidas anteriores, como sabes muy bien, suman 60,000. Cree que he echado cuantos cálculos entran en lo posible, que he dado cuantas vueltas pueden darse al asunto, y sólo veo una única solución: suprimir de nuestra vida cuanto es lujo, cuanto es superfluidad; trabajar, trabajar *los dos* hasta rehacer nuestra vida. Es decir, hasta poder otra vez permitirnos todo eso que a ti te parece tan indispensable para la vida, porque vivir, seguiremos viviendo... y contentos, ¡y quizás más felices!

(*El suspira tras una bocanada de humo*).

Ella (continuando):—Además, tú puedes seguir *casi* como hasta aquí: los hombres, incluso por el prestigio del nombre, necesitan figurar; pero ¿yo? teniendo mi casa, mis hijos, teniéndote a ti, ¿qué más necesito? Por de pronto, he suprimido el abono del auto, el palco del Liceo, la camarera, y no vale la pena de hablar de manicura, peluquero y otras zarandajas... En cuanto a ese viaje de todos los años, que tan indispensable te parece, este año no lo haremos, es decir, *yo* no lo haré. No quiero que un día me reproche la conciencia el haber — inconscientemente — contribuido a tu ruina. Esa inconsciencia en mí sería culpable... e inverosímil. Por desgracia o por suerte, entiendo lo bastante de números para comprender la elocuencia con que hablan las cifras de estos papelotes. Tengo hecha mi determinación. No haré ese viaje; suprimiremos lujo; trabajaremos *los dos*; ¡reharemos nuestra vida!...

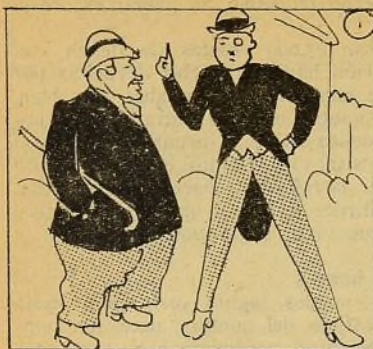
¡Y el marido, tras un nuevo y más hondo suspiro, se arrellana en el sillón y sigue consumiendo su kédive!...

Eugenia Girardet

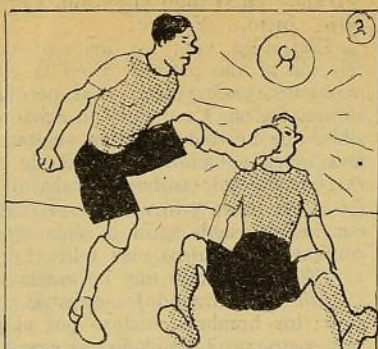


- Hombre, no creí tuviera tan poca resistencia un astrónomo.
—¿Por qué?
—Porque ya debiera estar acostumbrado a ver las estrellas.

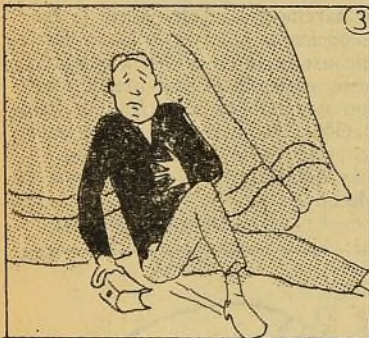
CONSEJOS DE UN DUELISTA



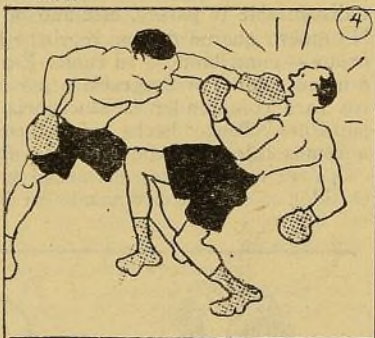
1. —Yo antes de batirme, entreno a mi adversario.



2. —Primero le hago jugar al Fútbol, juego que desarrolla... las narices.



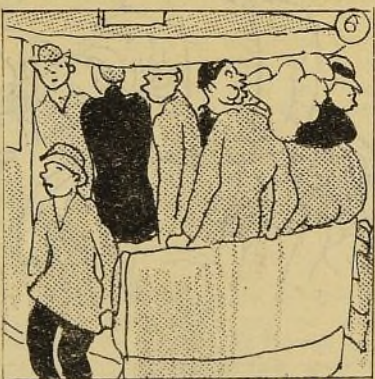
3. —Luego, para acostumbrarle a lo malo, le hago leer las poesías de ciertos poetas.



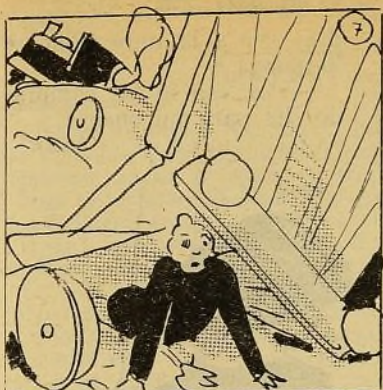
4. —Después es el Boxeo, el encargado de desarrollarle el físico.



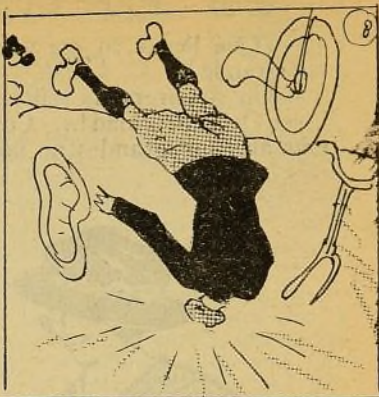
5. —El Hockey lo utilizo para entrenarle los pies.



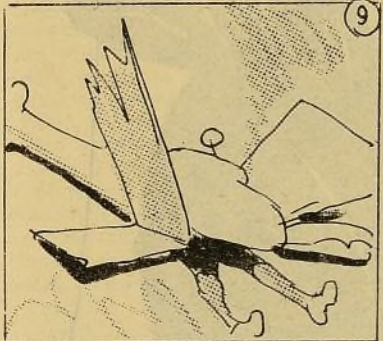
6. —Para fortalecerle el pecho contra las presiones, lo meto en un tranvía lleno.



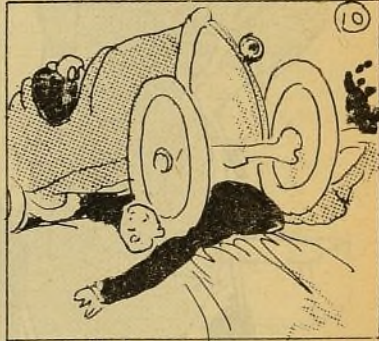
7. —Tampoco está de más hacerlo viajar en un ferrocarril de ciertas compañías.



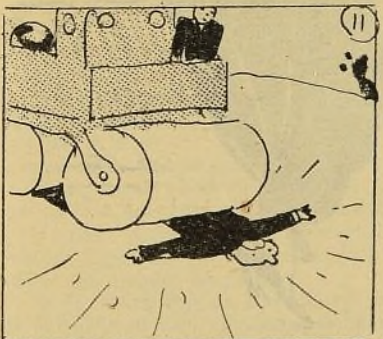
8. —Y el ciclismo a sufrir caídas aparatosas... y dolorosas.



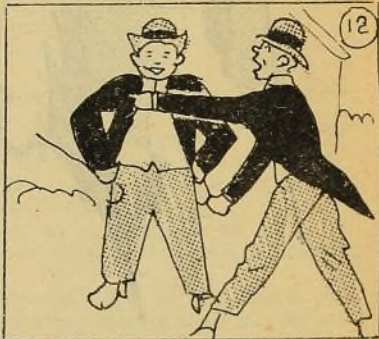
9. —Y la aviación le pondrá los huesos... dúctiles.



10. —Cualquier automóvil, si se distrae, pondrá a prueba su constitución física.



11. —Por si acaso sus músculos no conservasen la elasticidad necesaria, lo mejor es una apisonadora mecánica.



12. —Y el que resiste (que son pocos) este duro pero higiénico y eficaz entrenamiento, es seguro... que fallece a mis manos.



EPIGRAMA



—¿Qué llevas en esa caja tan grande?

—Un sombrero de señora.

—¡Qué atrocidad!... Con esas alas tan grandes no po-

drás ver a la mujer que se lo ponga.

—Por eso lo he comprado. Es para mi suegra.

JOHN



—¿Y no monta tu Luis en motocicleta?

—No; los atropellos le remuerden la conciencia.

—¡Qué tontería!... ¡Llevando un buen botiquín!..



EL REGALO DEL CORTIJERO



Plácido Regordillo Chicharra, ilustre médico de Caracolejo, vivía más feliz que el descamisado del cuento, con su mujer—que desgraciadamente no nació muda—y tres chiquillos que eran un encanto. Y eran un encanto los chiquillos porque la buena de su mamá tenía especial interés en encerrarlos tres o cuatro horas diarias en el “cuarto de jugar”, con lo cual evitaba que el resto de la casa fuese una sucursal del establecimiento de Pedro Botero.

La vida se deslizaba plácida: Plácido haciendo como si curase enfermos; su mujer trabajando más con la lengua que con otra cosa, y los chiquillos armando cada pelotera en el dichoso cuarto, que hacían murmurar a los vecinos, *soto voce*, algunos calificativos de mala calificación al matrimonio. ¡Ah!... me pasaba por alto decir que esta familia modelo vivía en una casa de vecindad, pues Caracolejo tiende a ser un nuevo Nueva York.

Un día Plácido Regordillo tuvo ocasión de recetar a un cortijero de los alrededores, enfermo de alguna gravedad. Pero el azar hizo que el farmacéutico equivocase uno o dos nombres de la receta y... el cortijero sanó como por obra de magia. El buen hombre, agradecido al médico, pensó en hacerle un buen regalo, y, con motivo del santo de Pepito, el primogénito de Regordillo, pudo cumplir su deseo. Vaciló, consultó, volvió a vacilar y, por fin, se decidió a enviar al chico un potrillo precioso de la última yeguada.

Doña Petra, que así se llamaba la mujer de don Plácido, cuando vió el regalo del cortijero, sufrió un ataque de *habladuría aguda* que hizo temblar al pobre mozo que trajo el potrillo.

—Pero ¿tú ves?...—decía a su marido.—¿No parece esto una burla?... ¿Dónde querrá aquel hombre que metamos este caballo?... ¡Ay, Virgen Santa!... ¡esto no puede ser!... ¡Ya puede usted llevarse *eso*!

Pero los chiquillos hicieron un terceto lacrimoso.

—¡No, mamá!... que es muy bonito. Si parece un perro... ¡tan pequeño!...

—¿Y si lo pusiésemos en el terrado?—propuso don Plácido sabiamente.

Siguieron los comentarios, siguieron los lloriqueos, y, por fin, la idea del papá fué aceptada, con gran contento de los chiquillos, que pasaron dos días casi sin comer y sin dormir jugando a “Búffalo Bill” y otras cosas.

Una enfermedad de una parienta que en Cádiz tenía don Plácido, obligó a éste a abandonar su casa de Caracolejo para, con toda su familia, ir a prestar sus auxilios a la paciente. Encargaron al vecino del primero que cuidase del potrillo, y se fueron a casa de la enferma.

Tres meses tuvieron que estar allí ¡tres!, al cabo de los cuales volvieron a su casita ahitos de ciudad y de ciudadanos.

Vestíase doña Petra la cómoda bata de casa cuando un golpe horroroso bamboleó los tabiques e hizo vibrar los cristales cual si hubiese caído una bomba aérea.

Doña Petra dió un chillido en competencia con la más aguda nota de cornetín, al cual acudieron su marido, los chicos y el vecino del primero y su mujer.

—No se asusten; debe ser el caballo.

Sin embargo no dió un segundo *chillido de cornetín*; se contentó con dar un suspiro—esto es más poético—y caer desmayada.

Y el caballo al oír el ruido del cuerpo que caía, volvió la cabeza, e, indiferente, dió otra patada que conmovió el edificio. El potrillo que parecía un perro había crecido hasta su completo desarrollo de caballo percherón, semejando un elefante.

Doña Petra y su marido creyeron volverse locos y, en verdad, poco les faltó para ello. ¡A ver quién era el valiente capaz de dar con un medio de bajar de allí al caballo! A mi modo de parecer, una grúa...
F. R

GATO POR LIEBRE



No me fio de mi peletero: me han asegurado que por las noches recorre los tejados en busca de *renards*...

EL DESTINO

A mis amigas Luisa, Mercedes
y Elena A. y Maruja A., en prue-
ba de la simpatía que les pro-
fesa — EL AUTOR

I

Alicia estaba tan contenta, que no cabía en sí de gozo. Había tenido carta de Alfredo, su novio, que estaba en campaña y le anunciaba que dentro de una semana tomaría parte en unos rudos combates y después sería reintegrado a su hogar, pues ya había cumplido con su deber en filas.

Así es que Alicia estaba contentísima. Estaba cosiendo a la máquina en el patio de su casa, y todo lo que cosía era tarea perdida. Tenía que descoserlo otra vez. Y era que no ponía atención a lo que hacía.

Su pensamiento estaba fijo en Africa, en el territorio marroquí, donde Alfredo, con muchos otros, luchaba contra los moros, contra esas hordas traicioneras que han hecho que millares de valerosos españoles vertieran su sangre en aquellos parajes.

¡Pensaba en Alfredo! Estaba alegre, muy alegre. Y entonaba seguidillas y soleares y en aquel patio reinaba la Alegría.

¡Patio sevillano! Entre aquella multitud de flores que con su aroma embriagador llenaban aquel patio, parecía Alicia una flor más. Era una de esas mañanas primaverales de Andalucía, bajo aquel cielo azul y todo el ambiente embriagado de Poesía...

Y la mañana avanzaba... En el patio seguía la Alegría y se oía la voz hermosa y dulce de una mujer sevillana que cantaba...

De alélies y claveles
está lleno mi jardín.
Hay perfume delicioso
de rosas y de jazmín.

II

En todo el campamento se dejó oír el toque de diana.

Momentos después toda la tropa estaba en pie y más tarde formada para emprender la marcha.

Había que recuperar una posición perdida. El enemigo la defendía con tesón. Iba a haber bastantes víctimas de una y otra parte.

Ya toca el cornetín orden de marcha... Andando...

El ataque fué durísimo. Los disparos producían un ruido ensordecedor...

Por doquiera muertos y heridos. Por todas partes se oían ayes y lamentos y dominando a éstos voces, estentóreas unas y débiles otras, que daban vivas a España.

El capellán corría de un lado a otro, administrando los últimos auxilios. Alfredo avanzó con su compañía, y al punto sucumbieron sus oficiales. Siguió avanzando. Llegó hasta la posición con sus compañeros y empezó la lucha cuerpo a cuerpo.

Hizo caer a tierra a tres moros. En seguida, siguió avanzando. Mas una bala que le hirió en el pecho, le hizo caer. Los dolores eran agudísimos. Tenía una gran hemorragia.

La bandera española, puesta en la posición, ondeaba graciosamente al impulso del viento, y mostraba airosamente sus colores. ¡Los bellos colores de la bandera roja y gualda!

...Y los gritos de entusiasmo se mezclaban con los ayes de dolor de Alfredo y más tarde con sus últimos suspiros...

III

Alicia está sentada en el patio, pero no con la alegría de la otra vez, ni tampoco cosiendo como antes, sino sumida en una infinita tristeza y en actitud pensativa.

Si Alfredo hubiese salido bien de aquel combate, a aquellas horas estaría allí. Encontró la muerte en la última acción en que tomaba parte.

El patio seguía con las flores y con su proverbial belleza; pero esta vez la aparente Alegría de las flores contrastaba con la Tristeza de Alicia.

El sol estaba en su ocaso.

Alicia seguía embargada por la tristeza, ahora no cantaba. ¡Murió Alfredo! Era su Destino...

Sevilla entraba en los albores del crepúsculo vespertino...

FRANCISCO C. BEDRIÑANA

Gijón, Abril 1922.



—¡Lástima que no nos hayamos disfrazado este año!
—¿Aún quieres más disfraces?

1 s.
2 D.
3 l.
4 m.
5 m.
6 j.
7 v.
8 s.
9 D.
10 l.
11 m.
12 m.
13 j.
14 v.
15 s.
16 D.
17 l.
18 m.
19 m.
20 j.
21 v.
22 s.
23 D.
24 l.
25 m.
26 m.
27 j.
28 v.
29 s.
30 D.



SEPTIEMBRE

- 1 s. s. Gil, abad
- 2 D. s. Esteban, mr.
- 3 l. s. Zenón, abad
- 4 m. sta. Rosalía, vgn.
- 5 m. s. Victoriano
- 6 j. s. Zacarías, prf.
- 7 v. sta. Regina, vgn.
- 8 s. Natividad N. S.
- 9 D. s. Sergio, papa
- 10 l. s. Nicolás de T.
- 11 m. s. Emiliano, p.
- 12 m. sta. Inés, vgn.
- 13 j. s. Eulogio, mr.
- 14 v. Exalt. Sta. Cruz
- 15 s. Dol. Gloriosos N. S.
- 16 D. s. Cornelio, mr.
- 17 l. s. Pedro de Arb.
- 18 m. sto. Tomás de V.
- 19 m. sta. Constanca
- 20 j. s. Eustaquio, m.
- 21 v. s. Mateo, apóstol
- 22 s. s. Mauricio, ap.
- 23 D. sta. Tecla, virgen
- 24 l. Ntra. Sra. Mercedes
- 25 m. s. Rufo, mr.
- 26 m. s. Cipriano, mr.
- 27 j. s. Cosme, mr.
- 28 v. B. Simón de R.
- 29 s. Ded. s. Miguel Arc.
- 30 D. s. Jerónimo, dr.



OCTUBRE

- 1 l. sto. Angel Cust.
- 2 m. sto. Ang. de Guarda
- 3 m. sta. Florencia, vg.
- 4 j. s. Francisco de Asis
- 5 v. s. Plácido, mr.
- 6 s. s. Bruno, cfr.
- 7 D. Ntra. Sra. Rosario
- 8 l. s. Marcial, evan.
- 9 m. s. Dionisio, aer.
- 10 m. N. S. Remedios
- 11 j. s. Fermín, cfr.
- 12 v. N. S. del Pilar
- 13 s. s. Eduardo, rey
- 14 D. s. Lope
- 15 l. sta. Teresa de Jesús
- 16 m. s. Ambrosio
- 17 m. s. Alejandro, p.
- 18 j. s. Lucas, evang.
- 19 v. s. Pedro Alcántara
- 20 s. s. Juan Cancio
- 21 D. sta. Ursula, vgn.
- 22 l. stos. Severo y C.
- 23 m. s. Pedro Pascual
- 24 m. s. Rafael Arcángel
- 25 j. s. Crispín, mr.
- 26 v. s. Evaristo
- 27 s. s. Vicente, fdr.
- 28 D. stos. Simeón y Judas
- 29 l. s. Narciso, ob.
- 30 m. N. S. del Amparo
- 31 m. s. Natalio, arz.

NOVIEMBRE

- 1 j. Fiesta Todos Santos
- 2 v. Conm. F. Difuntos
- 3 s. s. Valentín, pbro.
- 4 D. s. Carlos B.
- 5 l. s. Zacarías, prof.
- 6 m. s. Eustaquio
- 7 m. s. Ernesto, mr.
- 8 j. s. Damián, ob.
- 9 v. s. Teodoro, mr.
- 10 s. s. Andrés A. cfr.
- 11 D. s. Martín, mr.
- 12 l. s. Diego de Alcalá
- 13 m. s. Estanislao Kotska
- 14 m. sta. Veneranda, v.
- 15 j. s. Eugenio, arz.
- 16 v. sta. Inés de A.
- 17 s. s. Gregorio Tau
- 18 D. s. Odón, mr.
- 19 l. sta. Isabel, reina H.
- 20 m. s. Félix Valois, cfr
- 21 m. Present. Ntra. Sra.
- 22 j. sta. Cecilia, vgn.
- 23 v. s. Clemente I, p.
- 24 s. s. Juan de la Cruz
- 25 D. s. Gonzalo
- 26 l. s. Teodoro
- 27 m. s. Facundo, mr.
- 28 m. s. Basilio, papa.
- 29 j. sta. Iluminada
- 30 v. s. Andrés, apóstol

DICIEMBRE

- 1 s. s. Eloy y sta. Cándida
- 2 D. s. Eusebio, p.
- 3 l. s. Francisco Javier
- 4 m. sta. Bárbara, v. mr.
- 5 m. s. Fulgencio, cfr.
- 6 j. s. Nicolás de B.
- 7 v. s. Policarpo
- 8 s. Pur. Concepción N. S.
- 9 D. s. Julián, mr.
- 10 l. Ntra. Sra. Loreto
- 11 m. s. Dámaso I, p.
- 12 m. s. Donato, mr.
- 13 j. sta. Lucia, vgn.
- 14 v. s. Justo, mr.
- 15 s. s. Faustino, cfr
- 16 D. s. Valentín, fdr.
- 17 l. s. Lázaro, ob.
- 18 m. Ntra. S. Esperanza
- 19 m. s. Ciriaco, mr.
- 20 j. sto. Domingo Silos
- 21 v. sto. Tomás, apóstol.
- 22 s. s. Demetrio, mr.
- 23 D. s. Evaristo
- 24 l. s. Luciano, ob.
- 25 m. Nat. de Ntro. Señor
- 26 m. s. Esteban
- 27 j. s. Juan, ap. y ev.
- 28 v. Santos Inocentes
- 29 s. sto. Tomás Cant.
- 30 D. Trasl. de Santiago
- 31 l. s. Silvestre I, p.



EN CASA DEL FOTOGRAFO

Amos chicas, salir pronto;
pero estáis u no arregladas,
pues lo que es si tardáis tanto
se mus pasa la mañana.
Ridiez con estas mujeres
que pa lavasen la cara,
dasen bandolina al pelo
y ponesen una falda,
se están delante el espejo
lo menos tres horas largas.
Menos mal que habéis salido,
pero, ¿qué es eso, Pascuala?
¿cómo es eso que te has puesto
tan garricorta la saya?
¿Que es moda? pues que lo sea,
pero u te bajas la falda,
u ahora mesmo de un mamporro
te dejo perniquebrada.
Miá con que cosas me sale,
¿pues tú qué te figurabas,
que ibas a salir vestida
como esas señoritangas
que llevan treinta y dos kilos
de almazarrón en la cara?
Si las piernas que tú tienes
te se pudieran mirarlas,
¡pero si paicen cerillos
de los de Semana Santa!
Bueno, pues, vamos andando;
baja con cuidiau, Pascuala,
no sea que te estozueles
y te vuelvas aun más chata
de lo que eres; Ciledonia
cógete bien esa saya,
que vas barriendo con ella
todo el polvo de la escala.

Me paice que esta es la calle,
aquella es la casa ¡míala!
número 58; Oiga V. señor de guar-
u portero, u lo que sea, [día
¿es aquí dónde retratan
por poco precio, familias
numerosas?, ¿sí? pues gracias.

Tilín... tilín... ¡guénas tardes!

—¿Hace usted el favor, errada,

de decirle al retratero
por un momento que salga?
Ya está aquí; santas y güenas;
buén señor, yo deseaba
que mus hiciera un retrato,
ya de frente, ya de espaldas,
pero por poquico precio
porque con la granizada
que ha caído este año, he tenido
una cosecha mu mala.
A mi me puede poner
tocando con la guitarra,
pa que se me vean bien
los pantalones de pana
que le saqué por tres duros
a un primo de mi cuñada.
A mi mujer, la postura
que más le cuadra, es sentada
porque así le disimula
lo torcido de las garras.
A esta otra, pué usted ponela
de perfil pa que le tape
este agujero que ve usted
en ese lau de la cara,
que se lo hizo hace tres meses
jugando un día a las tabas.
Le cayó una vez el pito
muy cerquita de las napias,
y se le metió del golpe
hasta cerca de la traquia,
y dimpués no himos podido
el tapáselo con nada,
ni con yeso, con maseta
ni con tronchos de ensalada.
A los demás pué ponelos
como a usted le dé la gana,
pues los defeutos que tienen
fácilmente se le tapan.
Bueno, señor; ¿cuánto es todo?
¿seis pesetas? ¡ridiez, maña!
qué caro es esto, pero en fin,
no me importa na el pagalas
con tal que mus saquen bien
y vean en Carahumada
que tiene el tío Senén
una familia muy guapa.

Nancy

EN EL BAILE

—Hemos llegado muy pronto;
casi no hay nadie en la sala;
ahora tendremos que estarnos
dos o tres horas sentadas,
o meternos al retrete
hasta que vengan las máscaras,
o hasta que toque la orquesta
el primer vals del programa.
Menos mal que esto se anima.
Sonríete más, Nicasia,
que con la cara que pones
me estás pareciendo un guardia.
Pura, pásate el pañuelo
varias veces por la cara,
pues como te has pintado
con el papel de las agujas
y estás sudando, parece
un mamarracho. ¡Nicasia!
que te sonrías he dicho,
que pasa Pepe Tafalla.
—¡Si es que me duelen las nuélas!
—¡Pues si te duelen, te aguantas!
Lo podías haber dicho
antes de salir de casa
y no te hubiera traído.

¿Quién son aquellas dos máscaras,
que las conozco? ¡Pues claro!
Son los vecinos de casa
que se han hecho dos disfraces
de las colchas de la cama.
Pues esas van bien horribles
y, sin embargo, las sacan
a bailar; no así a vosotras,
que parecéis dos estatuas.
¡Ay, y qué poco en mis tiempos,
que todos se peleaban
por bailar conmigo, y es
que yo tenía más gracia
para mirar y reirme,
y, en fin, que los tiempos cambian.
En cuanto acaben la pieza
nos marcharemos a casa,
y otra vez que me digáis
que os lleve a un baile de máscaras,
lo que llevaréis será
una buena bofetada;
pues para estar como estáis,
tan idiotas y tan pánfilas,
lo mismo que pavas frías,
se está mejor en la cama.

Nancy



- ¡Cómprame uvas!
- No, que ya sabes que el médico dijo que no puedes comer fruta.
- ¡Cómpramelas y verás si podré!

Ayuntamiento de Madrid



1. Un ratón muy tronera estaba enamorado de una linda ratita.



2. Pero, ella no daba oídos a las amorosas misivas que recibía...



3. ...pues su corazón pertenecía a otro ratoncito que la hacía muy feliz.



4. El despreciado porfión, que presenciaba estas escenas...



5. ...insistió por última vez con apasionado empeño, pero no consiguiendo nada...



6. ...envió un anónimo a un gato de Madrid allí vivía, delatándole el sitio donde vivían los otros.



7. Tuvo un alegrón, el gato, pues veía un buen almuerzo en perspectiva.



8. Y cuando más seguros se creían, cayó sobre la enamorada pareja.



9. Ratita no pudo olvidar la muerte del ser querido.



10. Y no pudiendo soportar la pena, un día se envenenó valerosamente.



11. Y poniéndose delante del gato, exclamó: ¡Cómeme a mí también, que soy la única que queda!



12. Pero el veneno hizo el efecto en las tripas del glotón y reventó también.



UNA VISITA



Hoy es martes, y, ese día, doña Encarna lo dedica a guardar sus relaciones con cumplidos y visitas. ¡Las visitas! Estas dos palabritas tan cortitas la psicología encierran de las almas femeninas. Mas yo, que soy más osado que Colón y que Padilla, intento ¡pobre de mí! con mi pluma describirlas. Y tomando por modelo a doña Encarna Sandía, prototipo del buen tono y mundana cortesía, concentro todo mi empeño en dar una idea viva a mis amables lectores de lo que es una visita. Doña Encarna, cuando llegan las seis del ya dicho día, con sus mejores avíos se emperejila y se avía, pues ella sabe muy bien que la ropa en esta vida es factor que importa tanto como el pan de cada día. Ya vestida y arreglada, doña Encarnita Sandía a las criadas ordena que cuiden de la cocina y que preparen la cena, mientras ella, con su hija, se marcha a casa de Pérez, que es una buena familia. En esto, viene su esposo de sudar en la oficina, y doña Encarna le ruega que, con ella y con su hija, se vaya el pobre señor a hacer dos o tres visitas. Don Justo (que así se llama su esposo) el exhorto esquiva, mas doña Encarna le increpa su falta de cortesía. —“Mira qué vengo cansado. Déjame de tonterías”. —“¿Tonterías?...—dice ella.— ¡No sabes mundología!” Y el esposo, convencido de la impar sabiduría de su esposa, se resigna y la sigue a hacer visitas.

“*Tilín, tilín...*” —“Buenas tardes. ¿Ha salido Petronila?”

—“No, señora. Pasen, pasen”...— contesta la doncellita.

—“¿Doña Encarna!” —“¿Doña [Petro]!”

—“¿Qué tal?... ¡Jesús, qué alegría me han dado ustedes viniendo!...”

Y las obesas matronas se besan en las mejillas. Doña Petro se disculpa que no esté la casa limpia: pero... “¡son tan holgazanas las criadas hoy en día!...”

Con este fútil motivo la conversación se lía y, hablando de las criadas, pasan a hablar de cocina. Y, hablando de culinaria (materia muy nutritiva), discuten precios, comparan, nombran alguna amiguita y de su pellejo hacen en breves momentos trizas. Interviene el pobre Justo, dice alguna tontería y su señora en un brazo con disimulo pellizca.

Y el pobre señor la mira con una mirada tímida, y opta por estar callado, que era lo que antes hacía.

—“¿Un vaso de leche, Encarna?”— dice doña Petronila.

—“No, señora. No consiento. Nos marchamos en seguida”.

—“Bueno, pero un momentito...”

Y Petro va a la cocina, donde al instante se oyen cuchicheos y corridas.

—“Mira—dice a la criada la apurada Petronila,— trae media libra de pastas de la tienda de la esquina”. Quince minutos después la merienda está servida.

Encarna hace mil remilgos y hace constar que está ahita, cuando siente en el estómago, de necesidad, cosquillas.

Se despiden y se vuelven a besar en las mejillas, y entonces entra el periodo de una larga despedida.

Ayuntamiento de Madrid

Y después de conversar
allí de pie, media horita,
se cierra por fin la puerta
entre una y otra familia.
—“¿Te has fijado—dice Encarna—
qué bastas eran las jcaras?...
Eso sin contar el polvo
que tenían; ¡qué cochina!”
Y Petro, por el estilo,

habla de su buena amiga:
—“¡Vaya un traje! ¡Si parece
del tiempo de la Nanita!”
Encarna llega a su casa
y, al entrar en la cocina,
halla la cena pegada,
como la halla Petronila.
Estas son las consecuencias
de las mundanas visitas.

F. Martínez Surroca

QUISIERA...

Escúchame, amada;
yo quiero la Gloria
en dulces vaharadas
que aumenten mi historia.

Atiende mi musa;
espero anhelante
la muy linda excusa
de tu boca amante.

Quiero que me digas,
por siempre amorosa,
que tu mano amiga
rasgará mi glosa.

Y tu alma sincera
espero me entregues,
con raptos de fiera,
en ilusos pliegues.

Espero la vida
mezclada en tu aliento;
Amor nunca olvida
bellos sentimientos.

Exijo tu boca
llena de pureza
y en una acción loca
romper su crudeza.

Tus ojos quisiera
apagar en llanto;
que en ellos cerniera
la Muerte su manto.

Abrasarte ansío,
en amor quemado,
y en un loco brío,
mancharte en ludibrio
y morir llorando.

Fernán Gutiérrez Muro



—¿Y tú crees que puedan existir hom-
bres invisibles como los de este cuento?..

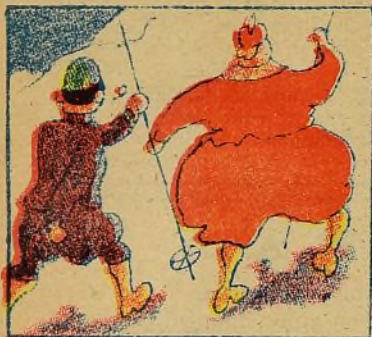
—¡Ya lo creo!... ¡mi padre mismo!

—¿Pues qué es tu padre?..

—Municipal

Ayuntamiento de Madrid

LA GORDURA EN LAS MUJERES



1. La mujer de Simeón pesa más que un camión.



2. Y no hay mortal que resista su gran pasión alpinista.



3. Cierta día resbaló y Simeón la aguantó.



4. Mas del pobre Simeón es triste la situación.



5. Al consumarse el desliz, quedó preso el infeliz.



6. Por lo tanto no es extraño el bajón de su tamaño.

ALFARAZ



¡HAY QUE VER!

Charlot, que en todo se mete
monta con tal galanura
que él duda si es el jinete
o si es la cabalgadura.

GUITARREOS

¡ Si será negro el color
que Dios le ha dado a sus trenzas,
cuando su color comparo
con el color de mis penas !

¿Por qué dicen que son ojos
los que lleva usted en la cara,
si yo sé que son luceros
de primaveral mañana?

¿Qué me importa a mí que sean
sus ojos divinos soles,
si es a otro a quien le da
sus divinos resplandores?

Como soy tan desdichado,
me gusta todo lo negro;
no debe, pues, de extrañarle
que a mí me guste su pelo.

Gonzalo Ballester



—¿Don Rulo Pérez?...
—Sí, señor.
—¿Qué piso?...
—Un callo que me hace ver las estrellas.

UN GRAN PROBLEMA RESUELTO

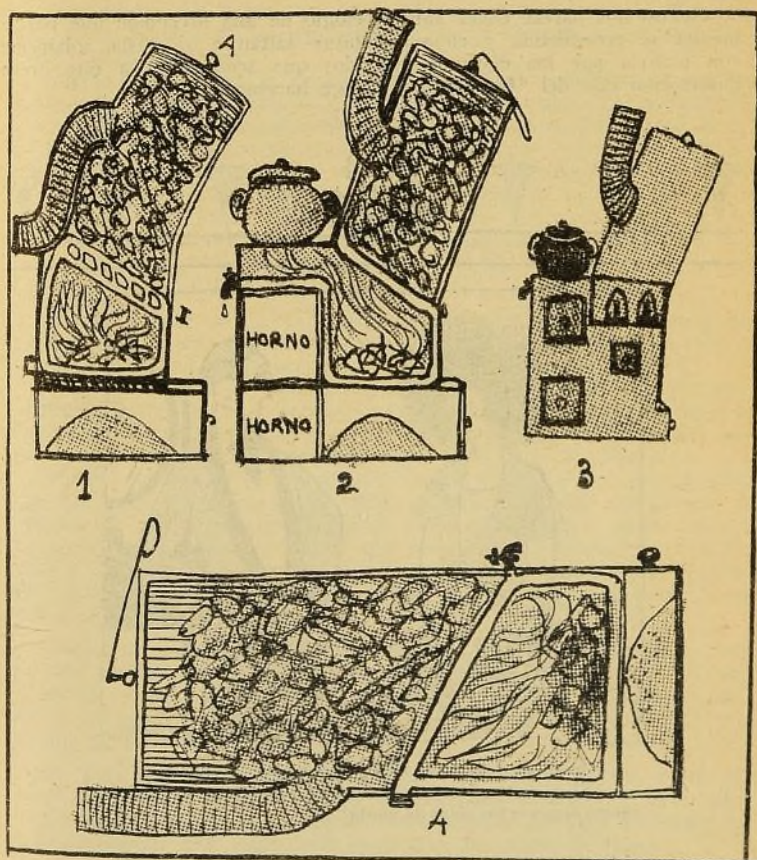
QUEMADOR DE RESIDUOS DOMICILIARIOS

Por tratarse de un invento cuya utilidad es indiscutible, no vacilamos en consagrar este espacio a la descripción del "Quemador Delta", destinado a suprimir los pocos higiénicos cajones y los antipáticos carros de basura.

El sistema ideado por el ingeniero Bunge es de tal naturaleza, que permite ir depositando y almacenando dentro del aparato todos los residuos que se producen en una casa, hotel, colegio, o de departamentos. Una vez almacenada la basura, la deseca y la quema por completo hasta dejarla reducida a cenizas. Añade a esto la gran ventaja de quemar también los gases producidos por la desecación, evitando de esta manera y en absoluto todo mal olor.

El calor producido durante estas operaciones no es perdido, pues se puede utilizar obteniendo agua caliente para los baños, el lavado, la limpieza o para cocinar.

El principio consiste en la disposición de las tres cámaras que lo componen, según puede verse en la figura 1.ª: C de combustión, D de



componen, según puede verse en la figura 1.^a: *C* de combustión, *D* de desecación, y *O* de oxidación de gases.

La figura 1.^a representa el quemador con producción de agua caliente para los baños y demás menesteres. Es de hierro fundido, con dobles paredes por entre las cuales pasa el agua que se quiere calentar: la parrilla inclinada *I* está formada por una serie de tubos por cuyo interior circula asimismo el agua. *A* es la puerta de carga por la cual se deposita la basura. El fuego se enciende por una puerta chica.

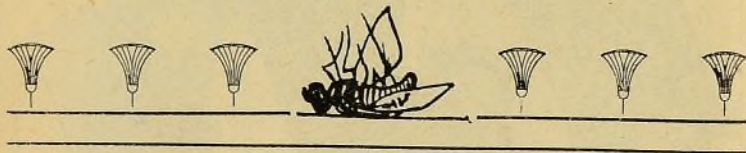
Las figuras 2 y 3 representan, respectivamente el interior y el exterior del "Quemador" para uso de la campaña, provisto de horno y plancha para cocinar.

En la figura 4 vese el corte vertical de un "Quemador" con producción de agua caliente y con una cantidad de basura como de una a cinco toneladas.

Lo mismo en unos que en otros, la temperatura media de la combustión es de 750 grados. El rendimiento de los residuos es de 660 calorías por kilogramo y la combustión resulta rápida y completa.

Este utilísimo invento sólo es conocido en Alemania, Italia, la Argentina y el Uruguay, pero se ha obtenido ya privilegio de invención en la mayor parte de los países cultos, tanto del viejo continente como del nuevo.

Ocioso nos parece hacer aquí el elogio de una invención que por sí misma se recomienda y cuyas ventajas saltan a la vista solamente con pasarla por los distintos grabados que acompañan a esta breve descripción que del "Quemador" Bunge hacemos.



—¿Pero, no decías que ibas a que te rizaran el pelo?

—Sí, pero al cobrarme diez pesetas por ello, se me han puesto otra vez los pelos de punta.

PARA LA FAMILIA

* ARTE * CULINARIO *

Calabacines rellenos.—Se les corta como un dedo por cada extremo, se taladran en su longitud con una caña, extrayendo la parte interior, y en ella se colocará un picadillo de jamón, ternera y huevo. Luego se cuecen y se les incorpora una salsita hecha con almendras.

Jamón-gelatina.—Después de haber tenido en remojo en mucha agua un jamón pequeño, para que se desale lo menos veinticuatro horas, se cuece en agua con un buen puñado de tomillo y de albahaca. Luego se saca y se coloca en una cacerola preparada con hojas de ternera, y se echa vino blanco generoso, caldo del puchero, dos limones pelados y cortados en ruedas delgadas, un ramito de hierbas finas, cuatro cebollas, dos cabezas de ajo, seis u ocho clavos de especia, tomillo, laurel, albahaca, y se deja que cueza bien. Después se pone a enfriar para servirlo con la gelatina que haya formado.

Mayonnaise de langosta.—Ingredientes necesarios: Una langosta, una o dos plantas de lechuga, unas hojas de escarola, salsa mayonesa y un pedazo de pepino.

Lávese y prepárese la ensalada y córtese en pedacitos de tamaño conveniente. Sepárese toda la carne del cuerpo y patas de la langosta. Pónganse a un lado los tentáculos y algo de las partes más rojas de las patas y córtese la carne en bocados. Mézclense los bocados de langosta con la ensalada, arréglense en una ensaladera, colóquense los tentáculos parados en el centro, y adórnese con los pedazos de patas o garras que se apartaron y unos cuantos pedacitos de escarola. Luego échese encima antes de servirla un poco de salsa mayonesa, o lo que es mejor, sírvanse ambas cosas separadas, para que cada uno las mezcle en su plato como mejor le guste.

Manjar blanco de cereza.—Ingredientes necesarios: Un litro y octavo de leche, ciento doce gramos de harina de maíz, azúcar y vainilla y un octavo de kilo de cerezas.

Póngase la leche al fuego en una cacerola. Mézclase la harina suavemente con un poco de leche fría; cuando la leche hierva, échese la harina y muévase hasta que hierva y se espese; luego cuézase muy lentamente de cinco a ocho minutos, moviéndola todo el tiempo.

Agréguesele azúcar y vainilla al pañadar. Cuézanse las cerezas hasta que estén tiernas en un octavo litro de agua debiendo agregársele de cincuenta y seis a ochenta y cuatro gramos de azúcar, según estén o no agrias. Enjuáguese un molde con agua fría, arréglense en el fondo unas pocas cerezas, luego póngase un poco de harina, después el resto de las cerezas mezcladas con la harina. Déjese aparte el molde hasta que se solidifique.

Crema de café.—Para hacer crema de café, se hierven 60 gramos de café tostado y molido en medio litro de leche con la mitad de nata. A los tres o cuatro minutos, se añaden tres yemas de huevo muy batidas y 120 gramos de azúcar en polvo, dejando que se reduzca todo a la mitad. Se sirve en copitas.

Se hace un vino económico poniendo en maceración en agua durante tres días 4 kilos de pulpa de manzana, 2 kilos de uvas secas y 250 gramos de bayas de enebro machacadas. Después se añade un litro de alcohol. Con estas dosis se hace un hectolitro de vino.



—¿Cree usted que mi auditorio de anoche entendió bien mi discurso?
—Creo que sí, porque vi que muchos se levantaban y se iban.



—¡Usted siempre hecho un vago; trabaje para pagarme!... ¡mire que el tiempo es oro!
—¡Bueno, no se apure, le pagaré con el tiempo!...



DECLARACIÓN

—Le aseguro, Rosita, que mi corazón es una jalea.

—¡Ay Perico!... ¡Usted ignora que mi madre es un jaleo... continuó!...

Hopner Rey
XXI

LEYENDO

—Qué franqueza de periódico; dice que en la recepción la figura que resaltó más fue la mía

Lucio López Rev



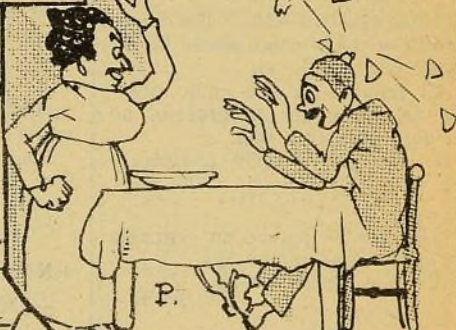
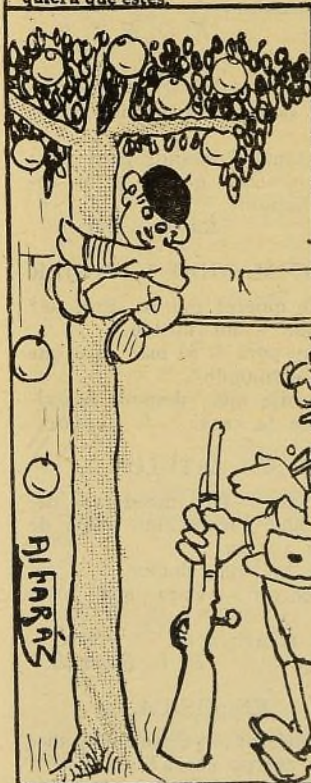
El esposo. - Si a las diez no he vuelto, no me esperes más.

La esposa. - Perfectamente; no esperaré y te iré a sacar de una oreja de donde quiera que estés.

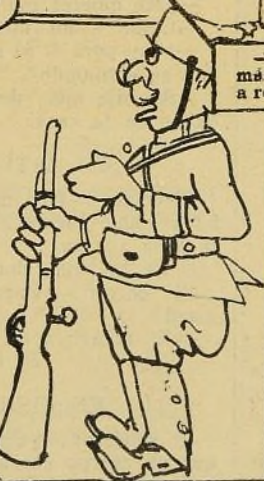


-¿Por qué rompiste tu compromiso con aquella maestra de escuela?
-Porque cada vez que faltaba, quería que le llevara un certificado, por escrito, de mi mamá.

ARGUMENTO ATENUANTE



-¡Mujer!... ¡no te exaltes y no me tires más platos a la cabeza!... ¡mírate que vas a romper toda la vajilla!...



-¡Hola! perillán: ¿qué haces ahí?
-¡Pachi! nada: que estaba viendo los aeroplanos.

-Déle recuerdos a su patrón y dígame que se venga por aquí algún día.
-Y si me pregunta cuánto me dió de propina, ¿qué le digo?

Se conceden **cinco premios en metálico, de 5 pesetas** a los cinco chistes más ingeniosos, de los que ocupan las páginas 104 a 107 de este Almanaque.

EN UN EXAMEN

El profesor:—¿Le hace a usted cabilar mi pregunta?

El alumno:—No, señor; la pregunta no... ¡la respuesta!

Félix Martínez

EN UN BAILE

Una señora:—Oiga: ha envejecido usted mucho desde la última vez que le vi.

El señor:—Es que como prueba del amor que la profeso, no la dejo envejecer sola.

Ramón Luciani

PARECIDO

¿En qué se parece un centinela a unas botas rotas?

En que espera relevo.

P. P.

GUSTOS CONTRARIOS

Decíame una casada:

—“Si yo lo hubiera pensado... antes de casarme, Juan, al mar me habría tirado.”

Y respondió una soltera:

—“Yo al contrario hubiera sido; pues me tiraría al mar, si allí encontrara marido.”

El Trovador

BUENAS CONDICIONES

—Sí; a Laurent le adoran bellísimas cualidades personales. Es afable, simpático y, sobre todo, muy franco.

—El ser franco vale mucho.

—¡Hombre!... Según a cómo estén los cambios.

Ultus

ESCOGE

Un avaro se decidió a hacer un regalo a su mujer el día del santo de ésta.

—¿Qué quieres que te regale?—le dijo.

—No lo sé.

—Bueno; pues te doy un año para pensarlo.

K. O. E. T. E.

SIN TITULO

¿Cuál es la santa que no quiere remar?

Pues santa Remedios, pues dice: Que *Reme-Dios*, que yo ya he remado bastante.

Ramón Aparicio

ENTRE MARIDO Y MUJER

—¿Me quieres mucho, Enrique?

—Como a mí mismo.

—¿Soy para ti lo más caro que hay en el mundo?

—Sí, hija mía; después del alquiler de la casa. *J. Salinas*

SIN TITULO

El doctor:—Está usted muy débil y debía tomar algo antes de ir a la oficina.

—Ya lo hago, doctor.

El doctor:—¿Pues qué toma usted?

—El tranvía.

E. L. Fajarnés

EN FISICA

El profesor:—¿Cuándo se dice que un cuerpo choca?

El alumno:—Cuando es muy raro.

L. Torres

CHISTES Y COLMOS

CHISTE

—Levántate, so borrico—decía un andaluz a otro que estaba echado.

El otro le contestó alargando el brazo:

—Tome, compare, tire uzté del ramal.

María Gracia Ros

ENTRE MARIDO Y MUJER

—Me gustaría ser una estrella en el teatro—dice la mujer.

—También a mí,—responde el marido.

—¿Y por qué?—dice ella.

—Porque la más próxima a nosotros está a millones de kilómetros de distancia.

Conde Marly

REFORMA POLITICA

El gobierno, sin tardar, el banco azul va a ensanchar; el por qué no es un secreto. Porque está García Prieto.

Mercedes Casado

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un calvo? Que se le pongan los pelos de punta.

Lorenzo Bareche

¿Y el colmo de un aragonés? Leer el abecedario y dejarse la jota.

En Vidal

¿El de un cocinero? Hacer un desaguizado.

Un escritor

¿Y el de la mala puntería? Tirar al blanco y matar a un negro.

A. J. G.

BUENA RESPUESTA

Un banquero acaudalado convidó a comer a un célebre violinista con la esperanza de que pagaría el convite deleitando a la concurrencia.

—Habría traído usted el violín ¿no es verdad?—preguntó el banquero al músico.

—No, señor;—repuso éste sin vacilar:—mi violín no come nunca fuera de casa.

Fernando García López

¿Y el colmo de un mudo? Esperar a ser ministro para que le concedan la palabra.

L. García

ENTRE PALETOS

—Oye, maño, ¿cuál es la raza que tiene sus mujeres más pequeñas?

—Hombre, yo creo que es la china, porque el otro día, oí decir a uno: "Me ha entrao una china por el ojo."

A. Rodríguez

En una agencia de matrimonios. —¿Que no es de su agrado la señorita García?

—No, la verdad encuentro que tiene las orejas muy grandes.

—Eso no es un defecto, porque hacen juego con la nariz y la boca que también son grandes.

Antonio Estrada

¡¡MISTERIO!!

El maestro preguntando la doctrina.

—Vamos a ver qué me dice usted del misterio de la Encarnación.

—Pues que se marchó con Charlot a los baños y no se sabe nada de ellos.

A. Herrera



—Péineme la cabellera con raya en la mitad.
—Perfectamente, pero ¿qué hago yo con el tercer pelo que sobra?



La española. — ¡Ay, madame: me he quedado sin mi ídolo! ¡Mi Belmonte se ha retirado de los toros!

La francesa. — ¡Yo también, señora, me he quedado sin mi ídolo Carpentier, pero a éste lo han retirado a puñetazos!

Angel Arduro



—¿Puede usted darme las señas de Rodríguez?

—Sí; vive en la calle del Viento.

—¿Qué número?

—No lo sé; pero lo leerá encima de la puerta.

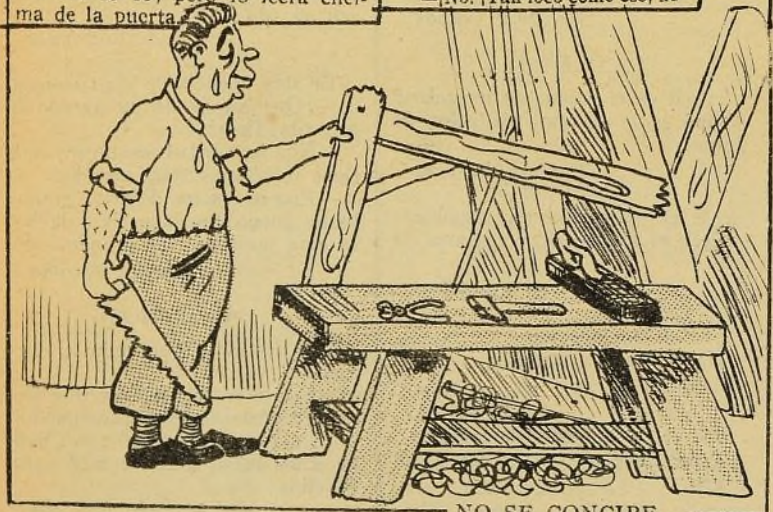


—Suponte que yo me muriera, ¿qué harías?

—¡Me volvería loco!

—¿Y te volverías a casar?

—¡No! ¡Tan loco como eso, no!



NO SE CONCIBE...

Parece mentira sienta tanto el calor estando trabajando en la ventana.

CHISTES Y COLMOS

ENTRE VIZCONDES

—¿Has visto al banquero de X...?

—No, ni ganas. Estoy reñido con él.

—¿Por qué?

—Cometió conmigo una mala acción.

—Pues no te quejes, siempre sería mejor que la que me vendió a mí.

E. Nagili

LA COTORRA DE CHARLOT

—Tengo una cotorra admirable —decía Charlot.

—¿Tiene muchas habilidades?

—Muchas. Una sobre todo.

—¿Cuál?

—La he enseñado a no hablar.

A. López E.

EN UNA FARMACIA

Entra un paleta en una farmacia y exclama:

—Deme usted una medicina para el estómago.

—¿Qué tiene usted?

—No sé; pero siento aquí una cosa que me sube y me baja, y luego vuelve a subir.

El farmacéutico se queda pensativo unos momentos y dirigiéndose al paciente, le dice:

—¿Se habría usted, por casualidad, tragado un ascensor?

L. Torres

¿POR QUÉ?

—Querido Charlot: Supón por un momento que yo voy a un teatro, entro, me siento, me quito el sombrero y lo dejo en la butaca de al lado. Pero a mitad de la función llega una señora que tiene la butaca en que yo dejé el sombrero, y es claro, la estorba dicha prenda para sentarse, lo coge y me lo da. Después de esta escena mu-

da, ¿dónde crees que deben llevarnos a la señora y a mí?

—Por más que discurro no doy con el sitio.

—Sí, hombre. ¡Al manicomio!

—¿Al manicomio? ¿Por qué?

—Porque yo ¡lo-co-lo-co!... y ella ¡lo-quita!...

El Americano

SIN TITULO

—¿Qué edad tiene usted?

—...

—Le advierto que cuanto más tarde en contestar, más vieja es usted.

Club Cuchara Rota

EN LA FONDA

—Chiquío, sabes que este arroz está pero que mu güeno.

—Ya, ya; esta patrona guisa mu bien.

—Claro, como que esto es pa-ella.

José de Córdoba

SIN TITULO

Un pobre diablo se presenta en un establecimiento de baños solicitando ocupación.

—¿Es usted práctico en materias de aguas?—le preguntan.

—¡Ya lo creo! ¡Como que he sido tabernero tres años!

Demetrio Alcaine

COLABORACIÓN PREMIADA EN EL ALMANAQUE DE 1922

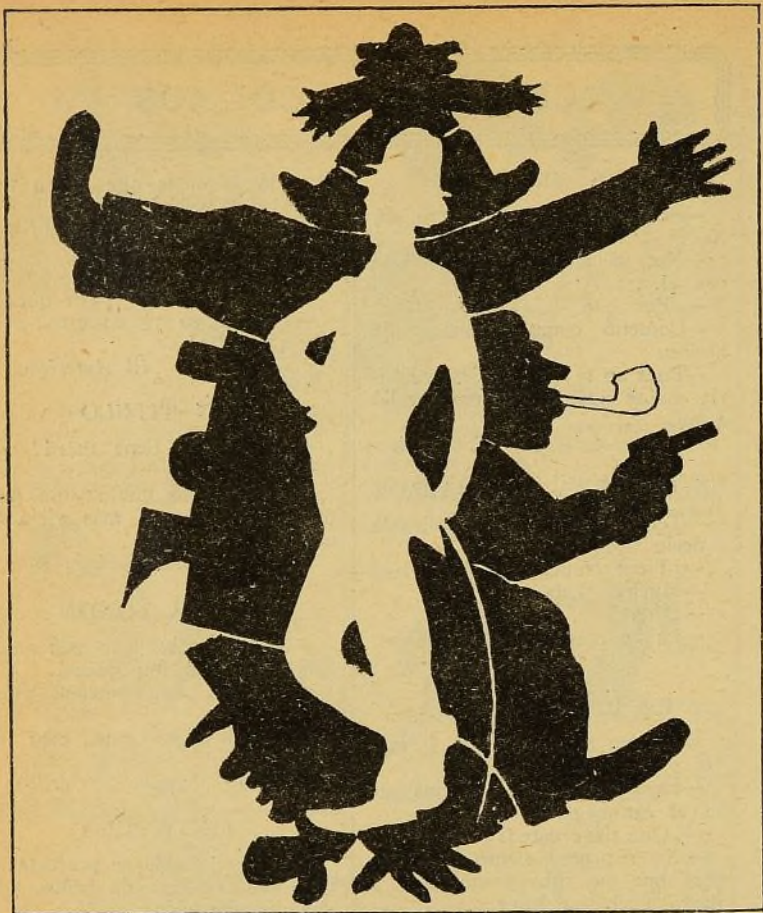
Baturrada, por S. Dávila.

Buen anuncio, por E. Arteta.

Mal criado, por Zurito.

Un comercio, por A. P. Huesca.

Sin título, por C. Lorca.



Solución al concurso de 1922

Han resultado **agraciados** en el concurso del año anterior, los siguientes señores:

Reloj, don Ignacio Rovira, de Madrid.

Monedero, don Pedro Giménez, de Valladolid.

Cadena, don Emilio Raspall, de Barcelona.

Y lapicero, doña Lola Vilardell, de Zaragoza.

CONCURSO DEL ALMANAQUE CHARLOT PARA 1923

¿Qué le falta a este Almanaque para estar completo? ¿Y por qué causas?

En el próximo Almanaque Charlot para 1924, publicaremos los nombres de todos los solucionistas al presente concurso, a los cuales agradeceremos su ingenio.

Antonio
Parre
CHARLO

PRECIO
1 P^{TA.}

**ALMANAQUE
PARA 1923**